

CUADERNOS

DE ORIENTACION SOCIALISTA



5

feb 1981



EN ESTE NUMERO:
problemas actuales
del movimiento
sindical chileno

 TALLERES 'EDUARDO CHARME'

CUADERNOS
DE ORIENTACION SOCIALISTA



REVISTA BIMESTRAL
EDITADA BAJO RESPONSABILIDAD DE LA

SECRETARIA IDEOLOGICA
DEL SECRETARIADO EXTERIOR
PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

COLABORACIONES • CANJE • SUSCRIPCIONES
E. Corbalán: PF 2904
D-1000 Berlín W. 30
VALOR DEL EJEMPLAR \$1.50

TALLERES DE IMPRESION "EDUARDO CHARME"

SUMARIO

feb. 1981

Nº 5

pág.

3 EDITORIAL

REALIDAD NACIONAL

7 PROBLEMAS ACTUALES DEL
MOVIMIENTO SINDICAL CHILENO
Rolando Calderón

33 ESPACIOS DE RUPTURA EN LA
ESTRATEGIA DE LUCHA DEMOCRATICA
Juan Carvajal

DEBATE POLITICO

51 LAS DOS CARAS DE JANO
(o los motivos profundos de
ciertas opiniones sobre el PS)
Athos

INTERNACIONAL

69 TRES CLAVES EN EL SALVADOR
Guaraní Pereda

TEORIA

77 LENIN Y GRAMSCI:
¿RUPTURA O CONTINUIDAD?
Antonio Cortés

99 CARTAS

EDITORIAL

1 Uno de los rasgos centrales de la actual situación política chilena lo constituye el hecho de que una alternativa democrática efectiva sólo puede desarrollarse a partir del esfuerzo superior de los partidos de izquierda, que logren una movilización radical de la clase obrera y el pueblo, enfrentando con perspectiva insurgente a la dictadura militar vitalicia.

El reciente pseudoplebiscito posterga indefinidamente toda fórmula de recambio formal del régimen, cancelando -por ahora- las expectativas mediadoras de las fuerzas democráticas centro-reformistas y comienza a polarizar de manera objetiva la lucha democrática.

En este contexto -en un período de auge progresivo de la lucha de masas-, se produce un consenso y activación de la Unidad Popular en Chile. Es una primera manifestación de la política de asumir responsablemente la gestación de una alternativa democrática y popular en la lucha.

El derecho a la rebelión, proclamado por nuestros partidos en declaración conjunta del 11 de septiembre último, pasa a ser la consigna estratégica de acción antifascista en la nueva fase de la lucha. Se abre, por tanto, una opción trascendente para lograr ese anhelado desarrollo superior de la Unidad Popular, que permita superar carencias de conducción política.



Con este espíritu se designó un nuevo Secretario Ejecutivo de la Unidad Popular -nombramiento que valoramos positivamente-, se implementa un nuevo estilo direccional, vinculándose a las estructuras políticas intermedias y a los conflictos de base y se lleva adelante un plan de debates que pone el énfasis en los problemas de la estrategia antifascista.

2 En este cuadro de signos alentadores y tendencias positivas para la superación de la conducción política de la izquierda chilena, la discusión de un problema político irrelevante para toda esta línea estratégica se tornó sorpresivamente en causa de una grave paralización del desarrollo de la Unidad Popular.

Resulta paradójico y contradictorio poner en cuestión toda esa perspectiva unitaria con un mayoritario consenso de acción política, en función de una corriente escindida del Partido Socialista en el exilio, de escasa representatividad en Chile y que aún no logra asentar y formular un proyecto político coherente.

No guarda relación la magnitud real del problema en discusión con la decisión de entrar a presionar, paralyzando a la Unidad Popular, vulnerando así el acuerdo unánime existente de resolver dicho asunto por medio del consenso de sus integrantes. De institucionalizarse esta conducta política correríamos el riesgo de esterilizar la conducción superior frente a cada problema controvertido.

Debe imperar la sensatez política a fin de activar de inmediato la Unidad Popular, para tratar problemas centrales de la lucha antifascista que requieren de todos nuestros recursos y fuerzas. El consenso es necesario precisamente para activar de inmediato el funcionamiento de la Unidad Popular, con sus fuerzas políticas representadas, poniendo a la orden del día el planeamiento de la acción antifascista en la nueva perspectiva, junto a la elaboración definitiva y difusión masiva de nuestro programa común.

3 La Unidad Popular, como expresión histórica de la alianza obrero-popular, surgida al calor de la lucha electoral de masas, sólo podrá asumir su calidad de fuerza dirigente de la alternativa democrática en la medida de su profunda superación política. Esta es la opción que surge a partir de septiembre y no debemos eludirla.

El desarrollo de la Unidad Popular pasa por su transformación, de una instancia de mera coordinación interpartidista, en una auténtica dirección unificada de la lucha democrática con una clara estrategia de acción antifascista.

La conformación de esta dirección unificada de la lucha requiere de una alta confianza política de las fuerzas

componentes, una explicitación de su línea esencial, una coherencia interna para implementar las directrices centrales acordadas y una praxis compartida. En la medida que la Unidad Popular es transformada en un "parlamento de las izquierdas", esta perspectiva se frustra y la necesidad de conformar una dirección unificada y coherente de la lucha democrática se irá abriendo paso en el terreno de la práctica antifascista y a través de nuevos marcos de relaciones políticas.

La superación y desarrollo de la Unidad Popular, para impulsar de modo efectivo una alternativa democrática para Chile, está pasando por el énfasis en la acción práctica, abriendo un camino de lucha viable para derrocar al régimen de Pinochet. Al poner el énfasis central en problemas secundarios de la superestructura, se entraba precisamente la vital tarea de programar e implementar un conjunto de acciones políticas que desestabilicen a la dictadura.

La coyuntura actual es decisiva para el despegue de nuestra alternativa. El momento es decisivo igualmente para ir a una superación definitiva de la Unidad Popular, cuya real vigencia estará en directa relación con ese necesario cambio cualitativo que la transforme en una auténtica fuerza dirigente de la revolución democrática y popular.

4 En este proceso de renovación de la izquierda y de desarrollo de la Unidad Popular, juega un rol particular la renovación y desarrollo de cada Partido. El Partido Socialista, profundamente renovado en sus métodos y estilos de trabajo, con estructuras a nivel nacional y representatividad indiscutible, superando antiguas prácticas que limitaban su capacidad dirigente y con una línea política homogénea y conocida, tiene un aporte central que entregar en la tarea de conformar la fuerza dirigente de la revolución chilena.

La defensa sin discusión de nuestra legitimidad partidaria está vinculada a nuestra tradición histórica.

La defensa del Partido Socialista, de su denominación, sus tradiciones, vigencia y perspectiva revolucionaria es al mismo tiempo la defensa real del proceso de renovación y desarrollo de la Unidad Popular y de la izquierda chilena.

Todo proceso revolucionario ha sido fruto de la obra de una vanguardia política -en el caso de las revoluciones de orientación socialista-, y en el proceso revolucionario chileno estimamos que nuestro Partido es parte esencial de esa vanguardia política.

5 Al mismo tiempo que somos firmes defensores de la integridad del Partido, impulsores de una línea de acción de

enfrentamiento claro y directo contra el régimen, activados y organizadores de la Unidad Popular a escala nacional, buscamos el avance del proceso unitario, superando las tendencias centrífugas y dispersivas.

Para dar una solución al problema de la existencia de sectores de izquierda que están más allá de la Unidad Popular -desde escisiones menores de nuestro Partido y otras fuerzas de la UP hasta el MIR-, con el objeto de canalizar su aporte al torrente unitario central, consideramos factible ir a la creación de un Comité de Enlace de la UP con todos estos sectores de la izquierda chilena.

Sin perjuicio de esta línea de coordinación con sectores de izquierda marginales a la Unidad Popular, creemos que no debe confundirse esta política unitaria con una línea disolvente de hecho de la Unidad Popular. Lo que se requiere es darle una máxima homogeneidad política a nuestra coalición de partidos y no hacer de ella un indefinible y heterogéneo conglomerado, a través de la simple suma de fuerzas que conllevan proyectos políticos contradictorios. La disolución de hecho de la Unidad Popular, por impulsar alianzas formales ampliadas, abriría paso a tendencias centrífugas orientadas, en la actual situación, hacia el centrismo político.

En esta línea unitaria y de avance organizativo para impulsar las tareas de la nueva fase, nos pronunciamos por llevar adelante la iniciativa de constituir un comando de organizaciones de lucha democrática, que aglutine desde aquellas que luchan en el plano de los derechos humanos hasta las diferentes tendencias sindicales estructuradas en nuestro país. La constitución de este Comando unitario constituiría un paso importante en la línea de conformar una fuerza social organizada para las nuevas características que asumirá la lucha contra el régimen.

Finalmente, asumimos la defensa de la Unidad Popular en la perspectiva de su profunda renovación, que la convierta en una alianza política homogénea, de fuerzas representativas, constituyéndose así en una alternativa de lucha abierta, núcleo aglutinante del movimiento democrático, conformando de esa manera la dirección unificada de la misma.



Realidad Nacional

Problemas actuales del movimiento sindical chileno



ROLANDO CALDERON

La dictadura se creyó capaz de domesticar al movimiento sindical. No lo logró. El 77, "ausentismo laboral" en "El Teniente". El 78, celebración unitaria del 1º de Mayo y la "huelga de viandas" en Chuqui. El 79, el 1º de Mayo adquiere carácter masivo y se producen las primeras huelgas legales; en Huachipato sobrepasan a las directivas amarillas y en Good Year sobrepasan la legalidad laboral, concitando una solidaridad generalizada que se extiende a otros sindicatos, a los profesionales, estudiantes, campesinos y feriantes. El 80 se inicia con "El Teniente", donde los mineros se imponen a las maniobras del "Consejero de Estado" Guillermo Medina y lo que la empresa declara "ilegal", por la fuerza de los trabajadores tiene que ser aceptado como "legal". Se arrasa con los dirigentes pro-juntistas en todas las elecciones sindicales. El año termina con un incremento de las huelgas legales, con un paro ilegal por la modificación de horarios en Caletones, con la combativa huelga de PANAL, con la derrota de las maniobras divisionistas de Medina en la Confederación de Trabajadores del Cobre, con el ampliado de la Coordinadora Nacional Sindical, con el III Encuentro Nacional de la Mujer Trabajadora.

Esta presencia del movimiento sindical en la vida política nacional, cada vez más poderosa y ya inevitable, no implica que no hayan dificultades y problemas en discus-

sión. Las consecuencias que estos pueden tener se vieron, en alguna medida, en la conmemoración del último 10 de Mayo. Aunque la tendencia es hacia su superación, tenemos el deber de enfrentarlos para que los trabajadores puedan asumir el rol protagónico que les corresponde.

Los principales problemas en discusión en el movimiento sindical chileno no son nuevos. Hasta podríamos decir que son los mismos que se vienen debatiendo desde antes del nacimiento de la FOCH (y en el plano internacional desde mucho antes). Sin embargo tienen hoy formas distintas, adquieren urgencias diferentes, se presentan en una situación peculiar de las fuerzas clasistas.⁽¹⁾ En este sentido se puede afirmar que tales problemas son, a la vez, nuevos. Son, en parte, producto de su pasado. Y también las soluciones estarán influidas, de alguna manera, por las tradiciones. Sin pretender entrar a un análisis de su historia, queremos enumerar algunos rasgos centrales que, para bien o para mal, ejercen alguna influencia sobre el movimiento sindical de hoy.

Esos rasgos, a nuestro juicio, son los siguientes:

1.- Su carácter unitario: en general, logró unir a los trabajadores -por sobre sus diferencias ideológicas- en función de sus intereses comunes.⁽²⁾

⁽¹⁾ Podríamos caracterizar esta correlación clasista de la siguiente manera: mantención de la dominación del capital financiero y de su incapacidad de generar hegemonía, incapacidad hegemónica que mueve a una parte de la pequeña burguesía a sostener una fuerte pugna dentro del "bloque dominante" y, lo más importante, que radicaliza la actitud opositora de la inmensa mayoría de la pequeña burguesía y de las capas medias asalariadas; el proletariado, superando ya la etapa de "desbande" inicial posterior a la derrota, es capaz de asumir ofensivas tácticas, ocasionales, sin continuidad todavía, pero que lo sitúan como actor permanente del escenario político y que, a la vez que contribuyen a la movilización opositora de otros sectores, son reforzadas por ellas; por una parte se van imponiendo las tendencias unitarias por sobre las aislacionistas que predominaron inicialmente entre los sectores pequeño-burgueses y capas medias asalariadas que pasaron a la oposición, y por otra, se mantiene la lucha por la hegemonía del "bloque opositor" entre aquellos y el proletariado, lucha que se da en todos los campos, incluyendo naturalmente el movimiento sindical.

⁽²⁾ De las autocríticas que se han hecho los partidos populares por algunas manifestaciones de sectarismo en sus actuaciones, se ha tratado de aprovechar la burguesía para proyectar una imagen de la CUT como organización sectaria. La verdad es que jamás se intentó expulsar de ella a nadie por razones ideológicas y que en sus eventuales se encontraban representantes de todas las tendencias ideológicas que existían entre los trabajadores, desde el anarco-sindicalismo hasta el nacional-sindicalismo.

2.- Su amplitud social: no fue sólo la expresión sindical del proletariado; las capas medias asalariadas jugaron un papel fundamental en su seno, pero, además, trató de incluir y representar los intereses de sectores de la pequeña burguesía y semiproletariado (como los campesinos e indígenas y pirquineros).

3.- Su antimperialismo: desde el salitre, el cobre, y posteriormente con la intromisión imperial en la industria y en la banca, el movimiento sindical luchó siempre por que los recursos del país -naturales y humanos- fueran utilizados para el beneficio de Chile y los chilenos y no para el de las compañías extranjeras.

4.- Su capacidad de plantear un proyecto nacional: el movimiento sindical nunca se encerró en sus reivindicaciones más inmediatas sino que fue capaz de plantear un proyecto de solución a la situación nacional -alternativo al de las clases dominantes-, en el que trató de globalizar los intereses de todos los trabajadores y otros sectores sociales explotados o subordinados. Por ello fue siempre un impulsor de todas las reformas democráticas, de la reforma agraria, de la nacionalización del cobre, del salitre y la banca, etc.

5.- Su carácter clasista: porque asumiendo la defensa de los intereses concretos inmediatos de los trabajadores y porque levantando un proyecto nacional que sintetizaba los intereses de las grandes mayorías nacionales, jamás perdió de vista el objetivo final de terminar con la explotación del hombre por el hombre y edificar una sociedad sin clases.

6.- Su carácter internacionalista y latinoamericanista: como consecuencia de su definición antimperialista entendía que debía sumar fuerzas con todo el movimiento sindical internacional y, especialmente, latinoamericano, sin subordinarse a ningún condicionamiento político.

7.- Su carácter autónomo: siempre fue capaz de mantener su autonomía frente a los patrones, al gobierno y a los partidos políticos.

8.- Su capacidad (y debilidad) para utilizar la legalidad: capacidad porque el movimiento sindical supo siempre aprovechar la menor posibilidad que le dio la ley para desarrollarse e impulsar las luchas de los trabajadores. Debilidad porque, a pesar de que nunca dejó de impulsar algunas luchas ilegales, se ha dado con cierta fuerza una tendencia a subordinar su accionar a la legalidad imperante.

9.- Ciertas tendencias al burocratismo: en alguna medida, hasta como producto de la propia fuerza que adquirió el mo-

vimiento sindical, se dio ese fenómeno en las directivas nacionales e intermedias.

Pero además de tener en cuenta su historia, los problemas del movimiento sindical deben analizarse colocando en el centro la situación concreta que enfrenta hoy. El triunfo de la contrarrevolución en 1973 y la implementación de su política afectó radicalmente la situación de los trabajadores y, por tanto, al movimiento sindical, aparejándole nuevos problemas y tareas. Hay modificaciones que podríamos llamar de carácter objetivo, como son los cambios en la importancia de los distintos sectores de trabajadores o el surgimiento de un inmenso -mucho más allá de lo normal en el capitalismo- "ejército permanente de reserva del trabajo". Y hay también otras que pudiéramos denominar de orden subjetivo. Estas guardan relación con el debilitamiento de la influencia ideológica y orgánica de los partidos revolucionarios en el conjunto de los trabajadores y la sociedad. Sobre todo para los antiguos dirigentes y militantes del movimiento sindical que nos vemos forzados al exilio, es obligatorio examinar esas modificaciones -aunque sea someramente- antes de intentar abordar los problemas hoy en discusión en el movimiento sindical.

Algunas de las modificaciones de carácter objetivo

Mucho se ha hablado respecto a que la contrarrevolución ha sido capaz de producir un reordenamiento sustantivo de la economía nacional. En gran medida ello es así. Privatización de empresas, proceso tremendo de concentración y centralización del capital, apertura total al mercado externo, reducción vertical de aranceles y salida del Pacto Andino, reducción drástica del gasto fiscal para reducir el déficit presupuestario, etc. Han surgido o se han desarrollado algunos sectores productivos mientras otros han enfrentado severas crisis. Todo esto ha producido cambios en la importancia numérica y/o económica de determinados sectores de trabajadores. Una apreciación exacta de estos cambios es difícil establecer. Sin embargo, en base a algunos datos oficiales (ver Anexo) y a denuncias de las organizaciones sindicales, es posible deducir las siguientes modificaciones de importancia:

Reducción relativa de la importancia numérica del proletariado: Entre el 72 y el 79 la población ocupada en la producción de bienes disminuye en 132.000 personas. Aunque los datos sobre ocupación son insuficientes como para realizar un análisis detallado de las modificaciones sufridas por las distintas clases y fracciones de clase, se puede sostener lo anterior porque la disminución se produce precisamente en el sector industrial y en el de la construcción, los

que, junto al minero, agrupan al grueso del proletariado chileno.⁽³⁾

Cambios en la importancia numérica y económica de algunas ramas de la producción: se reducen considerablemente los trabajadores de la construcción; en la industria pierden importancia numérica y económica los textiles, los de la metal mecánica y los de la electrónica. Crecen los vinculados al sector forestal y pesquero. En la minería los cuperos siguen siendo los más importantes, seguidos por los del hierro. Decrece notablemente el número de mineros del carbón y, en menor medida, del salitre. Sin posibilidades de cuantificación en el sector agrícola, hay que constatar que crece la importancia de los trabajadores vinculados a la exportación.

Desplazamientos importantes en las capas medias asalariadas: Sólo en el sector público -entre los años 74 y 80- se eliminaron 100.000 puestos de trabajo, los que, aunque incluyen una gran cantidad de obreros, afectaron mayoritariamente a empleados. A esto hay que agregar la disminución de los ingresos reales de la Escala Única de Sueldos. Si esa disminución no se refleja en la cifra global del cuadro estadístico, es porque ella se ve compensada por un crecimiento considerable de la ocupación en otras categorías de trabajadores, particularmente en "servicios personales y domésticos".



Crecimiento del comercio marginal: se observa un aumento de alrededor de 130.000 ocupados en el sector comercio entre los años 72 y 79. Tal crecimiento, aunque puede incluir un pequeño incremento de los trabajadores asalariados empleados en este sector, responde fundamentalmente a un cre

⁽³⁾ Esta hipótesis -que ha sido formulada con anterioridad- es esgrimida por elementos reformistas como antecedente para sostener la imposibilidad de que el proletariado juegue un rol dirigente en la alianza y en la lucha antidictatorial. Este argumento vincula la importancia del proletariado sólo con el factor numérico y no considera para nada su función en el proceso productivo, y no considera tampoco su trayectoria organizativa y de lucha clasista, lo que ha sido factor dinamizador y aglutinante de la lucha social en Chile.

cimiento enorme del pequeño comercio, hecho que no se debe a las perspectivas económicas que ofrece el sector sino a la carencia de alternativas ocupacionales.

Elevadas tasas de cesantía: Tal elemento se ha transformado en una constante durante los años de la dictadura y resulta consustancial al modelo económico. A pesar de que las tasas de cesantía que muestran las estadísticas oficiales no son un fiel reflejo de la realidad -pues no contemplan ni a los "ocupados" en el Plan de Empleo Mínimo ni registran la desocupación disfrazada que se esconde en las cifras de "ocupados" en comercio y servicios personales-, le algún modo muestran aquel enorme ejército de reserva con que cuenta la burguesía para reducir el precio de la fuerza de trabajo y como factor inhibitor de las luchas de los trabajadores.

¿Qué repercusiones tienen todas estas modificaciones para el movimiento sindical? En nuestra opinión, las siguientes:

1º Hay una disminución de la importancia numérica relativa de la población susceptible de sindicalizarse, debido a la reducción significativa de sectores tradicionalmente fuertes del movimiento sindical (industrias, construcción, empleados fiscales). Esto no afecta en lo más mínimo la capacidad potencial del movimiento sindical de paralizar todo el funcionamiento del país, no disminuye su poderío potencial, pero sí le plantea la necesidad -aún mayor que en el pasado- de preocuparse de ayudar al desarrollo de nuevas formas orgánicas que permitan coordinar y atraer a su lado a otros sectores explotados no con muchas dificultades para sindicalizarse.

2º Hay un cambio en la importancia numérica y económica de las organizaciones. Disminuye el peso de la ANEF, de FENATEX, FENSIMET, de la Federación de la Construcción, entre otras (aunque por sus tradiciones sindicales y por el mayor desarrollo de la conciencia clasista de sus integrantes, siguen y seguirán jugando un rol fundamental para la agitación político-sindical). Respecto a la capacidad de cuestionar el funcionamiento global de la economía se mantiene la importancia de la Confederación del Cobre, de los trabajadores petroleros y portuarios, de los servicios de utilidad pública y comunicaciones. Estos, más los trabajadores de las empresas de los clanes, son quienes han estado en mejores condiciones objetivas de lograr las primeras victorias significativas después del golpe. Esas victorias significarían, sin lugar a dudas, un gran estímulo al incremento de las luchas del conjunto de los trabajadores y, también, de otros sectores. Por otra parte, ellos también han de tener una importancia decisiva en las batallas finales por el derrocamiento de la dictadura así como para la puesta en marcha de la nueva economía, liberada ya del dominio de los grupos económicos. De allí que para el movi-

miento sindical en su conjunto, adquieran una importancia estratégica fundamental que obliga a prestar atención especial a su desarrollo.

3º La disminución de los ingresos reales de la mayoría de las capas medias asalariadas las ha acercado al proletariado y facilita el desarrollo de un entendimiento sólido. Si en el pasado la ANEF y la CEPCH jugaron un importantísimo rol junto a la clase obrera en la constitución y fortalecimiento de la CUT, las condiciones objetivas de hoy son propicias a la mantención y superación de ese rol.

4º El importante crecimiento numérico del "comercio marginal", de los ocupados en servicios personales y domésticos y de los cesantes, plantea al movimiento sindical la especial obligación de preocuparse de estos sectores, buscando formas orgánicas que les permitan luchar con eficacia por sus reivindicaciones concretas, incorporándolos así al combate general de los trabajadores. La tarea no es fácil, pues la pugna por la subsistencia facilita la corrupción y entorpece el desarrollo orgánico y las posibilidades de lucha. Sin embargo hay un factor ideológico positivo: muchos de los trabajadores componentes de estos grupos han sido marginados del proceso productivo por su trayectoria política y/o sindical, o sea que son portadores de toda una experiencia previa que facilita su organización e incorporación a la lucha junto al resto de los trabajadores. Y no debe descuidarse la importancia de estos sectores en la etapa del "asalto final" contra la dictadura, como ha quedado de manifiesto en experiencias revolucionarias como, por ejemplo, la argelina y la nicaragüense.

Algunas de las modificaciones de orden subjetivo

Aunque muchas de éstas han sido señaladas en documentos e intervenciones, conviene, al menos, enumerarlas:

Eliminación de toda una capa de dirigentes sindicales, después del golpe, mediante el asesinato, la prisión, los "desaparecimientos" y el exilio. Naturalmente que no se trataba de eliminar a todos ni a cualquier dirigente sino fundamentalmente a los que sustentaban las posiciones ideológicas de la clase obrera. Con ello se buscaba no sólo debilitar al movimiento sindical sino -como objetivo principal de largo plazo-, eliminar la influencia de la ideología de la clase obrera en su seno a fin de facilitar la subordinación de los trabajadores a la ideología burguesa. Con esa misma finalidad la dictadura designó a dedo a "dirigentes sindicales" en reemplazo de los descartados.

Eliminación de la capa más activa e ideológicamente comprometida de los trabajadores, más allá de los dirigentes

sindicales, mediante el expediente de la cesantía. Este mecanismo se ha institucionalizado y sigue operando hoy con finalidades más amplias que las iniciales, al ir excluyendo a todos los trabajadores que manifiestan disposición de luchar por sus intereses, con lo que no sólo se elimina a los "peligrosos" para la burguesía, sino que se busca atemorizar al resto de la clase.

Campaña ideológica permanente por la "despolitización" del movimiento sindical, que ha apuntado principalmente contra el marxismo-leninismo y los partidos que sustentan esa ideología.

Represión implacable contra los partidos revolucionarios, lo que ha afectado los vínculos entre éstos y el movimiento sindical. Aunque siguen siendo una fuerza considerable, e incluso decisiva dentro de él, en relación al pasado hay un debilitamiento de la influencia de los partidos obreros.

La corrupción de dirigentes también se utiliza hoy en día en escala nunca antes vista. Y a diferencia de períodos anteriores no sólo corrompen los patrones, sino que la dictadura utiliza sus propios dineros en beneficio de ciertos "dirigentes"⁽⁴⁾ y, lo que es peor, también han entrado a operar recursos internacionales que se ponen a disposición de dirigentes que se presten a jugar al divisionismo, tanto en Chile como en el exilio.

Se ha perdido la unidad orgánica del movimiento sindical y han surgido los llamados "grupos sindicales". Las viejas tradiciones unitarias del sindicalismo chileno se han expresado en las actitudes de las bases que practican la unidad en sus organizaciones y exigen esa misma práctica de sus dirigentes. Por ello hay un avance de la unidad y un retroceso de las tendencias divisionistas respecto a las primeras etapas post-golpe. Sin embargo la relativa autonomía con respecto a sus bases con que operan los dirigentes, ciertas influencias internacionales que éstos reciben, proyectos políticos centrados de los cuales algunos participan y conflictos de liderazgo, hacen que los "grupos" y sus prácticas orgánicas y educativas diferenciadas aún subsistan.

Finalmente, queremos mencionar otro elemento importante que influye en la problemática que hoy enfrenta el movimiento sindical. El es el del "marco legal" en que tiene

⁽⁴⁾ Quizás el ejemplo más grotesco de esto sean los recursos puestos a disposición de Guillermo Medina con miras a asegurar su reelección y facilitar la maniobra divisionista de la Confederación de Trabajadores del Cobre. En la asamblea de celebración del aniversario de su sindicato, en la media luna de Rancagua, pudo anunciar un plan habitacional propio, servicio dental, etc., y hasta rifar pasajes a Tahiti entre los socios.

que desenvolverse. Sin entrar a analizarlo, queremos tan sólo subrayar que ese "marco legal" no está constreñido sólo al famoso "plan laboral" sino al conjunto de la legislación dictatorial, incluyendo por cierto toda la legislación represiva.

Tanto el recuento de las modificaciones que llamamos de carácter objetivo, como las de orden subjetivo, así como ese "marco legal", nos evidencian que la situación actual es mucho más difícil que en el pasado para el desarrollo de un trabajo sindical revolucionario. Y es por ello mismo que grandes problemas históricos del sindicalismo vuelven hoy a ponerse en discusión en Chile. Entre ellos hay tres que nos parecen fundamentales: el rol de la organización sindical y la relación entre partido y sindicato; la unidad sindical; y el problema de los objetivos y formas de acción sindical.



ROL DE LA ORGANIZACIÓN SINDICAL
Y RELACION ENTRE PARTIDO Y SINDICATO

Sobre estos problemas existen, por lo menos, cuatro grandes líneas, cuatro proyectos distintos de movimiento sindical

Uno es el del sindicalismo predictatorial. Plantea que la organización sindical debe preocuparse exclusivamente de los "problemas concretos" de los trabajadores, entendiendo éstos limitados al marco de la empresa o de la legislación más directamente relacionada con las condiciones de trabajo. Sus materias son por tanto, exclusivamente, los contratos colectivos de trabajo, la formación profesional y sindical de sus socios, las relaciones industriales en la empresa y elaborar sugerencias o críticas respecto a la legislación laboral o previsional para plantearlas a las autoridades. Sostiene que la política y los partidos no deben tener ninguna relación con lo sindical, e incluso que debe prohibirse constitucionalmente que los dirigentes sindicales participen en "política". Defienden como cuestión esencial de la acción gremial el tripartismo (comisiones conjuntas de trabajadores, empresarios y gobierno), mecanis-

mo que debe reemplazar a la "nefasta lucha de clases"⁽⁵⁾ Si bien puede plantear críticas a aspectos de detalle, los partidarios de esta línea comparten plenamente los principios de toda la política laboral de la dictadura. Pero más allá de compartir principios, lo que más los caracteriza es su obsecuencia ilimitada frente a aquella.

De hecho ha sido un sindicalismo de Estado, que se desarrolló sobre la base del DL 190, y se mantiene exclusivamente por el respaldo del aparato oficial en su conjunto y, en particular, de la Secretaría Nacional de Gremios y la Escuela Sindical del Gobierno. Y por eso mismo una de sus funciones es proporcionar "dirigentes" que pongan la cara y defiendan a la dictadura en eventos internacionales como las reuniones de la OIT o que sirvan de comparsa a los shows publicitarios que Pinochet monta de cuando en cuando. A cambio de ello pretenden lograr una cierta capacidad gestora de los problemas de los trabajadores ante las autoridades. Sin embargo, su incondicionalidad los hace incapaces de conseguir la menor concesión, sea del gobierno o de la patronal. Su práctica concreta demuestra que, en las situaciones de conflicto, tratan de paralizar la voluntad de lucha de los trabajadores y someterlos a la aceptación de las ofertas empresariales. Ese es el rol que jugó Briceño en Huachipato y el que ha jugado siempre Medina en El Teniente, por mencionar tan sólo dos ejemplos.

Por su defensa de la dictadura y, en los hechos, de toda su política económica y laboral, se puede decir que desde el punto de vista de los intereses de clase que defienden, este es un sindicalismo pro-burguesía monopolista. Y sus dirigentes pueden con propiedad ser calificados de agentes de la dictadura en el seno de los trabajadores.

Los dirigentes de este tipo de sindicalismo no dejan de formular críticas a algunos aspectos de la política de la dictadura. Ello no debe extrañar, necesitan hacerlo fundamentalmente por dos razones. Una, para evitar quedar totalmente aislados de las bases. La otra, para tratar de canalizar el descontento de los trabajadores a fin de que no se oriente contra la dictadura en su conjunto, sino que se mantenga dentro de los marcos que ella permite (del tipo de las "peticiones directas a las autoridades" para modificar éste o aquél párrafo de la ley). Sin embargo no han logrado encubrir su carácter de agentes de la dictadura y su desprestigio es inmenso. La única fuente de poder que les queda es la fuerza del respaldo del aparato estatal. Entre los trabajadores no tienen fuerza significativa, lo que ha ido demostrándose en cada elección sindical realizada.

(5) Síntesis de planteamientos a la prensa o declaraciones públicas de Guillermo Medina, René Sottolichio y Manuel Contreras Loyola.

Un segundo proyecto es el del sindicalismo reformista. Este plantea que "la organización sindical debe ser un ente intermedio para representar a los trabajadores a todos los niveles de la sociedad y en forma participativa". Con esta concepción sobre el rol de la organización sindical en tran de inmediato en contradicción con el proyecto sindical oficial (atomización y economicismo estricto) como con la forma de dominación (dictatorial y excluyente) de la burguesía monopolística. Y en este sentido es un sindicalismo antidictatorial.

Aunque sus impulsores aceptan una cierta relación entre partidos y sindicatos -que no definen positivamente-, coinciden con el sindicalismo productorial en cuanto enemigos de la "politización" del movimiento sindical. Son también enemigos de la lucha de clases y precisamente relacionan el poderío sindical y la "despolitización" con las posibilidades de mantener la "paz social". ("Para despolitizar el movimiento sindical hay que darle herramientas para que queden en igualdad de poder con los empresarios". Es un error "hacer sindicatos pequeños y miopes sólo por satisfacer a los empresarios. El conflicto social se va a agudizar a tal extremo que no va a ser posible la paz social". "Pero cuidado, que el germen del descontento va por dentro y puede estallar a través de la política. Y no vayan a venir de nuevo a llorar porque hay un gobierno de izquierda".⁽⁶⁾)

La primera gran limitante de este proyecto de movimiento sindical es que no apunta a terminar con la explotación de los trabajadores sino sólo a lograr mejores condiciones dentro de la explotación. Aunque sea inconscientemente, proyecta la relación patrones-trabajadores como eterna y aspira a que éstos tengan mayor poder de negociación dentro de ella, limitando el objetivo de la acción sindical a conseguir sólo alguna influencia redistribuidora del ingreso. Es por eso que este proyecto es funcional a la dominación de la burguesía aunque desde el punto de vista de los intereses de los sectores medios.

La segunda gran limitante tiene que ver con su preocupación por mantener la "paz social", con su orientación hacia la conciliación de clases. Privilegian las denuncias públicas, las declaraciones, las conferencias de prensa... limitándose a hacer conciencia de los problemas. A lo más se llega al tipo de acciones que permite la legalidad impuesta por la dictadura e incluso se tiende a retroceder

(6) Todas las frases entre comillas pertenecen a Eduardo Ríos, presidente de la COMACH, del "grupo de los diez" y del Comando de Defensa de los Derechos Sindicales, en entrevista publicada por la revista "Hoy", Nº 88, del 31/1/79.

ante la menor amenaza de ésta (como ocurrió el pasado 10 de Mayo cuando el "grupo de los diez" y la CEPCH se marginaron de la conmemoración conjunta. Al limitar la lucha de los trabajadores sólo o principalmente a la "presión", es poco o nada lo que se logra arrancar a la burguesía monopolítica y su dictadura militar. La orientación hacia la conciliación de clases de este sindicalismo lo hace ineficiente incluso para lograr las limitadas metas redistributivas que se plantea.

Una tercera limitante es que es incapaz de resolver el problema central que hoy debe enfrentar el movimiento sindical chileno: el derrocamiento de la dictadura. Toda la política económica, laboral, previsional -aspectos que se entrelazan y sostienen mutua y coherentemente- es absolutamente contraria a los intereses de los trabajadores y les es impuesta por la fuerza del Estado que maneja la dictadura. La condición para poder alterar esas políticas sustantivamente es arrebatarse el poder a la burguesía monopolítica, derrocando a la dictadura. Por cierto que ese objetivo central de los trabajadores no puede ser logrado por un sindicalismo que busca la conciliación de clases y que autolimita sus formas de lucha a la presión y a lo "legal".⁽⁷⁾

Finalmente habría que decir que cada vez se diluye más la viabilidad de este proyecto como el gran cauce del movimiento sindical chileno. Sería funcional en una fórmula la de "recambio burgués",⁽⁸⁾ pero ésta no cuenta con esa burguesía nacional, desarrollista, con la fuerza suficiente para sustentarla. Quizás la prueba más palpable de esto sea la ninguna respuesta de parte de sectores empresariales a los llamados de dirigentes sindicales a defender la industria nacional, o el alineamiento junto a la dictadura de todas las "asociaciones gremiales" empresariales en coyunturas tales como el plebiscito. Y si no se ve ningún sector de la burguesía interesado en impulsar un modelo económico distinto al actual, y si, por tanto, no hay perspectivas de un "recambio" en la dominación burguesa, el proyecto sindical que le va asociado tampoco se ve como viable.

⁽⁷⁾ Una clara manifestación de esta política de conciliación de clases se encuentra en la propuesta de "Pacto Social" formulada por Eduardo Frei en septiembre de 1980, que significa limitar al movimiento sindical en la lucha contra los monopolios, en el desmontaje efectivo de las bases de la dictadura, ubicándose en una línea de menores reformas del sistema.

⁽⁸⁾ Ver resoluciones del Primer Pleno Nacional clandestino del PS, septiembre de 1976.

La fuerza fundamental con que cuenta el sindicalismo reformista es el gran respaldo que recibe de los sectores más reaccionarios del movimiento sindical internacional (en particular de la central norteamericana AFL-CIO). También juega en su favor el peso de la "ideología dominante", la utilización para sus fines de la campaña anti-marxista de la dictadura y el disponer de algunos dirigentes que cuentan con cierto respaldo entre las bases.

Sus factores de debilidad radican, en primer lugar, en la reducción de los sectores medios asalariados que son los que tiende más fácilmente a representar. En segundo lugar, la pauperización de esos sectores y su radicalización opositora, lo que los acerca al sindicalismo clasista o a la acción unitaria con él, por una parte, y, por otra, los hace buscar formas de acción sindical más efectivas que la mera presión. En tercer lugar, y como producto de sus propias concepciones, este "sindicalismo de presión" releva la acción de los dirigentes, la acción superestructural y descuida la vinculación con la base, es decir que es orgánicamente débil.

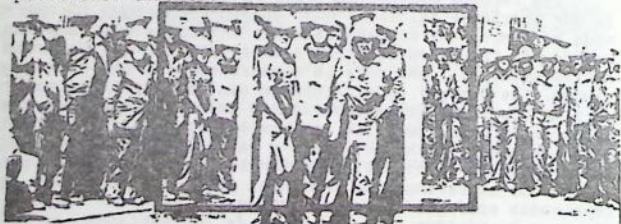
En todo caso las características del modelo económico impuesto, la presión de sus bases y la intransigencia de la dictadura, ha hecho que los portavoces de este proyecto de sindicalismo hayan evolucionado desde la integración inicial a la dictadura a la crítica suave, para terminar en una fase en que se va imponiendo una tendencia opositora creciente.

Una tercera concepción sobre el movimiento sindical es la que podríamos calificar como anarco-sindicalista. De partida no limita los sindicatos a los intereses más inmediatos de los trabajadores sino, además de ello, los ve como herramientas de lucha para la construcción de una nueva sociedad. Es clara y explícitamente contraria a la dictadura y a toda su política económica y laboral. Sin tener una comprensión cabal de ella, los partícipes de esta concepción intuyen la lucha de clases y la necesidad de impulsar la, y condenan la conciliación de clases. No ven a los partidos como expresiones de intereses políticos de clases determinadas sino que los meten a todos en un mismo saco, y, en general, tienden a negar el rol de los partidos en el movimiento sindical. Es por ello que proyectan al sindicato como instrumento de acción no sólo sindical sino también política de clase. Son la expresión de un "gremialismo" de izquierda y representan intereses obreros y populares pero en el marco de una concepción revolucionaria utópica.

La crítica principal que puede hacerseles a los sostenedores de esta línea en Chile es que, en los hechos, el enfrentamiento que hacen a estructuras sindicales y a los par-

tidos los lleva a actitudes divisionistas, aunque sea en aparente búsqueda (incluso con honestas intenciones) de forjar la unidad de los trabajadores. La prescindencia de los partidos populares y la proyección de la organización sindical como instrumento de acción política los lleva a descuidar los aspectos organizativos de la lucha de clases y los hace caer en el espontaneísmo. Por lo mismo tienden a sobrevalorar el rol de los dirigentes y su capacidad de convocatoria a la acción de la clase mediante declaraciones. Todo esto lleva al anarco-sindicalismo a una práctica sindical que no es coherente con los objetivos revolucionarios que se plantea.

La fuerza real de este proyecto de movimiento sindical es escasa pero no hay que subestimar sus potencialidades de desarrollo. Estas están presentes en ese ánimo difuso de cambio social radical que la situación objetiva genera en muchos trabajadores, lo que se suma a un debilitamiento de la influencia orgánica e ideológica de los partidos obreros y al efecto de más de siete años de propaganda sistemática en contra de "los políticos". También porque ella resulta atractiva a muchos cristianos radicalizados que se incorporan a la lucha social, lo que puede ayudar a proporcionarle una base material de apoyo nacional y de sectores del sindicalismo internacional. A pesar de que -a diferencia de las otras dos concepciones- aquí no está de por medio un interés clasista antagónico con el de la clase obrera y lo que prima es, más que nada, confusión ideológica y teórica, es indispensable el enfrentamiento de sus posiciones erróneas.



El cuarto gran proyecto de movimiento sindical es el del sindicalismo clasista, el proyecto que refleja los intereses generales de la clase obrera. Concibe la organización sindical como el instrumento de la clase y del conjunto de los trabajadores asalariados para luchar por sus intereses económicos, pero no limita su lucha a conseguir de terminados aumentos salariales, algunas mejoras en la condición en que son explotados. Entiende que sus intereses económicos estratégicos son terminar con toda forma de explotación, es crear condiciones en las que los productores de toda la riqueza de la sociedad, los trabajadores, puedan ejercer la dirección de la economía en función de sus

intereses y el de las grandes mayorías y no como ahora, en que un grupo social minoritario, los propietarios del capital, imponen sus intereses al conjunto de la sociedad.

Defiende la relación y la vinculación, lo más estrecha posible, entre los partidos de la clase obrera y el movimiento sindical, pero "ello no nos lleva a confundir el Partido con el sindicato", como se señaló en la Primera Conferencia Nacional Sindical del PS en la clandestinidad. El partido es una parte de los trabajadores, se explicaba allí, que "expresa a sus elementos más avanzados, a aquellos que poseen el arma más poderosa de la clase, su ideología científica (...). El sindicato es expresión del conjunto de los trabajadores, incluso de los más atrasados, pero que lo reconocen como su herramienta para la defensa de sus derechos concretos".⁽⁹⁾ Y mientras la dictadura, la burguesía y el sindicalismo productorial y el sindicalismo reformista coinciden en la necesidad de una "despolitización" del movimiento sindical (con lo que logran influenciar las posiciones prácticas del anarco-sindicalismo), nosotros -como expresión del sindicalismo clasista- defendemos la relación entre los partidos obreros y el movimiento sindical precisamente para politizarlo, para que la parte avanzada oriente al conjunto de los trabajadores a preocuparse y enfrentar el problema del poder.

La necesidad de la acción política del movimiento sindical chileno se hace evidente a partir de los problemas más sentidos de los trabajadores. Es claro que es del mayor interés de los trabajadores el cambiar toda la actual política económica basada en su superexplotación y en una inmensa cesantía. También es de su interés eliminar el "plan laboral", el que prácticamente los hace enfrentar a los empresarios con las manos amarradas. La reforma previsional, que elimina la cotización patronal y pone los ahorros de los trabajadores en manos de los clanes, es también contraria a sus intereses. Todas esas políticas le fueron impuestas a los trabajadores por la fuerza del Estado, que los excluye de toda participación en las decisiones. Y luchar por cambiar esas políticas implica enfrentar a esa dictadura. Por ello el sindicalismo clasista señala que la lucha por los intereses económicos de los trabajadores, hoy en día en Chile, tiene como objetivo central el derrocamiento de la dictadura y la instauración de una democracia de trabajadores y que por lo tanto esos objetivos deben ser hechos suyos por el conjunto del movimiento sindical.

Aunque el partido, por su rol, se orienta contra el Estado, es decir a resolver el problema del poder, la revolución social no es una cuestión que pueda hacerla por sí

⁽⁹⁾ Primera Conferencia Nacional Sindical clandestina del Partido Socialista, julio de 1978.

solo. Para llevarla a cabo no basta una parte de la clase sino que se requiere de la acción de la mayoría de la clase, y más que eso, de la mayoría de los trabajadores, y aún podríamos precisar, de la mayoría de los sectores explotados. Por tanto la función de un partido que quiere hacer la revolución es la de elevar la conciencia política de la clase obrera, de los trabajadores y de los explotados, impulsar el nivel de sus luchas y ser capaz de orientar, organizar, coordinar todas esas luchas a fin de dirigir las, concentrando la fuerza de sus golpes contra el poder estatal de los explotadores.

Cualquiera que tenga un mínimo de experiencia práctica en el trabajo sindical, recordará que en cada sindicato habían elementos avanzados entre los trabajadores, de vanguardia por su comprensión de los problemas y su combatividad, y también habían elementos que reflejaban la media de las asambleas, e igualmente habían otros bastante atrasados. Y que para asegurar un movimiento exitoso no bastaba guiarse por la disposición de lucha de los más avanzados, sino que la función principal de éstos era precisamente hacer claridad, elevar el ánimo combativo de la mayoría, tratar de anular la influencia de los elementos apatronados. En ese influenciar de los elementos avanzados sobre el resto de sus compañeros, en ese guiarlos a la lucha, en esa tarea de lograr un rol de dirección en las batallas de clase, a través del convencimiento y del ejemplo por la consecuencia en la práctica, se encierra toda la esencia de la relación entre partido y sindicato.

Ahora, si el objetivo de la lucha no es el pliego de la empresa tal sino un pliego nacional, ello exigirá una cierta coordinación entre los elementos avanzados de las distintas empresas a fin de hacer coincidir sus esfuerzos. Naturalmente que esas necesidades serán muchísimo mayores si el pliego que se pretende pasar es el pliego de todos los explotados, si es el pliego por el poder del Estado. Y si en función de ese pliego general de los explotados, habrá a veces que retrasar la acción de los trabajadores de una determinada empresa -a pesar de que ellos estén habiendo por lanzarse a la pelea- a fin de que no queden luchando aislados, a fin de que esperen a sumar otras fuerzas como también habrá veces en que determinado destacamento de trabajadores dará una pelea no orientado por las perspectivas de éxitos concretos inmediatos sino por su efecto para la agitación político-sindical general, para elevar la conciencia y disposición combativa de otros sectores de los trabajadores.

Estas cuestiones tan evidentes para cualquiera que reflexione un poco sobre algunos problemas prácticos de la organización de la lucha revolucionaria del conjunto de los trabajadores, están presentes en la famosa figura de Lenin

acerca del sindicato como "correa de transmisión" entre la vanguardia y las masas, y en aquella otra sobre la "subordinación del sindicato al partido", tan denigradas ambas por la propaganda burguesa.

Esta denigración persigue objetivos bien prácticos. Por una parte, es una forma en que la burguesía busca evitar que los trabajadores se planteen el problema del Estado. Por otra, es un intento de limitar el desarrollo de la "peligrosidad" práctica del movimiento sindical. Pues es claro que si éste se plantea como su objetivo fundamental el derrocamiento de la dictadura, ello implica la necesidad de ir más allá de la pura "presión" como forma de acción gremial, no encuadrándose en la legalidad que la burguesía monopólica ha impuesto al país, sino que impone la necesidad de ir sobrepasando esa legalidad en las acciones, en la lucha sindical.

En síntesis, podríamos decir que mientras las distintas variedades del sindicalismo burgués tratan de encerrar al movimiento dentro del economicismo, el sindicalismo clasista lucha por politizar a los trabajadores, por llevarlos a plantearse la relación entre sus problemas concretos y el problema del sistema económico, del Estado y del poder. Que mientras el anarco-sindicalista se aleja del materialismo e idealiza a la clase obrera, no distinguiendo en ella a los elementos avanzados ni destacando el rol que éstos deben jugar para llevar a la lucha a la mayoría de los trabajadores, el sindicalismo clasista visualiza esas diferencias objetivas en la clase, y distingue por tanto entre el partido y el sindicato, sus distintos roles y la relación indispensable que debe establecerse entre ambos para plantearse la conquista del poder o el derrocamiento de la dictadura. Mientras el sindicalismo burgués predica y practica la conciliación de clases y llega sólo a la presión pública o acciones dentro de la legalidad en una orientación reformista, el sindicalismo clasista se plantea impulsar la lucha de clases con la finalidad de derrocar la dictadura a través de la acción revolucionaria que no puede detenerse en los límites que pretende fijarle la legalidad que impone el enemigo.

Para terminar con este primer problema, quisiéramos hacer dos precisiones. La primera, que estos "proyectos de sindicalismo" son esquemas, o prototipos. Aunque hayan unos o varios dirigentes que se puedan identificar perfectamente con una u otra posición, sería un error tratar de "etiquetarlos" a todos con estos prototipos. La mayoría puede tender a identificarse principalmente con uno de los proyectos pero tienen simultáneamente elementos de otro u otros. La segunda es que -y en cierta medida por lo dicho anteriormente- hay que resistir la tentación de identi-

car en términos absolutos a determinados "grupos sindicales" con alguno de los proyectos sindicales reseñados. Salvo el sindicalismo prodictatorial, las otras tres concepciones del sindicalismo opositor o elementos de ellas atraían los distintos grupos. Es claro, por ejemplo, que el sindicalismo reformista tiene más peso que el "grupo de los diez" y la CEPCH. Pero no se limita su influencia a esos grupos, pues algunas de sus concepciones tienen influencia en el FUT o en la propia CNS. Y por otro lado, también hay elementos de las concepciones del sindicalismo clasista que están presentes en dirigentes de "los diez", la CEPCH y el FUT. Y esto nos introduce ya en un segundo problema que también nos parece fundamental.



LA UNIDAD SINDICAL

"La historia del movimiento sindical chileno, a partir fundamentalmente de la creación de la CUT (1953), es la historia de la unidad de su clase, logro importante que caracteriza el movimiento sindical chileno. La conciencia unitaria desarrollada por sus vanguardias impidió la creación de centrales alternativistas. (...) La dictadura militar fascista ha creado, sin embargo, hoy nuevas condiciones, el movimiento sindical está de hecho dividido..."⁽¹⁰⁾

Como lo señalaba el documento de la Primera Conferencia Sindical clandestina del Partido, en julio de 1978, la unidad del movimiento sindical aparece rota y en el hecho funcionan distintos grupos sindicales. Sin considerar a los prodictatoriales, dentro del sindicalismo de oposición hay cuatro "grupos sindicales" de alguna importancia: el "grupo de los diez", la CEPCH, el Frente Unitario de Trabajadores (FUT) y la Coordinadora Nacional Sindical (CNS).

⁽¹⁰⁾ Id.

Sin embargo las tradiciones unitarias que se forjaron en largos años del movimiento sindical, especialmente en los 20 años de funcionamiento de la CUT, no se han perdido, lo que se aprecia fundamentalmente en las organizaciones de base. Después de un año y medio de aplicación de una legislación laboral hecha para fomentar la división, el paralelismo y la atomización sindical, la norma es la mantención de las organizaciones unitarias de base. Los esfuerzos divisionistas de los agentes de la dictadura entre los trabajadores, pese al inmenso respaldo estatal con que cuentan, fracasan. Nadie se atreve a plantear o defender derechamente la división de las organizaciones sindicales en las bases, y hasta las maniobras divisionistas se tratan de encubrir bajo una aparente búsqueda de la unidad. (Guillermo Medina, por ejemplo, levantó la consigna de crear una Federación entre los sindicatos de la zonal El Teniente, con lo que intentó encubrir su real objetivo de dividir la Confederación de Trabajadores del Cobre. Y cuando fue acusado de buscar la división hizo una retirada hipócrita, afirmando que es partidario de la CTC y de la unidad de los mineros y que sólo está en contra de la gestión de la actual dirección de la Confederación).

Este sentimiento unitario en la base demuestra que es posible reconstruir una gran Central Única de Trabajadores. Pero ello no sólo es posible sino absolutamente necesario. Y en la disposición unitaria de los trabajadores no sólo pesan las tradiciones del movimiento sindical sino la comprensión, o la intuición incluso, de esa necesidad. Está claro que no podrá haber ningún mejoramiento sustantivo de su situación sin cambiar radicalmente la política económica y laboral del gobierno. Y está claro que el gobierno es dictatorial precisamente para poder imponer esas políticas. Por ello la lucha por los intereses más inmediatos y sentidos de los trabajadores desemboca, una y otra vez, en la necesidad de apuntar al derrocamiento de la dictadura, objetivo que exige la unidad del movimiento sindical como un componente importantísimo para crear fuerza capaz de derrotar a una clase despiadada en sus fines y que utiliza implacablemente y sin vacilaciones todo el poder del Estado para defender sus intereses.

En la lucha por la reconstrucción de la Central unitaria, antidictatorial, que retome las banderas clasistas que levantó la CUT, habrá que enfrentar no sólo a la burguesía monopólica, a la dictadura y sus agentes, sino la resistencia del conjunto de la burguesía, para la cual una central de ese carácter siempre constituirá una amenaza.

Y más allá de la oposición nacional, también debemos chocar con los sectores más reaccionarios del sindical-

lismo internacional, los que han logrado cierta influencia en grupos sindicales antidictatoriales. Aprovechándose de la necesidad de solidaridad de nuestro pueblo, algunas tendencias del movimiento sindical mundial han dado ayudas condicionadas, tratando de ganar posiciones con el fin de reproducir en Chile las divisiones existentes en el terreno sindical internacional. En este aspecto el CEX-CUT ha jugado y juega un papel importante al denunciar la "solidaridad" con fines divisionistas, recabando una solidaridad unitaria e incondicionada. Esto explica el interés de algunos dirigentes internacionales por fomentar, e incluso financiar, a elementos divisionistas para desacreditar, negarle representatividad e ir eliminando al CEX-CUT como obstáculo a sus designios. Por ello que la defensa del CEX-CUT, especialmente en el exilio, está estrechamente asociada al debilitamiento de las maniobras divisionistas internacionales, deviniendo en una forma de apoyar la reconstitución en Chile de la Central unitaria.

Por cierto que cuando hablamos de reconstituir la Central Unica nos referimos a la esencia y no necesariamente a su forma. Creemos que la CUT jugó un gran papel en la historia del movimiento sindical chileno (y latinoamericano), nos sentimos orgullosos de ella, pero no debemos amarrarnos rígidamente ni a su nombre, ni a sus emblemas, ni -mucho menos- a sus figuras. Lo que importa son los principios que sentó y en los que educó a millares de trabajadores. La nueva Central Unica por la que hay que luchar podrá tener cualquier otro nombre, nuevos dirigentes que los trabajadores promuevan a esos cargos, pero en esa Central renovada habrá que luchar para que se continúen los principios centrales que guiaron el accionar de la CUT, como organización unitaria, clasista, democrática y por tanto antidictatorial, autónoma, antimperialista, internacionalista y latinoamericanista.

El embrión orgánico para la reconstitución del sindicalismo clasista y unitario, con perspectivas más definidas y con la más importante representación de base, ya existe y se encuentra en la Coordinadora Nacional Sindical. No queremos decir con ello que en la CNS todos sustentan claras posiciones clasistas. No es así. Tal como señalábamos anteriormente, allí también se enfrentan distintas concepciones o elementos de distintas concepciones y hay una disputa por la hegemonía entre las distintas tendencias. Pero esa disputa, naturalmente legítima, opera siguiendo ciertos criterios positivos, progresistas, cuyo perfeccionamiento y desarrollo hay que promover: uno, es que la disputa se da en cierto marco de democracia interna, como lo muestra la realización del Consultivo Nacional de noviembre pasado; un segundo, es que se da sin paralizar la lucha. Por eso vemos en el fortalecimiento de la CNS, en la democratización creciente de sus prácticas orgánicas y, fundamentalmente, en el desarrollo de su capacidad conduc-

tora de las luchas de la clase obrera y del conjunto de los trabajadores, elementos básicos para impulsar la reconstitución de la central sindical unitaria de los trabajadores chilenos.

Lo anterior no excluye, ni mucho menos, la necesidad del diálogo y la búsqueda de acciones comunes con los otros grupos sindicales. La unidad sindical hay que trabajarla a todos los niveles, en las superestructuras y en las bases. En el nivel superestructural la constitución del Comando de Defensa de los Derechos Sindicales fue un paso importante, aunque en la práctica se quedó muy por debajo de las expectativas que generó (precisamente porque se quedó en un acuerdo a nivel direccional, limitándose además a emitir declaraciones condenatorias de la política de la dictadura en vez de asumir un rol de dirección, organización y coordinación de las luchas de los trabajadores; primó, en síntesis, el "sindicalismo de presión" por sobre el sindicalismo de lucha).

El Comando aún tiene posibilidades de desarrollo en la medida que prime en él una actitud de lucha consecuente contra la dictadura, lo que no descartamos al constatar una voluntad en tal sentido entre algunos dirigentes del "grupo de los diez" y, muy especialmente, las tendencias unitarias que tienden a primar en sus bases.

Pero esto sin olvidar nunca que el factor decisivo para avanzar en el proceso unitario es colocar siempre en el centro la lucha de los trabajadores por sus intereses concretos. En este sentido también la Coordinadora Nacional Sindical ha hecho un gran aporte con el Pliego Nacional que su Consultivo acordó levantar. La amplitud y decisión con que dicho Pliego sea impulsado será un elemento clave en la tarea de hacer avanzar la unidad del movimiento sindical chileno.

La lucha por la unidad y contra los propiciadores del paralelismo sindical es de una importancia vital. Insistimos: el divisionismo busca castrar todo el potencial revolucionario de los trabajadores. Es indispensable la unidad y la lucha de los trabajadores para conseguir el derrocamiento de la dictadura.

OBJETIVOS Y FORMAS DE LA ACCION SINDICAL

El obstáculo inmediato que se levanta contra las aspiraciones de los trabajadores es el llamado "plan laboral", contra el cual se deben orientar las luchas. Pero como esa legislación laboral está íntimamente relacionada con todo

el modelo económico y la derrota del "plan" y del "modelo" está ligada a la suerte de la dictadura, el objetivo político fundamental e inmediato de la lucha de los trabajadores debe ser el derrocamiento de la dictadura.

Esos objetivos de la lucha afectan a las formas de acción sindical que se deben emprender. En primer lugar existe la necesidad de sobrepasar el marco de las leyes que ha impuesto la dictadura. Esto es comprendido por todos los trabajadores que han participado en algún tipo de lucha bajo el imperio del plan laboral; esa conciencia generalizada se ha reflejado en los acuerdos del Consultivo Nacional de la CNS, en los que se plantea generar e imponer situaciones de hecho, al margen de la legalidad, tanto en el terreno de la organización sindical como en el de la negociación colectiva. Podríamos sintetizar esta primera característica de las nuevas acciones sindicales a impulsar con la conocida fórmula de combinar lo legal con lo ilegal.

Esto implica una firme lucha ideológica contra el legalismo que la burguesía se empeña en inculcar a los trabajadores y líderes sindicales, debilidad que tiene alguna base en tradiciones del movimiento sindical. Una ventaja que se tiene para dar esta lucha ideológica radica en toda la experiencia práctica de los trabajadores, que les enseña que si en sus aspiraciones a mejorar sus condiciones de vida se sujetan a la ley sencillamente estarán derrotados desde la partida. Por otra parte a la burguesía ahora le es casi imposible vender esa idea del Estado por sobre las clases, de las leyes como normas neutrales elaboradas para beneficio del conjunto de la sociedad. Bajo el actual régimen el carácter de clase del Estado y sus leyes ha quedado tan al desnudo, la imposición de éstas por la simple fuerza a la mayoría de la sociedad es tan evidente, que la denuncia del legalismo en el movimiento sindical resulta relativamente fácil.

Lo que sí es difícil es la lucha práctica contra el legalismo. Esto es, definir formas de acción que lo trasciendan y contar con fuerzas suficientes para llevarlas adelante, es decir que los trabajadores decidan lanzarse a la pelea. Ellos están contra la dictadura, repudian el plan laboral, están convencidos de que en sus luchas no deben atenerse a las leyes, pero no van a ir al combate por combatir, por levantar banderas. Existe un respetable argumento que se cruza a todo romanticismo: a su lado tienen miles de cesantes dispuestos a ocupar su puesto de trabajo. Cuando se lanzan a la lucha los trabajadores lo hacen con la esperanza de conseguir algo y cuando consideran que las fuerzas con que cuentan les permitirán lograr ese algo.

Es obvio que la derrota del plan laboral y el derrocamiento de la dictadura sólo será posible con la movilización combativa del conjunto de los trabajadores, es decir

que no se logrará con la sola lucha en una o dos empresas (aunque sí podrá iniciarse en esta forma). De ahí surge una gran tarea concreta que debe plantearse desde ya: la necesidad de preparar una huelga general contra el plan laboral. ¿Cómo se prepara? ¿a qué plazos? ¿qué empresas son claves para impulsarla? ¿cómo se organiza la solidaridad y qué papel puede jugar el factor exterior? etc., son cuestiones que en lo fundamental deberán resolver los compañeros que dirigen la lucha en Chile, en contacto con sus bases. Pero la apreciación de carácter general de que es necesario preparar, trabajar desde ya con la perspectiva de una acción concertada y masiva del conjunto del movimiento sindical, no puede ser eludida. También esto se vislumbra en los acuerdos del Consultivo Nacional de la CNS y en el planteamiento del Pliego Nacional. Parece claro que, dadas las características del régimen chileno, no bastará reunir un millón de firmas para que el gobierno acepte el Pliego. Además de agitar el Pliego, habrá que preparar las condiciones y medios para dar una inmensa lucha orientada a imponerlo. Y en esa lucha un instrumento decisivo lo será esa tradicional arma del movimiento obrero: la huelga general.

Hay que dar por descontado que la dictadura no vacilará en reprimir con violencia todo reto peligroso a su política. Este es un dato del problema y no debe amedrentar a nadie. Un movimiento sindical que se plantea seriamente desafiar a la dictadura y tratar de imponer los intereses generales de los trabajadores, tiene que considerar ese dato desde el comienzo y preparar formas para defenderse activamente de esa violencia que la dictadura desatará inevitablemente para tratar de aplastarlo. En esa perspectiva se ubican las tareas de protección de dirigentes, autodefensa del movimiento de masas, clandestinización probable de direcciones de lucha sindical y otras de naturaleza similar.

El objetivo político inmediato, decíamos, es el derrocamiento de la dictadura. Con él se relaciona estrechamente el objetivo económico inmediato, derrotar el plan laboral, lo que enfrenta al movimiento sindical con la dictadura. Y aunque la dictadura socialmente representa muy poco, es una tremenda fuerza real por su manejo de todo el aparato estatal, en particular de las Fuerzas Armadas y el conjunto de la maquinaria represiva. Si el movimiento sindical comprende que es necesario derrocar a la dictadura, ha de sacar las consecuencias prácticas de lo que implica enfrentar al Estado y todo su poder. De ello se deduce la importancia de sumar fuerzas más allá de los trabajadores asalariados, la necesidad de desarrollar alianzas amplias, apoyando el desarrollo orgánico y estableciendo relaciones con otros sectores de la sociedad también oprimidos bajo el dominio del capital financiero. Esto se hace más obligado

rio aún si recordamos que ha habido una disminución de la importancia relativa de la población susceptible de sindicalizarse, a la vez que un crecimiento del número de explotados ("marginales" al proceso productivo).

— TENEMOS LUCHAMOS

— POR EL SUELDO JUSTO

— PARA TODOS LOS OBREROS

— POR LA SALUD DE LOS NIÑOS

— Y LUCHAMOS

**Y NO NOS VAMOS A
QUEDAR CON LOS
BRAZOS CRUZADOS**

Para finalizar, quisiéramos hacer una recapitulación de algunas ideas centrales expuestas:

La tarea fundamental de los trabajadores chilenos —que se deduce de sus intereses más inmediatos y es consistente con sus intereses mediatos—, es el derrocamiento de la dictadura terrorista de los monopolios y la instauración de una República Democrática de los Trabajadores.

La magnitud de esa tarea es superior a las solas fuerzas, aisladas, de los trabajadores, lo que hace indispensable comprometer a otros sectores sociales que comparten nuestro objetivo. Como instancia orgánica para desarrollar esta alianza nos parece positiva la idea lanzada de constituir una Coordinadora Democrática de Masas, que pueda unificar las luchas de organizaciones estudiantiles, de población, profesionales, pequeños comerciantes, camioneros, taxistas, etc., con las del movimiento obrero.

En esa alianza, que los trabajadores deberán promover con toda la amplitud y flexibilidad necesarias, no pueden olvidar el papel de eje que en ella juegan, no sólo (y no tanto) por su consecuencia antidictatorial sino por su papel en la economía. Los trabajadores son el elemento decisivo que puede paralizar el funcionamiento del sistema económico y a la vez son quienes pueden ponerlo en marcha con otra orientación, en beneficio de las grandes mayorías.

Por lo mismo anterior, la unidad de los trabajadores en una central sindical clasista es vital no sólo para ellos, sino para las perspectivas de la conducción consecuente del conjunto de los sectores sociales antidictatoriales. Para forjar esa unidad es necesario impulsar la lucha de los trabajadores por sus intereses concretos y a la vez desarrollar los procesos de democratización del movimiento sindical.

La vinculación de los partidos obreros con el movimiento sindical no es contradictoria con esa necesidad de unidad. Muy por el contrario, aquellos deben contribuir al desarrollo de la unidad elevando la conciencia de los trabajadores respecto al objetivo general de los combates sindicales. Además los partidos juegan un papel insustituible en el desarrollo de la política de alianzas con las instancias que expresan a otros sectores sociales, así como en la organización y dirección del asalto contra el poder estatal de la dictadura.

Por los intereses económicos inmediatos de los trabajadores, la tarea principal que facilita su unificación y la vinculación de la lucha económica con el objetivo político inmediato, es la batalla contra el plan laboral.

En el desarrollo de la lucha contra este plan hay dos materias que han de ser ubicadas en el centro del accionar de los trabajadores: una es el Pliego Nacional levantado en el Consultivo de la Coordinadora Nacional Sindical, y la otra es la preparación de la huelga general. Al calor de estas dos tareas se debe impulsar el consenso sindical tanto al nivel de las relaciones superestructurales entre los "grupos sindicales" como en el trabajo en la base, entendiendo siempre esto último como fundamental.



ANEXO

DISTRIBUCION DE LA FUERZA DE TRABAJO (en miles)

	1972		1979	
TOTAL DE LA FUERZA DE TRABAJO	3.000,8		3.341,8	
DESOCUPADOS	93,0		407,5	
Tasa de desocupación	3,1%		13,5%	
Ocupacion TOTAL	2.907,8	100.0		100.0
ACTIVIDAD PRODUCTORA DE BIENES	1.302,2	47.5	1.250,2	42.6
Agricultura, silvicultura	511,5	17.6	524,0	17.9
Pesca	19,0	0.6	36,4	1.2
Minas y Canteras	93,4	3.2	95,0	3.2
Industria	554,1	19.1	468,5	16.0
Construcción	204,2	7.0	126,3	4.3
TRANSPORTE, ALMACENAJE; COMUNICACIONES Y UTILIDAD PUBLICA	226,7	7.8	213,2	7.3
Electricidad, agua, gas; transporte y comunicaciones	27,2	0.9	24,0	1.0
	199,5	6.9	185,2	6.3
ACTIVIDADES PRODUCTORAS DE SERVICIOS	1.298,9	44.7	1.470,9	50.1
Comercio	364,2	12.5	498,0	17.0
Servicios financieros	56,6	1.9	79,5	2.7
Servicios personales, comunales y sociales	878,1	30.3	893,4	30.4

Fuente: ODEPLAN

Reproducido en Síntesis Estadística N° 62 de la Secretaría Ejecutiva de la Unidad Popular

Realidad Nacional

Juan Carvajal

ESPACIOS DE RUPTURA

en la estrategia de lucha democrática

A partir de la consumación de la farsa plebiscitaria de Pinochet, se ha venido insistiendo por parte de nuestro Partido y de otras fuerzas de la izquierda chilena sobre la nueva fase que se abre en el país, que se caracteriza, entre otros rasgos, por el intento del capital financiero de consolidar su modelo económico bajo el amparo de una Constitución que afirma a Pinochet por 17 años en el poder y que garantiza el respaldo de los aparatos represivos a tal objetivo. La alternativa del movimiento popular, se señala, es la de imprimir una conducción distinta al movimiento de masas, insistiendo en el legítimo derecho del pueblo a la rebelión y en la necesidad de generar espacios de ruptura que vayan creando las condiciones para la insurrección popular que permita derrocar a la dictadura. Este proceso, se agrega, requerirá la incorporación de elementos de violencia a las actuales luchas que el pueblo desarrolla, siempre en la línea central de generar una amplia alianza y de continuar impulsando la lucha de masas.

Aunque este proceso de convergencia a nivel de la mayoría de los partidos de la Unidad Popular, constituye un

importante salto en el fortalecimiento de la fuerza propia y en el proceso de unidad de la izquierda, se mantienen aún problemas que es necesario encarar. En la nueva fase que se enfrenta, los partidos obreros y populares tienen el imperativo de plantear una alternativa democrática que delineando con mayor claridad sus perfiles y encarando de manera más concreta las dificultades actuales, permita garantizar de manera efectiva al movimiento popular su papel de eje de la convergencia democrática. Una de las deficiencias que emergen con mayor nitidez en esta etapa y que generan preocupación, es el aumento de la represión, acentuada a partir de marzo del año pasado, con cada vez mayor número de detenidos y relegados.

La permeabilidad de las organizaciones obreras y populares ante esa acción de los aparatos represivos aparece más evidente en el año que pasó. Tal es uno de los problemas que el movimiento popular debe resolver. Esta situación replantea un viejo axioma de la estrategia revolucionaria: a la definición de un escenario de lucha se corresponde un tipo de organización revolucionaria, una forma de accionar.

A partir de esta definición que comienza a sobresalir con mayor claridad desde comienzos del año pasado, surgen una serie de interrogantes que debemos tratar de respondernos, pues precisamente de la solución de estas dificultades depende en alguna medida el destino de la lucha en Chile. ¿Cuáles son los escenarios de lucha que garantizan la concreción de los objetivos estratégicos del movimiento popular? ¿Cómo se puede armonizar la necesaria lucha de masas con la mantención y acentuación incluso, de lo clandestino en las estructuras orgánicas?

ALGUNAS PRECISIONES INICIALES

En relación al enfoque de estos problemas hay en el interior de la izquierda chilena una discusión incipiente aún, en la que se expresan diferencias, detrás de las cuales pueden estar bosquejándose distintos proyectos estratégicos. No está en discusión la importancia de la lucha de masas en la política de generar una correlación de fuerzas que permita derrocar al tirano. Todos los enfoques, por más disímiles que sean, enfatizan la necesidad de redoblar el combate de las masas. Las diferencias comienzan a tomar cuerpo cuando de lo general se pasa a lo particular, es decir, cuando se incorporan estos principios generales a la lucha política en Chile y particularmente a la nueva fase que se enfrenta. En el marco de esta discusión, del diagnóstico del también llamado "nuevo escenario", en discusiones entre algunos representantes de la izquierda en Chile,

se han conocido opiniones que apuntan claramente a una asimilación progresiva al espacio que quiera ceder la dictadura.

"El problema de la estrategia al socialismo en esta perspectiva implica desde ya el plantearse la forma de renovación del modo de hacer política en el movimiento popular y más allá de éste. El hacerlo como "resistencia" quizás no es la forma más adecuada hoy, sino a lo mejor, el crear espacios de oposición dentro de la sociedad que se nos da, para ganar visibilidad dentro del estrecho espacio político actual. Transformarse en fuerza opositora es un desafío presente, dentro del régimen."

Esta posición, planteada en el marco de una reunión entre intelectuales de izquierda que discutían acerca de la posibilidad de una "convergencia socialista" entre las distintas fuerzas que enfrentan a la dictadura, expresa diametralmente una visión que de hacerse práctica, sólo conduciría a la entrega de toda aspiración real al socialismo en Chile, para caer en un juego en que el conjunto de la izquierda sería controlada por el sistema de dominación actual.

A la luz de estas posiciones se justifica que el problema de la dialéctica entre objetivo de la lucha, escenario en que se desarrollan los combates y tipo de organización para hacer práctico el fin estratégico, sea analizado.

En la estrategia existen tres elementos que se intercombinan: la masa, el tiempo y el espacio. Por espacio entendemos el escenario en que se desenvuelve la lucha, el lugar donde se encuentran las fuerzas en conflicto, en lo que se considera tanto el escenario nacional como internacional. En la lucha contra la dictadura el enfrentamiento se desarrolla en tres espacios: el clandestino, el semilegal y el legal. Es una tarea de las vanguardias revolucionarias evaluar en relación a cada nuevo período que se vive, el escenario o espacio donde se concentran los esfuerzos principales. En el caso particular del régimen actual, se puede plantear que estos tres espacios de enfrentamiento se desarrollan esencialmente en el terreno extraparlamentario, a diferencia del plano en el que se desenvuelve la lucha en las democracias liberales o en el que se llevaba a cabo el combate del pueblo en Chile hasta antes de septiembre de 1973.

Cuando en lo referido a la nueva fase el Partido habla de la creación de espacios de ruptura, se está refiriendo a algo que está presente en todo proceso revolucionario. Espacio de ruptura es un nuevo escenario de la política que cuestiona de hecho la estructura jurídico política de la dictadura, permitiendo el desarrollo de una fuerza opo-

sitora de masas con perspectiva insurreccional. Implica que el carácter insurgente pasa a transformarse en dominante en la lucha contra la dictadura, sin dejar por ello totalmente de lado la oposición limitada que se pueda ejercer desde la legalidad que impone o se le arranca a la dictadura.

Se parte de la base de que el objetivo estratégico del movimiento popular es el derrocamiento del tirano y su régimen, de que ese derrocamiento adquirirá la forma de insurrección popular, y que en función de tal fin estratégico, es necesario dotar a las luchas presentes de elementos de violencia revolucionaria y la incorporación de todas las formas de lucha para poder concretizar la rebelión popular. En tal razonamiento, la lucha por los espacios significa hoy la necesidad de generar espacios de ruptura que sobrepasen los estrechísimos marcos de acción política que permite la dictadura. En este proceso se debe redoblar la presencia y el combate de los partidos en el movimiento de masas, teniendo como base la estructura clandestina de los partidos.

I. EL PROCESO DE RECONSTRUCCION DE LA FUERZA Y CAPACIDAD DE RESPUESTA DEL PUEBLO

En términos generales, se puede afirmar que el golpe del 11 de septiembre implicó una derrota política y militar para el movimiento obrero y popular chileno que corta de raíz un proceso de avances y ascensos de las fuerzas revolucionarias en su lucha por instaurar en Chile el socialismo. Esta derrota significó, en lo inmediato, que la izquierda chilena perdió la posibilidad de ser una alternativa de poder real. La iniciativa política en el período que sucede al golpe militar, pasa a manos de la burguesía financiera y el movimiento obrero y popular chileno se sume en el reflujo absoluto con el fin de superar la situación de desarticulación de los partidos, producida a raíz de la brutal represión desatada.

Este proceso de reconstrucción orgánica y política del movimiento popular y sus partidos pasa por distintos períodos, hasta arribar a la nueva fase que enfrenta hoy, con una calidad y potencial de fuerza inmensamente superior a la situación producida inmediatamente después del golpe militar. Distinguimos en este proceso tres períodos a los cuales haremos referencia:

- a) Repliegue desorganizado.
- b) Reconstrucción de los partidos.
- c) Despegue inicial del movimiento de masas y de los partidos.



a) Repliegue desorganizado

Este es un período breve, en el que están presentes las manifestaciones de la reconstrucción orgánica posterior. Es el momento del desbande, en que los partidos, fuertemente golpeados por el terror desatado, son incapaces de entregar dirección alguna y los militantes se refugian hacia el interior de los restos de organización que quedan con el fin de salvar sus vidas esperando un momento más propicio para iniciar algún tipo de actividad.

La izquierda, incapaz en esos primeros meses post-golpe de levantar una alternativa de poder independiente, se ve obligada a salvar su supervivencia, a impedir que la dictadura cumpla el objetivo de dañar más fuertemente las organizaciones populares. La correlación de fuerzas es aplastante en favor de la contrarrevolución. Se asesina a dirigentes obreros y de los partidos, y las direcciones políticas conocidas junto a una importante capa de dirigentes intermedios son puestos en prisión o en el exilio. Al interior de las Fuerzas Armadas se aplica una política de terror para cortar de raíz cualquier expresión progresista en su seno. Sólo en la FACH la persecución tendrá como resultado el desprendimiento de toda corriente progresista del alrededor de 500 uniformados.

La política de terror abierto impondrá un retroceso generalizado con el fin de reagrupar fuerzas ante una coyuntura tan desfavorable. Se trata de no sumar más víctimas del pueblo ante un golpe militar ya consumado.

En las estructuras que se han salvado de la represión se impone el más absoluto trabajo clandestino.

b) Reconstrucción orgánica de los partidos

Podemos decir que la etapa anterior culmina a mediados de 1977, año en que se comenzará a gestar una nueva fuerza de oposición y de lucha contra la dictadura. Al terror generalizado del primer tiempo le sucederá un período de represión menos masivo, dirigido a terminar con toda la capa de dirigentes de los partidos. La tarea principal del momento definida por el Partido Socialista en Chile, señalaba: "La primera fase es de reconstitución de vanguardias políticas del pueblo, de reorganización y de activación del movimiento de masas". (1)

(1) Al calor de la lucha contra el fascismo, construir la fuerza dirigente del pueblo para asegurar la victoria, documento elaborado en marzo de 1974 por la dirección política del Partido en Chile.

En este período se mantiene el reflujo del movimiento popular y sus organizaciones, no se conocen manifestaciones de protesta y la cesantía afectará de manera importante a la estructura dirigente sindical. Al mismo tiempo el proceso autocrítico que se viene gestando al interior de los partidos creará también ciertas dificultades y demoras en la tarea de reconstrucción interna. (Se critica la conducción anterior y a sus dirigentes por frustrar un proceso que se vela con perspectivas revolucionarias).

El Partido Socialista debe renovar dos veces casi completamente su dirección debido a la acción represiva de la dictadura, y sólo en septiembre de 1976, con la realización del Primer Pleno clandestino, se harán evidentes los signos de un claro fortalecimiento. Una situación similar se observa en los otros partidos de la izquierda. Este trabajo de reconstrucción se realiza en rigurosa clandestinidad, aunque se comienzan ya a apreciar los esfuerzos por restablecer los vínculos con el movimiento de masas.

c) Despegue inicial del movimiento de masas y de los partidos

En las dos etapas anteriores el movimiento popular se muestra débil y constituye una expresión desorganizada. Sin embargo, el proceso de reconstrucción de las vanguardias ha traído en su desarrollo los gérmenes de la nueva situación que se abre a partir de 1977. Hasta entonces el movimiento sindical había tenido manifestaciones aisladas y a su vez independientes de los partidos. En un primer período fue una presencia sólo a nivel de las superestructuras; posteriormente se apreció el proceso de reconstitución, aún flojo, de los vínculos con las bases. Los partidos ya han realizado eventos en la clandestinidad, signo concreto de su fortalecimiento, en tanto que en el exterior se ha desarrollado un efectivo trabajo de solidaridad que profundiza la desfavorable situación internacional de la dictadura.

El nivel de la lucha de clases en esta fase, incorpora un nuevo componente a la escena política abierta: se trata de sectores de vanguardia de la clase obrera y los trabajadores en una primera etapa, a los que posteriormente se suman otras fuerzas sociales. Este será un proceso lento pero marcado por una salida progresiva y parcial del reflujo en el que estaba sumido el movimiento popular desde 1973 hasta 1977.

En la lucha por los espacios se ha construido exitosamente el espacio clandestino -aunque no es un espacio consolidado- a partir del cual ha sido posible la reconstitución de los vínculos de los partidos obreros con el movimiento de masas. Esta etapa de despegue inicial del movimiento de masas se explica por la finalización exitosa del

proceso de reconstrucción de los partidos obreros y populares.

Corresponde a este momento un mayor acento de la dictadura en la inteligencia política, como complemento de la acción represiva.

La situación que se comienza a observar, de baja parcial de la acción represiva abierta al viejo estilo se explica, en parte, por la situación que se vive al interior del régimen. Se ha producido una pérdida ostensible de su base inicial de apoyo y se profundizan las contradicciones en el seno del bloque dominante, haciéndose urgente crear las condiciones políticas para el ingreso de capitales extranjeros que garanticen la reproducción del modelo económico. El estado represivo brutal de los años anteriores atenta contra tal objetivo al no permitirle a la Junta aliviar su empeorada situación internacional. Este es el primer elemento que explica el cambio del funcionamiento represivo.

La segunda razón está determinada por la presión y aumento de la protesta democrática. En este período se gana cierto espacio de información en algunas radios y revistas, se generan condiciones para la agilización de organismos que expresen de manera más coherente las reivindicaciones sectoriales, se logra vertebrar una fuerza de oposición en las universidades, se reactiva la lucha del movimiento sindical y poco a poco la protesta va adquiriendo niveles superiores en sus demandas. La movilización por los desaparecidos, en especial, se transforma en un hecho político nacional y el proceso por el asesinato de Orlando Letelier debilita aún más a la dictadura.

En este período disminuyen notablemente las operaciones "rastrillo" e incluso las detenciones. El fenómeno tiene su explicación, en parte importante, por la culminación exitosa de la reconstrucción de los partidos, por el aprendizaje progresivo de la práctica del trabajo clandestino, pero también, en parte no menos importante, por el énfasis de los aparatos represivos del Estado en la labor de inteligencia política, con el objetivo de golpear menos veces y con más eficacia a las organizaciones revolucionarias.

Este nuevo rasgo que va a adquirir el aparato represivo del régimen se puede medir por la baja de las "desapariciones" a partir, con bastante evidencia, de fines de 1976. La acción principal de la represión enfatiza la acumulación de información, la incentivación del espionaje y la labor de infiltración con el objetivo de conocer y mantener bajo control a la oposición. La dictadura es capaz de resistir una movilización como la del Laja en el mes de octubre de 1979 o las celebraciones del 10 de Mayo, ya que estas movilizaciones, expresando el extraordinario desper-

tar de la protesta pública y de la pérdida de miedo al régimen, constituyen un nivel de presión en desarrollo, que no logra aún la dimensión de una fuerza capaz de derrocar al tirano.

En esta lucha que lleva a cabo el movimiento popular dirigido por sus vanguardias políticas, se va conquistando poco a poco un espacio semilegal que se transformará en el predominante. Al mismo tiempo, la oposición democrática hará esfuerzos por copar ciertos espacios legales con el objetivo que desde allí se manifieste también el cuestionamiento del régimen. De esta forma se constata la existencia de los tres espacios a que aludíamos al principio, como zonas de acción diferenciadas del movimiento popular. El que entra a predominar es el semilegal, lo que expresa la necesaria ligazón de los partidos con el movimiento de masas, en correspondencia con el acento que en nuestro objetivo estratégico damos a la creación de una correlación de fuerzas en lo político y en lo militar a favor de la ruptura democrática, lo que implica una inserción real en el movimiento de masas y la capacidad para generar una conducción al interior del mismo acorde con aquella línea estratégica.

No es por tanto la presencia activa y dirigente en el movimiento de masas ni la mantención de los espacios conquistados el punto en discusión. Tampoco parece serio la comprensión de que estos espacios son en cierta forma cedidos por el régimen y, en parte importante, conquistados por la lucha popular. El fondo del problema actual es cómo en lo político y orgánico los partidos desarrollan su actividad en esta nueva situación, en vistas a afirmar y ampliar su presencia en el movimiento de masas resguardando a su vez sus organizaciones.

II. REFLEXION AUTOCRITICA NECESARIA

El proceso de inflexión de la lucha de clases que se produce desde mediados de 1977 refleja la reinserción progresiva de los partidos en el movimiento de masas y la protesta que se ha generalizado a diversos sectores sociales. Sin embargo, una nueva dificultad aflora con claridad.

Este proceso inmensamente positivo viene acompañado de una sobrevaloración de los espacios semilegales y legales, con una confianza excesiva en que la dictadura puede ser contenida y que la represión está limitada por las contradicciones en el seno del régimen.

La conclusión política que se reafirma desde el plebiscito de 1980 en adelante, viene a confirmar que la iz-

quierda cometió un error al no definir adecuadamente el terreno en que debía desarrollar su accionar. Hoy, el capital financiero necesita consolidar su modelo económico y para ello requiere una etapa en que la protesta no pueda superar los niveles conocidos; por su parte, los partidos obreros y populares se ven enfrentados a la necesidad de romper con los intentos del régimen por consolidarse. Las estructuras clandestinas que llegaron a exponerse indebidamente en el transcurso de estos años, poniendo en peligro su integridad, deben reforzarse. Son conclusiones que se desprenden de las propias definiciones políticas de los partidos.

Esa excesiva confianza en el nuevo escenario de la lucha que se abrió en el período de despegue inicial del movimiento de masas y del accionar partidario, tiene su fundamento en la correcta línea estratégica diseñada por los partidos de la Unidad Popular: si no logran penetrar y ser parte del movimiento de masas, haciendo que cada frente se impregne de nuestra política, no será posible generar la correlación de fuerzas necesaria para poder vencer.

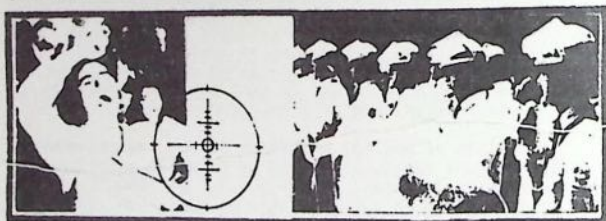
Al evaluar el período analizado surgen las primeras manifestaciones de desequilibrio en la relación entre la actividad abierta de masas y la acción del partido clandestino. En un momento en que los partidos aparentan ser una "red de espionaje" y en que se hace más urgente ligarse a las aspiraciones de las masas, el Partido Socialista planteaba: "...debemos terminar con el arquetipo del clandestino, incapaz de plantearse en ningún ámbito públicamente, haciendo política entre los políticos. Tenemos el deber de desarrollar un tipo de actitud militante, valiente y enérgica en la defensa efectiva de los derechos de las masas". (2) En el mismo escrito se planteaba que "el manejo clandestino debe ser más responsable". Sin embargo, a pesar de esta última preocupación, la relación entre el énfasis que se pone en la necesidad de salir al trabajo abierto de masas, y el de mantener la estructura clandestina, termina desequilibrándose en favor de la justa tarea de ganar los espacios semilegales y legales, pero sin cuidar adecuadamente la estructura clandestina.

Lo concreto es que una coyuntura como la planteada le imponía a cada partido de izquierda no sólo la tarea de redoblar su presencia en el movimiento de masas, sino además, consecuentemente con ese objetivo, la adecuación de sus estructuras orgánicas de tal modo que la presencia en ese nivel de masas no fuera a significar que la acción de los aparatos represivos pudiera llegar al núcleo direccional, por la vía del control sobre los cuadros públicos y abier-

(2) UNIDAD Y LUCHA N° 34, dic 1978

tos, los que en la cadena de contactos terminan relacionándose con la estructura clandestina, descompartimentando así a los partidos y haciendo que en la práctica exista casi sólo en teoría una estructura clandestina y otra abierta, incorporada ésta a los espacios conquistados en el período.

Por otro lado, una situación como la que se analiza obliga a una distinción más clara de la relación entre el dirigente público de masas y el dirigente interno. En esas condiciones, un dirigente sindical por ejemplo, no podía a su vez ser dirigente interno del partido, porque eso en la práctica implica -dado el mayor esfuerzo e inversión de los cuerpos represivos en la labor de inteligencia- facilitar la detención de los cuadros y estructuras clandestinas del partido.



Este problema se presenta casi sin excepciones en la mayoría de los partidos de izquierda. En una publicación reciente del Mapu-OC se deja constancia de una situación similar a la que estamos haciendo referencia: "No es posible construir organizaciones de masas exclusivamente a través de organizaciones ilegales clandestinas -se afirma... hacer trabajo de masa es penetrar, construir y dirigir organizaciones abiertas de masas".⁽³⁾ También en este caso el documento hará de paso mención a la importancia de mantener el trabajo clandestino, pero en una proporción tal que obviamente lo que queda y se impone, por sobre las medidas de resguardo de la seguridad de la organización, es la necesidad de penetrar en el trabajo de masas sin tomar todas las precauciones necesarias en lo orgánico. Este énfasis, implícito, en desmedro de la seguridad del aparato partidario, se ve refrendado a través del análisis aparecido en ese mismo ejemplar de la revista, en el que se analizan las causas de la detención de un dirigente del Mapu-OC: "...el problema principal que explica en nuestra opinión la detención del compañero Cuevas, fue el que en una etapa de ascenso del movimiento de masas, no hayamos sabido resolver adecuadamente las relaciones que entre lo de masas y lo clandestino debe existir en toda organización... En el caso de Jaime Cuevas, su doble calidad de dirigente universi-

⁽³⁾ "Informe del Secretariado al V Pleno Clandestino", Resistencia Chilena, Nº 22, pág. 89.

tario con responsabilidades internas en la organización, se probó un error de grandes proporciones".⁽⁴⁾

Esta inadecuada correlación entre lo semilegal y lo clandestino tendrá repercusiones directas en el momento en que la dictadura, asediada por la protesta generalizada que comienza a manifestarse, se sienta obligada a recrudecer la represión. Para el éxito de tal ofensiva represiva, cuenta con el valioso material de información que ha logrado acumular en el período en que puso el acento en la obtención de antecedentes para garantizar la efectividad de ulteriores golpes a las estructuras partidarias de la izquierda. Esta situación, que se visualizaba para 1980 cuando las movilizaciones estaban progresivamente adquiriendo una connotación más política, fue prevista por nuestra dirección interior en un análisis titulado: "El PS denuncia: se prepara un septiembre rojo"; en él se constataba el relajamiento de las medidas de seguridad de la estructura clandestina, producido en los anteriores años con cluyendo así: "...es vital tomar conciencia de las actuales circunstancias en que tiene lugar esta lucha por el por venir y prepararse para actuar en la clandestinidad, aprender a sobrevivir a la represión y después vencerla".⁽⁵⁾ Esta constatación, oportunamente analizada, no resultaría del todo efectiva, si observamos la alta cifra de detenidos y algunos golpes de importancia a nuestra organización y a otros partidos de la izquierda en el curso de 1980.⁽⁶⁾

III. LA RELACION ENTRE LA ORGANIZACION, EL ESCENARIO Y LAS METAS DE LA LUCHA

Un primer problema que es necesario clarificar es la relación entre el Partido y el movimiento de masas, aceptándose, en general, que existe una estrecha interdependencia entre ambos. El partido, para concretar sus objetivos estratégicos necesita insertarse en el movimiento de masas a fin de orientar sus luchas, sin lo cual le será imposible llevar a cabo las profundas transformaciones sociales y políticas a las que aspira. De otro lado, no es posible

⁽⁴⁾ "Reflexiones en torno al arresto de Jaime Cuevas", id., pág. 67.

⁽⁵⁾ UNIDAD Y LUCHA Nº 41, noviembre diciembre enero 1979-1980.

⁽⁶⁾ El profesor Giuliano Vasalli, miembro de la Comisión Investigadora de los Crímenes de la Junta, señaló recientemente en la reunión anual del Secretariado de ese organismo que, desde enero a noviembre de 1980 se registra la detención de 3.300 personas. Por otro lado la Comisión chilena de Derechos Humanos denunció, a través de su presidente Jaime Castillo Velasco, que en el transcurso del año pasado se produjeron 104 destierros sin sometimiento previo a la justicia, 270 recursos de amparo que no fueron acogidos y 8 asesinatos no aclarados.

que de manera autónoma el movimiento de masas pueda lograr que su accionar se convierta en una revolución triunfante, sin la presencia de la vanguardia (partido) que cumple el rol conductor del conjunto de las luchas.

Para los marxistas, sin la presencia del Partido Revolucionario -entendido como destacamento de vanguardia- no es posible llevar a cabo la revolución. Bajo tal premisa, la necesidad de garantizar la vida e integridad del Partido resulta una responsabilidad vital en cualquier concepción estratégica revolucionaria. En el caso chileno la forma de garantizar la vida e integridad del partido está determinada, en las duras condiciones de la represión, por el funcionamiento clandestino de la organización, única posibilidad de eludir los embates de la dictadura. En conclusión, en el funcionamiento orgánico de los partidos en Chile, lo clandestino es condición esencial para el desarrollo, extensión y profundización de la lucha de masas.

Un segundo problema que es necesario precisar, es el de la relación entre el objetivo de la lucha y el carácter que asume la fuerza social en cada una de las etapas. Los partidos obreros han definido como objetivo estratégico el derrocamiento de la dictadura, lo que significa en concreto la caída violenta del dictador y del régimen.

Por un lado, la opción estratégica del movimiento popular apunta a generar transformaciones radicales en la estructura económica y jurídico política, lo que implica una auténtica revolución, pues se trata de cambiar las bases que sustentan y posibilitan la mantención del actual sistema de dominación. Por ello, en la visión estratégica del movimiento popular está implícita la comprensión de que el carácter que asuma la fuerza en lucha debe expresar ese fin estratégico en cada uno de sus combates sectoriales.

El movimiento democrático ha acumulado una considerable capacidad de presión sobre la dictadura, pero aún no tiene la fuerza para derrocar al régimen. El nivel actual de la lucha es producto de un proceso de maduración del movimiento popular y de los partidos en el transcurso de los años, de un aprendizaje progresivo acerca de cómo combatir al régimen, colocándose como perspectiva la transformación de esa fuerza actual en fuerza insurgente.

Una tercera precisión necesaria es la relativa al escenario en el que se desenvuelve la lucha, que se expresa en los espacios conquistados a través del batallar de estos años. Actualmente el elemento que predomina en la acción del movimiento popular es la ocupación y profundización de las luchas en el espacio semilegal, lo que se deberá seguir proyectando en la nueva fase que se ha abierto después del plebiscito. La transformación de la fuerza implica superar y sobrepasar la característica de los combates hasta ahora realizados, los cuales, en general -a pe-

sar de las excepciones de Good Year, Caletones y PANAL en el plano sindical, y la progresiva generalización de conflictos en el ámbito universitario-, son sólo luchas parciales que no logran articularse en un movimiento generalizado contra el sistema.

En la historia del movimiento revolucionario encontramos muchos ejemplos en que estos problemas han estado presentes y que en las revoluciones victoriosas fueron resueltos oportunamente.

En la Rusia zarista de 1905 estaba planteada una revolución democrática para acabar con los restos del régimen de servidumbre, derrocando al zarismo e implantando las libertades democráticas. Fue un período en que se conquistó la libertad de asociación, reunión y prensa. Lenin, en polémica con algunos grupos de izquierda, defendió la necesidad de copar esos espacios legales y semilegales manteniendo como base la organización clandestina. En sus precisas palabras: "El tercer Congreso tiene en cuenta un próximo cambio RADICAL de nuestra actividad. No se debe abandonar de ninguna manera la actividad clandestina y el desarrollo del aparato clandestino: esto sería hacer el juego a la policía y conveniente hasta más no poder para el gobierno. Pero ahora ya no se puede dejar de pensar tampoco en la acción abierta. Hace falta PREPARAR enseguida las formas convenientes de esta acción y por consiguiente, aparatos especiales menos conspirativos a este fin".⁽⁷⁾ Están presentes allí los tres elementos fundamentales: "cambio radical" de la situación, "actividad clandestina" y "acción abierta", considerados en su relación dialéctica y adecuadamente armonizados. Lenin enfatizaba, además, en la necesidad de no cejar en el desarrollo de las luchas, en todos los terrenos, enfilando siempre al objetivo político estratégico.

En Vietnam, de 1936 a 1939 se presenta también una situación especial en que el Partido revolucionario debe buscar una justa correlación entre el objetivo de la lucha, el escenario y la organización partidista. Es la etapa del triunfo del Frente Popular en Francia, lo que repercutió en la situación del Vietnam dominado por el colonialismo francés, abriéndose posibilidades para la acción legal y semilegal. Se produce una enorme movilización de masas y surgen diferentes formas de organización popular, incluyendo "cámaras de representantes". En toda esta insólita situación bajo el colonialismo, el Partido no descuidará ni su estructura clandestina ni la necesidad de su presencia en la acción legal y semilegal. Del mismo modo, la presencia del pueblo en estos nuevos escenarios no significó un cam-

⁽⁷⁾ V.I. Lenin, "Dos tácticas de la socialdemocracia en la Revolución Democrática", Obras Escogidas en 3 tomos, Ed. Progreso, Moscú, T.I, pág. 541.

bio en el carácter de la fuerza revolucionaria, en tanto el Partido siguió enfocando sus luchas en la perspectiva de generar condiciones para la insurrección.⁽⁸⁾

En relación a la dialéctica resguardo de la organización-presencia en el movimiento de masas, Le Duan ha analizado retrospectivamente de esta forma la actitud del partido en ese período: "Considerando siempre como base las actividades ilegales, nuestro partido supo combinarlas hábilmente con el aprovechamiento de todas las posibilidades legales. En momentos como esos, el partido debe combatir la timidez y el encogimiento, pero al mismo tiempo hay que prevenir y combatir las violaciones del principio de organización clandestina, la subestimación de la construcción y desarrollo del partido y de las organizaciones de masas más firmes. Si no se previene y supera a tiempo el "legalismo", esta tendencia traerá consecuencias muy peligrosas cuando haya un cambio brusco en la situación o cuando el enemigo pase a la ofensiva, y cuando el partido tenga que reorientar todas sus actividades y pase a condiciones ilegales".⁽⁹⁾

Hay una experiencia contemporánea en nuestro subcontinente, la de Brasil, que también permite extraer algunas enseñanzas. Ese país enfrenta actualmente un llamado proceso de "liberalización bajo control", que ha restituido parte de las libertades que fueron tronchadas por el golpe militar de 1964. Este proceso que fue previsto en alguna medida por el régimen militar, sólo pudo concretarse como tal cuando la protesta del pueblo logró sobrepasar la oposición controlada que permitía el régimen, identificada en el Movimiento Democrático Brasileño (MDB). Este problema ha sido analizado posteriormente por sectores de la izquierda ante la evidencia de que la forma de hacer oposición que predominó durante algunos años fue la realizada por el MDB, el que, ocupando un espacio legal de oposición, no cuestionó la legitimidad del régimen".⁽¹⁰⁾

Precisamente cuando la protesta -que se comienza a gestar a través del movimiento estudiantil y particularmente

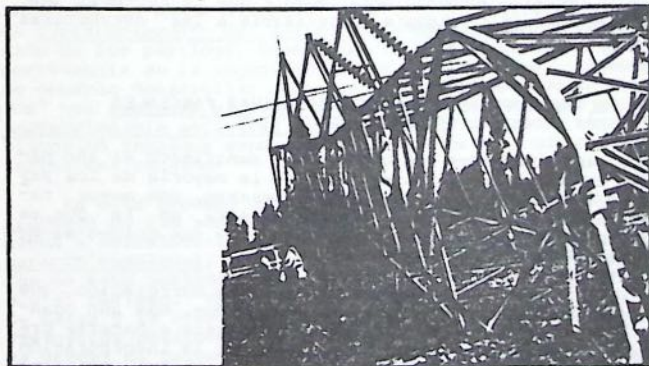
(8) "Fue aquel un período en que las masas se movilizaban con mucha efervescencia y fortaleza, se desplegaron y penetraron las fuerzas políticas en el campo y en las ciudades, en el llano y en la sierra, en combinación con el desarrollo de las fuerzas armadas. Era una preparación de fuerzas en todos los aspectos para llegar a la insurrección general". La revolución vietnamita, Le Duan, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, págs. 50-51.

(9) Id. págs. 55-56 (subrayado nuestro).

(10) "...los trabajadores respondieron que el MDB constituía una verdadera camisa de fuerza que los militares habían impuesto al electorado impidiendo de ese modo que la oposición se renovara". "Brasil en la prueba de la liberación", Le Monde Diplomatique, febrero 1980.

en el frente sindical- entra a romper ese encasillamiento y a sobrepasar las reivindicaciones económicas llegando al cuestionamiento de la dictadura, es cuando se obliga al aceleramiento del proceso de "liberalización" y a la profundización de las medidas de carácter aperturista contempladas.⁽¹¹⁾

En el marco de esta nueva situación política, la cúpula del régimen brasileño entra a preocuparse por la generalización de la protesta y reflexiona acerca del cómo impedir que cunda esta oposición que plantea ya una ruptura con el régimen. Un militar brasileño, el general Golbery do Couto e Silva, creador del servicio de inteligencia brasileño a partir de 1964, considerado uno de los cerebros de la represión, explicó no hace mucho como razonaron: "...la estrategia recomendaría la pronta desarticulación del sistema opositor propiciando el surgimiento de múltiples frentes distintos".⁽¹²⁾ Es decir que cuando las movilizaciones de protesta rompieron el cerco que había tendido la dictadura y comenzaron a plantearse en la acción el objetivo de su reemplazo, surge la necesidad de crear un más amplio marco o espacio de acción legal para los partidos buscando mantenerlos integrados de hecho al sistema.



Un último ejemplo sobre un tipo de "hacer oposición" que se limita a lo que permite el régimen que tenemos en Chile. El Grupo de Estudios Constitucionales, "O de los 24", que surge como expresión política representativa

(11) El dirigente sindical brasileño José Ignacio da Silva, "Lula", explicó en una entrevista: "...durante tres años nosotros establemos una lucha puramente económica, pero entonces empezamos a darnos cuenta de que eso solo era inútil... y los trabajadores empezaron a darse cuenta de que era necesario conquistar algunas reivindicaciones de carácter social. Las garantías sindicales por ejemplo, el delegado sindical, la organización política de los trabajadores". Cuadernos de Marcha, N° 8, julio-agosto 1980.

(12) Prensa Latina 3/11/80.

de amplios sectores de la oposición, plantea fórmulas institucionales que sujetan a los partidos a la legalidad establecida, al estilo del MDB, buscando insertarlos en los espacios de actuación que permite la dictadura, sin apuntar a sobrepasar este marco. Tal posición se explica por el papel hegemónico que juegan en su interior los sectores que se plantean el cambio gradual del régimen militar. Esto explica también su propuesta sobre régimen de partidos políticos, en la que se quita toda posibilidad de legalidad a los partidos revolucionarios.⁽¹³⁾ Si una posición de este tipo se transformara en hegemónica en el movimiento popular y la lucha que se desarrolle contra la dictadura apunte sólo a ocupar un espacio legal, al estilo "de los 24", el objetivo de establecer un gobierno democrático popular no tendría sentido.

En el marco de la relación entre los tres elementos que están presentes en la lucha contra la dictadura, y a partir precisamente de las experiencias que se conocen, es necesario redoblar la lucha en los espacios semilegales y legales, explicar en cada una de esas batallas el objetivo general que inspira los combates y asegurar el funcionamiento orgánico adecuado para impedir que la represión afecte, más allá de lo siempre imprevisible a las estructuras partidarias.

IV. EL NUEVO PERIODO DE CONTRAOFENSIVAS PARCIALES

Las debilidades que quedaron de manifiesto el año pasado en las estructuras orgánicas de la mayoría de los partidos obreros y populares, deben superarse, con mayor razón aún ante la nueva fase que se enfrenta en la que es previsible que el brazo represivo agudice sus golpes al movimiento opositor.

El problema a solucionar es la justa correlación que debe existir entre los elementos analizados, más aún cuando un tipo de conducción rupturista comienza a hacerse presente en el accionar político chileno con la incorporación de elementos de violencia legítima por parte del movimiento democrático.

El impulso a esta lucha de masas rupturista contra el régimen obliga a un proceso de reacondicionamiento de las estructuras partidistas a fin de hacerlas menos vulnerables a la acción del enemigo. Si al problema de la sobrevaloración que se hizo de las posibilidades que ofrece el

(13) Al respecto P. Aylwin, destacada figura del PDC y dirigente de "los 24", señaló hace algunos meses: "Con estas disposiciones, el Partido Socialista no habría podido adoptar sus acuerdos del Congreso de Chillán (1967, en que se estableció la necesidad de la violencia revolucionaria como único camino para conquistar el poder) sin caer en la ilegalidad". Hoy, 30/1/1980.

trabajo legal y semilegal, se le suma la reacción de la dictadura para impedir que la lucha del movimiento popular se extienda y profundice, se concluye en la especial necesidad de imponer un ritmo graduado a las acciones que se inician, en relación al estado orgánico y político del movimiento.

En las experiencias históricas a las que nos referimos antes estuvo presente el problema de cómo evadir la represión. En tales casos se comprobó que los organismos represivos acumulan información sobre los dirigentes públicos y semipúblicos y que esperan el momento más propicio para hacer detenciones masivas, dejando libres a algunas personas conocidas, como "semilla", dejando crecer nuevamente el movimiento para posteriormente golpearlo.

Otro factor que influye de manera decisiva en esta necesidad de adecuación orgánica, es el relativo a la forma en que el enemigo reacondiciona su propio aparato represivo para responder de manera más efectiva a los cambios que introduce el movimiento popular en su accionar.

Ante tal comprobación, es imprescindible la clara diferenciación entre dirigente interno y dirigente público y el fortalecimiento del aparato clandestino en la organización de los partidos, base sobre la cual se garantiza la supervivencia de la organización. A partir de ese momento se deberán desarrollar aquellos "aparatos menos conspirativos" que realizan el trabajo semilegal, garantizando que la imprescindible actividad de masas en los espacios semipúblicos no implique exponer a la represión a la columna vertebral del partido.

En este proceso de readecuación orgánica y de ritmo graduado de las acciones se hace presente el segundo problema a solucionar. Se trata de acentuar la acción en el espacio semilegal, que es el escenario donde se desarrollarán en este período la mayoría de los conflictos y choques con el régimen. Esto implica un reforzamiento de la lucha de masas y la creación de condiciones de protección a los dirigentes públicos en cada frente social, lo que significa prever el relevo de direcciones o la posible clandestinización de los dirigentes que sean perseguidos.

Finalmente queda por definir el carácter de la fuerza en la nueva etapa o la forma que adquiere la lucha. La transformación de la fuerza de presión en fuerza de ruptura implica no sólo su aumento cuantitativo sino que entra a cuestionar el Estado de dominación actual y la explicitación de nuestro objetivo democrático popular en cada una de las luchas sectoriales. Para el logro de tal fin es necesaria la politización de los conflictos y su generalización, de manera de ir poniendo en la práctica la estrategia del "asalto indirecto". Una visión de este tipo implica desahuciar la propuesta de hacer "oposición en la sociedad que se nos da", optando precisamente por una oposición "en una socie-

dad" que no se nos da. Consiste en conquistar ese terreno que la dictadura no quiere ceder porque sabe que de ello depende su estabilidad futura.

La lucha por crear los espacios de ruptura tendrá su materialización concreta, en el combate que se debe llevar a cabo en el frente semilegal. Este será un proceso que en un desarrollo ascendente y progresivo adquirirá en su momento más agudo el carácter de un enfrentamiento superior de fuerzas.

En el frente sindical se trata de superar los límites en los que el régimen pretende encasillar el accionar de los trabajadores, sobrepasando su "plan laboral" y politizando y generalizando los conflictos, realizándolos en la perspectiva de ir creando las condiciones para una futura huelga nacional. Entre los estudiantes se plantea también sobrepasar la legalidad que ha ido imponiendo el gobierno en las universidades, incluyendo el Estatuto de Centros de Alumnos, dando cauce a nuevas formas de organización y de combate que expresen una creciente desobediencia a la institucionalidad educacional del régimen.

A nivel político general, la creación de los espacios de ruptura significa sabotear la Constitución aprobada en la farsa plebiscitaria, buscando impedir que se concrete el esquema de institucionalización del régimen a través del desarrollo de medidas desestabilizadoras en el plano político y en acciones directas del pueblo. Todo indica que en el nuevo período que se ha abierto la utilización de espacios legales se verá extremadamente limitada por el cerco que se le impone al movimiento popular.

Por último, en lo que se refiere al funcionamiento en el espacio clandestino como en la lucha del pueblo, éste sólo entrará a predominar en la fase de ofensiva generalizada, en la que, por las características de los combates que se libren en esas circunstancias, deberá resguardarse de la manera más efectiva el funcionamiento de cada uno de los frentes y la integridad de sus dirigentes.

En síntesis, este proceso global de creación de un espacio de ruptura para desarrollar una efectiva fuerza democrática opositora y alternativa al régimen, transcurre por el aseguramiento del espacio clandestino -que garantiza la supervivencia del núcleo esencial partidario-, el desarrollo profundizado del espacio semilegal sobre la base de una actividad de masas de carácter radical y cuestionadora del sistema y la utilización del reducido espacio legal para romper el marco opositor oficial, activando una fuerza de ruptura de esa misma legalidad en todos los frentes de lucha.



Debate político

(o los motivos profundos de ciertas opiniones sobre el PS)



Desde 1978 se observa en nuestro país una activación general del movimiento de masas, que se manifiesta en el incremento de las huelgas obreras y estudiantiles y las acciones callejeras contra el régimen. Este proceso marcha paralelo con la rearticulación general de los partidos de izquierda, duramente golpeados en los primeros años, los que logran aprender el oficio político clandestino. El Partido Socialista desde hace varios años asentó su estructura clandestina a nivel nacional.

Precisamente cuando la estructura política de los partidos marxistas y revolucionarios es nuevamente un factor relevante en la lucha democrática, es que comienzan a levantarse voces que tratan de desnaturalizar y relativizar esta tendencia en desarrollo.

Es más, tales opiniones, provenientes del centrismo político y del oficialismo justista, se centran en una empresa de relativización y deformación de nuestro Partido. Según algunos, en una especie de involución histórica -de vuelta a los orígenes-, habríamos devenido en una federación de grupos mayores y menores y según otros, tal Partido Socialista ya no existe.

Para dilucidar y entender el sentido de estas opiniones sólo tiene validez el criterio de la práctica, el análisis de la realidad concreta.

ENFOQUES Y OPINIONES

La revista "Que Pasa", ubicada en el llamado "apertura" del régimen, se plantea asegurar la continuidad política del sistema creando un consenso burgués más amplio, dándole un espacio a los sectores medios y un trato político a la izquierda que la neutralice como alternativa.

Luego del plebiscito de septiembre de 1980 dicha revista se ha mostrado "preocupada" por la situación de la izquierda chilena. Las razones de tanta inquietud las señala con claridad:

"La izquierda es un factor político importante en el pasado chileno... y sería ilusorio pensar que no volverá a serlo en alguna forma y en algún futuro... izquierdistas continúan habiendo en Chile..., díganlo los dos millones de no del plebiscito."(1)

Es un juicio audaz para un órgano oficialista. Con él trata de demostrar a los militares que no basta con el garrote para anular la potencialidad de desarrollo de la izquierda chilena, sino que se hace necesario pensar un "trato político" -que muchas veces se toca con la inteligencia política- en orden a conocer las diferentes tendencias que se mueven en la izquierda, ahondar sus crisis, manipular sus contradicciones, es decir neutralizarla, poniendo en práctica esa vieja fórmula monárquica de "dividir para reinar".

Un primer aspecto de ese trato político es diferenciar la izquierda entre interior y exilio. La misma revista "Que Pasa" declara caducos y obsoletos a los dirigentes UP exiliados porque son ineficientes y mantienen puntos de vista "deformados" respecto a la actual realidad del país.

Parecen insólitos y llamativos estos juicios de un órgano oficialista. ¿Quién pudiera imaginar seriamente que un órgano del régimen se muestre preocupado por las "deficiencias insuperables" de los dirigentes UP exiliados? ¡Teníamos que concluir que la revista "Que Pasa", está en la línea de mejorar la eficiencia de la izquierda para acortar los días de la dictadura...

Naturalmente que es contra natura una línea de este tipo de la revista del equipo Cubillos. Simplemente están revelando a los ojos del Gobierno una diferencia existente que con su manipulación puede transformarse en contradicción.

(1) "En qué está la Izquierda Chilena", Que Pasa, 13 al 19/11/80.

Pero la revista no sólo explicita esta contradicción potencial entre exilio e interior, sino que la utiliza. ¡Alerta, chilenos! Comenzó mostrándonos las deficiencias de los líderes del 70; ahora pasa a mostrarnos las bondades de una "nueva izquierda", que resulta madura, sensata y dialogable.

"La izquierda interna... es realista. No aspira al poder inmediato..., ni siquiera a mediano plazo (!!). Su meta es mucho más modesta: un "espacio"... es... con traría a la violencia y a la vía armada... La gran esperanza de la izquierda interna son las universidades."(2)

¡Magnífico! Con un sencillo pase mágico, digno de Bla camán, este semanario ha transformado a toda la izquierda en un "ateneo universitario", preocupado solamente de ganarse un campus ad hoc, para sembrar y cultivar "realistas" ideas, que desde ningún punto de vista podrán realmente al terar el orden oficial.

Si "Que Pasa" destaca justamente este tipo de "izquierda", es precisamente porque resulta más adecuada al proyecto de institucionalización del régimen. Por eso se pronuncia por una izquierda desarmada, sin perspectiva de poder, que privilegia el mero aspecto ideológico y el rol autónomo de los intelectuales en relación a la lucha de clases que se libra en industrias y campos.

¡He ahí un primer resultado de la forma como sectores del régimen se aprestan a manejar las diferencias que observan entre exilio e interior! Buscan conformar o estimular el desarrollo de una oposición de izquierda a la brasileña, atomizada y funcional a los proyectos de evolución del régimen mismo.

Pero aún tenemos otros maravillosos pases de prestidigitación de los magos del "Que Pasa". Se trata de la explosión atómica y subsiguiente desintegración del "Otrora Partido Socialista".

"El Partido Socialista... es, como siempre, el de mayores divisiones..., el de máximas diferencias entre exiliados y no exiliados y el de más confusa posición... Los exiliados socialistas se pasan en reuniones "unificadoras"... Pero poco se ha progresado... los socialistas carecen de prensa clandestina que circule con cierta regularidad."(3)

(2) Id.

(3) Id.

Con estas atentas consideraciones terminamos transformados en una infinidad de grupos y siglas, de líderes y personalidades, todas descritas en un mismo nivel de fuerza e influencia, que se eternizan en intentos de unión y rechazo.

Primero nos aclararon esa "falta de leninismo" de los dirigentes de la UP en el exilio; luego convirtieron a la izquierda interior en un conjunto aterciopelado dominado por tonos rosa y celeste, y ahora concluyen desmembrando al Partido Socialista. (Los articulistas tendrán también la deferencia de hacer todo un gráfico, para ilustrar la supuesta grupusculización del PS)

Esta manipulación ideológica en torno a escisiones menores del Partido Socialista, esconde una concepción política del oficialismo "aperturista". Tal tipo de enfoque, en el que se evidencia la existencia de solamente un partido de izquierda grande, sólido y poderoso (el Partido Comunista), y que siempre analiza al Partido Socialista como un puzzle intrincado, como un rompecabezas, cual una fuerza desintegrada, se repite de modo sistemático en la prensa del régimen.

Lo que resulta curioso es la coincidencia de la tesis sobre los "grupos socialistas" entre los personeros del "aperturismo" interburgués del régimen y representantes oficiales de la DC.

El senador Patricio Aylwin, argumentando sobre la imposibilidad de conformar un frente democrático opositor, señalaba:

"El hecho que haya tres partidos radicales, no sé cuántos partidos socialistas, dos Mapu, una Izquierda Cristiana, algunos sectores de derecha democrática, que no están muy bien configurados... dificulta el surgimiento de una alternativa democrática."⁽⁴⁾

Siguiendo la argumentación de Aylwin, con su visión de una oposición de izquierda atomizada -exceptuando en su análisis al PC, que como hemos dicho es señalado como el único partido grande y sólido, pero que dada su particular naturaleza política no da lugar a pensar en una alianza DC-PC-, se termina, lógicamente, esperando una evolución del régimen militar, en los marcos de una estrategia que descansa en las posibilidades del sector "aperturista", tanto en alas civiles como de sectores militares. Esta apuesta coincide políticamente con la posición de "Que Pasa", y coincide

⁽⁴⁾ Patricio Aylwin, Hoy, 13/al 18/12/79.

cide expresamente en su fórmula de "no sé cuántos partidos socialistas", para negar vigencia a la izquierda y las posibilidades de convergencia democrática.

Pero no es solamente Aylwin, de la derecha demócrata-cristiana. Es el propio Zaldívar, presidente de este Partido, quien asume la misma fórmula al caracterizarnos:

"...hay que aclarar que el socialismo chileno pregolpe no podría ser calificado precisamente como democrático (con estos juicios de Zaldívar y el correr de los años quizás se impute al PS el desencadenamiento del golpe de Estado y la intervención militar... todo puede ser)... un socialismo democrático dependerá de los procesos de renovación interna de los grupos socialistas, desterrando la violencia y el leninismo de sus postulados de acción."⁽⁵⁾

Zaldívar observa en la realidad política chilena simplemente "grupos socialistas", y de ningún modo un Partido Socialista. Resulta novedosa esta caracterización, porque lo suponemos informado de la realidad política opositora y por cuanto en la interlocución política su apreciación es diferente.

Esta insistencia pública en referirse a los "nosecuantos partidos socialistas" o a los "grupos socialistas", revela, por lo menos, de parte de un sector de la DC, una línea de acción política hacia nuestro Partido. Es una conducta política que la ubicamos en su sector más derechista y en el oficialismo conductor, pero de ningún modo en sus sectores de base y más unitarios en la lucha contra la dictadura.

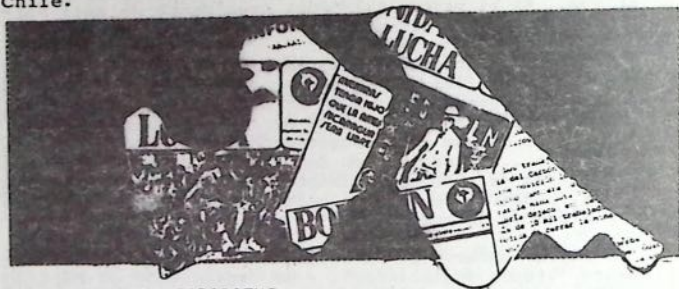
Pero queda aún otra frase para el bronce.

Juan Manuel Sepúlveda, dirigente sindical demócrata-cristiano, cercano a la dirección de su Partido, confidenciaba a un periodista germano-occidental que estuvo en Chile cubriendo el plebiscito de septiembre pasado: "El Partido Socialista, simplemente no existe". ¡Así como se lee! "Simplemente" no existimos! Y con esta simpleza hemos pasado a mejor vida.

Estamos sin duda frente a una profusión de enfoques y opiniones que se entretienen en hacernos desaparecer de la escena política, opiniones que evidencian una coincidencia objetiva entre el "aperturismo" juntista y el oficialismo demócrata cristiano.

⁽⁵⁾ Andrés Zaldívar, Hoy, 23 al 29/4/80.

Como este tipo de opiniones reiterativas deja alguna huella en la conciencia o inconsciencia política, se hace necesario hurgar brevemente en nuestra realidad para conocer algo de ese fantasma de Partido Socialista que recorre Chile.



INVOCANDO LOS ESPIRITUS

Podríamos rebatir muy simplemente a nuestros críticos oficialistas, diciéndoles: ¡Fíjense, señores escépticos, en esa larga historia partidaria de reconstrucción clandestina iniciada en septiembre de 1973 y que desde 1976 hasta 1980 ha realizado cuatro eventos nacionales! Podríamos recalcar, por ejemplo, la importancia del Tercer Pleno Nacional clandestino, con sus 600 y tantas reuniones de base. Pero nuestros idealistas en esta cuestión se transforman en materialistas exigentes y señalarían que nada de esa actividad organizativa clandestina les consta, que es pura propaganda socialista, y que por último -como dijera un ex-miembro de triste recuerdo para los socialistas- todas esas reuniones no pasan de ser "actividades de sótanos".

Nosotros naturalmente tenemos conciencia de lo que significa un Pleno clandestino, con sus múltiples casas de seguridad, el trabajo de elección de delegados de base y de instancias de discusión nuclear, el sistema de enlaces, la programación de tareas y el análisis político; sabemos que cada Pleno es un salto en el desarrollo del Partido, que permite su mejor inserción en la lucha contra el régimen. Pero nuestros críticos no tienen por qué saberlo, pues o son partidarios del régimen y funcionan con el apoyo de las bayonetas, o tienen un funcionamiento semilegal que les permite ampliados nacionales y reuniones del tipo simposium. Y si supieran de la importancia de cada Pleno, realizados solamente por UN Partido -los que no son atribuibles a "grupos"-, que revelan la existencia de un partido con presencia nacional, nos encontraríamos no ante unos escépticos comunes y corrientes, sino ante unos vulgares manipuladores de opinión pública y privada.

Estos mismos críticos saben muy bien que el Partido Socialista es una organización perseguida, constitucionalmente reprimida y absolutamente ilegal. La mera existencia del Partido es un desafío político al sistema vigente y a la legalidad autoritaria, y por eso debemos desarrollarnos a partir de la escena política no oficial, de la clandestinización de nuestras estructuras básicas.

Por esa simple razón es que la constatación de la existencia del Partido no puede pensarse como en tiempos más liberales, con indicadores de votación popular o de grandes concentraciones. Hoy día han cambiado los criterios de masa políticamente actuante y de la acción política partidaria. En las concentraciones que se logran realizar impera el criterio de representatividad de esa masa y en el accionar de un Partido impera el principio de manifestarse a través de hechos políticos en el movimiento de masas.

Los escribas oficialistas de la revista "Que Pasa", muy "objetivamente" proclaman: "...los socialistas carecen de prensa clandestina que circule con regularidad". Todos conocemos la situación chilena, en el sentido de que un partido clandestino, ilegal desde el punto de vista del régimen, no puede vender su prensa en quioscos y librerías. Debe circular regularmente por otros conductos que escapan al Estado oficial. Esos conductos radican en la propia organización partidaria, la que distribuye su prensa creando una circulación diferente y alternativa a la oficial.

En ese ámbito clandestino y semilegal hemos editado y distribuido 250.000 ejemplares del periódico del Partido, "Unidad y Lucha", con sus 47 números y un tiraje cercano a los 8.000 ejemplares por edición se logra crear efectivamente un circuito significativo de difusión del pensamiento socialista.

"Unidad y Lucha" tiene reproducciones regionales que incorporan noticias locales y se edita con nombres diferentes, como es el caso, por ejemplo, de "Unidad y Vencer", que se imprime en Concepción. Naturalmente que todo este trabajo del periodismo clandestino no tiene la "regularidad" de fechas de salida y venta del periodismo oficial o permitido por el régimen. Cada número de aquellos constituye un episodio del trabajo clandestino con innumerables riesgos.

Junto a esta prensa que circula con absoluta normalidad dentro de la anormalidad del sistema, editamos la revista teórica "Arauco" -la que reproduce incluso materiales de esta revista exterior del Partido-, la que con sus 6.000 ejemplares en tres números contribuye activamente al debate de la resistencia clandestina en el país. El Partido Socialista edita igualmente boletines sindicales de distinto alcance, un boletín internacional, los documentos oficiales -como es el caso de las resoluciones del III Pleno-

el Boletín del Comité Central y otros. Considerando su regularidad y diversidad, la prensa socialista está en un nivel de desarrollo cualitativamente superior al que se alcanzó en períodos políticos normales.

Como pueden apreciar los Sres. de "Que Pasa", precisamente en este aspecto es donde resalta una de las actividades de nuestro Partido. Y muy objetivamente concluimos que dicha revista tiene una misión cierta: clandestinizar ideológicamente la presencia de nuestro Partido.

Razonemos desde otro ángulo con estos críticos de buena o de mala fe.

¿Se han preguntado, señores cuestionadores, acerca del modo de operar de la represión hacia nuestro Partido? ¿En sus sesudos análisis, se han dado el tiempo de leer la prensa permitida, en aquellas secciones que detallan los arrestos acaecidos en 1980?

El 20 de mayo de 1980 se dio a conocer una larga lista de socialistas de Talca detenidos en una operación represiva provincial. La prensa oficial informó que se trataba de la caída de la dirección regional del Partido Socialista en esa provincia, encabezada por el ex-intendente y diputado socialista Guillermo Muñoz.⁽⁶⁾ Se responsabilizó al Partido del clima agitado entre el campesinado de la zona.

Dos meses más tarde, el 18 de julio, fueron detenidas 12 personas, entre las que figuraban cinco jóvenes acusados de dirigir a la Juventud Socialista de Chile; Ricardo García y otros cuatro jóvenes pasaron a ser procesados por violación de la Ley de Seguridad Interior del Estado, siendo encarcelados en la Penitenciaría de Santiago. La dictadura tiene sus "razones de Estado" para proceder con saña contra los jóvenes socialistas: es parte de una política represiva global para tratar de desmovilizar al estudiante, el que se muestra como una fuerza social descontenta con el régimen.

En las primeras semanas de noviembre de 1980 fueron detenidas 23 personas en Curicó y Molina. Según la versión de la Fiscalía Militar de Curicó, estos detenidos estaban involucrados en "un intento de derrocar al Gobierno, organizado por el Partido Comunista y el Partido Socialista". Días más tarde fueron relegados a Chiloé siete de

⁽⁶⁾ Según el diario "El Mercurio", fueron detenidas 15 personas, acusadas de militancia socialista, con cargos como encargado sindical, comisión política regional, encargado de educación política, asesora a federación campesina El Progreso, encargado de propaganda, etc.

ellos, acusados por el Ministerio del Interior de pertenecer al "ilegal Partido Socialista" y "provocar resistencia armada al Gobierno".⁽⁷⁾

Estos golpes represivos recibidos por el Partido se ubican en un contexto de aumento de la represión global durante el año que pasó, la que ha afectado a todas las organizaciones políticas de izquierda, lo que seguramente obligará a revisar los criterios de seguridad general para continuar la lucha en una tendencia ascendente.

No obstante, queda algo muy evidente: en todas estas detenciones relatadas no aparecen "grupos" ni tampoco "los nosenquatospartidos", sino el Partido Socialista, como una organización unitaria a nivel nacional. No surge por ningún lado la supuesta grupusculturización de nuestro Partido. La represión ha puesto al descubierto un pequeño trozo de la organización socialista, dejando a la luz pública del sistema a una misma fuerza política en las diferentes regiones y sectores del país.

Las "divisiones socialistas", que tan minuciosamente describe la revista "Que Pasa", han quedado relegados al mundo de las superestructuras; los "nosenquatospartidos" de Aylwin y los "grupos socialistas" de Zaldívar es muy probable que los hayan visto en oficinas abogadiles o en seminarios muy doctos, pero no aparecen esos "nosenquatosgrupos" en Talca, Molina, Curicó, Good Year, Huachipato, PANAL o las universidades; donde existe agitación social y movilización efectiva del pueblo contra la tiranía está solamente nuestro Partido, junto a otras fuerzas políticas representativas de la Unidad Popular.

Las afirmaciones irresponsables se enfrentan con los hechos y en este terreno concreto se transforman en mentiras políticamente irresponsables.

Pero sigamos desenterrando esa realidad concreta, para asentar un conocimiento y opinión objetiva.

El 19 de abril de 1980 centenares de socialistas se dieron cita ante la tumba de José Tohá, en el Cementerio General de Santiago, para conmemorar el 47 Aniversario del Partido Socialista; estaban los artistas socialistas, sus dirigentes sindicales, la juventud, los profesionales, las combativas mujeres socialistas. Entre otros hablaron el ex Intendente socialista de Santiago Julio Stuardo y el ex Ministro del Interior del Gobierno de la Unidad Popular Gerardo Espinoza, y sus intervenciones culminaron con una Marcha Socialista cantada con el puño en alto.⁽⁸⁾

⁽⁷⁾ EFE, Santiago, 28/11/80.

⁽⁸⁾ IPS, Santiago, 19/4/80.

Nuestro Partido ha venido realizando tradicionalmente este tipo de actos. Se ha ganado una cierta presencia semilegal con sacrificio y tenacidad. Es un espacio de ruptura, como lo demuestra la conducta decidida y consecuente de esos dirigentes socialistas históricos que arriesgan todo por comunicar el ideario socialista ante nuestro pueblo.

Es probable que algún incrédulo piense muy seriamente que esos centenares de socialistas aparecidos en el Cementerio metropolitano han sido, "simplemente", animitas, y que esas banderas rojas desplegadas en el aniversario fueron, "simplemente", fuegos fatuos. Y es probable que nieguen la misma realidad concreta, porque están de por medio otros intereses menos metafísicos y muy terrenales, que buscan afectar el desarrollo de nuestro Partido.

El 1º de Mayo de 1980, en el Sindicato Textil N° 1 de PANAL, se celebró una reunión convocada por la Coordinadora Nacional Sindical para conmemorar la fiesta de los trabajadores del mundo, acto al que asistieron más de 2.000 dirigentes y trabajadores de las industrias. Uno de los discursos más combativos y fogosos fue el de Laura Aránguiz, la que habló en representación de la mujer trabajadora, llamando a formar los "Comités de Lucha Democrática", arengando a los trabajadores con la consigna: "¡Trabajadores a luchar, dispuestos a vencer!", y terminando con el puño en alto, un gesto que fue seguido por los trabajadores asistentes al acto.⁽⁹⁾

No es pura casualidad que una destacada dirigente femenina, elegida mayoritariamente por los participantes en el II Encuentro de la Mujer Trabajadora, se plantee ante los obreros chilenos en el acto central del Primero de Mayo, con expresiones de orientación socialista. Tampoco es mero azar esa reacción mayoritaria de los trabajadores asistentes a la concentración de PANAL ante aquel discurso de orientación socialista.

Es, simplemente, muy simplemente señor Sepúlveda, por que seguimos teniendo una presencia clara y manifiesta en el seno de la clase obrera y los trabajadores asalariados del país.

Y como al mismo dirigente sindical le consta, trabajadores socialistas encuentra en sindicatos de base como Good Year o PANAL, en federaciones y confederaciones como Ran-

(9) "Laura Aránguiz, de la Coordinadora Sindical, leyó un largo impreso y terminó con su brazo derecho en alto, puño cerrado, en un gesto que fue imitado por un gran sector de los asistentes", se afirmó en la versión de "El Mercurio" del 2/5/80, a propósito del Acto de PANAL.

quil, FENATEX, FIEMC, Confederación del Cobre, Federación del Cuero y Calzado, Federación Nacional Minera, Federación del Vidrio y otras. Y por esta sencilla razón -el peso de nuestro Partido en la clase obrera chilena- es que Sepúlveda y otros sindicalistas demócratacristianos deben dialogar con trabajadores socialistas para conformar estructuras más generales como la Coordinadora Nacional Sindical o el Comando de Defensa de los Derechos Sindicales.



La presencia socialista en esta superestructura sindical está basada en su existencia concreta en la masa trabajadora. Por eso mismo, nuestro Partido y otras fuerzas de la UP son las únicas fuerzas de interlocución válidas para conformar instancias más unitarias -como sucede con la Coordinadora Nacional Sindical o el Comando de Defensa de los Derechos Sindicales- o para enfrentar localmente de modo unitario al sindicalismo juntista como sucedió en Huachipato en junio de 1980.⁽¹⁰⁾

Entonces nos encontramos con una situación muy peculiar: mientras en el plano oficial -ideológico y político- se relativiza la importancia del Partido Socialista, en el accionar más privado de las relaciones sociales de fuerzas, se reconoce su existencia política de manera cotidiana. De modo que tenemos una doble actitud o conducta política hacia nuestro Partido: relativización oficial por razones de línea política, y reconocimiento de hecho por razones de fuerza real.

Esto que apreciamos en el plano sindical, tanto a nivel de sindicatos de base como de las superestructuras sindicales, se repite en las relaciones político-partidistas. A pesar de todos los intentos de la dictadura no se ha producido un corte total entre la estructura sindical y los partidos de clase o de contenido popular. Y tanto por problemas sindicales como de política general, el principio de

(10) En las ediciones de "El Mercurio" del 2 y 10 de junio de 1980 se describió esta elección señalando cifras y supuesta filiación política de los nuevos dirigentes, como por ejemplo a Arnoldo Bravo, con la tercera votación (1.402 votos), de filiación socialista, el que asumió el cargo de Secretario del sindicato de trabajadores de Huachipato. En esta lista conjunta participaron -según la prensa permitida- socialistas, comunistas y demócratacristianos.

la interlocución de las fuerzas políticamente representativas se mantiene vigente.

De modo que si hemos encontrado la presencia de nuestro Partido en la estructura social, también en las estructuras políticas centrales de la izquierda se refleja nítidamente su presencia, como se constata en el funcionamiento de la Unidad Popular en Chile. Tanto en la aguda coyuntura política de septiembre de 1979, como en la situación creada en torno al plebiscito de 1980, se produce un funcionamiento activo de la Unidad Popular, como instancia unitaria de izquierda, y como bien saben los políticos demócrata-cristianos, en ese plano superestructural sólo se encontrará el Partido Socialista y no a algunos de los susodichos "grupos".(11)

Por tanto, cuando se lanzan opiniones relativizando la presencia estructural del Partido, tenemos que llegar a la conclusión de que se hace conociendo nuestra realidad concreta pero con la intención clara de deformar dicha existencia política.

Nos dirán todavía: Pero ¡Ustedes socialistas, no pueden negar la existencia evidente de los grupos escindidos, como "Consenso", "La Chispa", el "Frente Socialista"...! ¡No pueden rebatir objetivamente esa atomización del socialismo chileno!

Y nosotros respondemos claramente: ¡En absoluto podría mos negar la existencia de dichos grupos políticos! Constituyen una realidad objetiva. ¡Pero cuidado!, existen sólo como grupos, es decir asociaciones basadas en vínculos personales con un ideario socialista, pero que de ninguna manera pueden denominarse partidos.

Estos grupos pueden devenir corrientes de opinión política en la medida que asienten un pensamiento coherente. Sin embargo, por diferentes procesos internos derivados de su débil cohesión ideológico-política, las pugnas de caudillos y su composición social, no logran relevar su presencia

(11) En septiembre de 1979 se dieron a conocer los documentos "Al Pueblo de Chile" y "Acuerdo de Convergencia Democrática", suscritos por los partidos de la UP, entre ellos nuestro Partido. En septiembre de 1980 se conoció un importante documento de los partidos de la UP, "Luchemos unidos contra la dictadura", con la firma de las mismas fuerzas políticas existentes en la izquierda organizada. Aquí no se aprecian esos grupos, simplemente porque no tienen fuerza real ni representatividad para suscribir acuerdos e impulsar una lucha por su implementación.

cia política, excepto cuando son expresamente avalados en el plano de la superestructura por fuerzas de ese mismo plano, particularmente las del centrismo pequeño-burgués.

Una corriente de opinión puede subsistir tranquilamente en la superestructura ideológica y de modo subsidiario en la estructura política. Las corrientes de opinión burguesas -como el Opus Dei o el "gremialismo", que subsisten en el seno del régimen militar-, sólo pueden tener una presencia política relevante en la medida que cumplen un rol organizador parcial del bloque político dominante, en el seno del Estado.

Por el contrario, una corriente de opinión que tiene una orientación socialista, se esteriliza y juega un rol secundario en la medida que la política obrera y popular sólo tiene sentido cuando se transforma en una acción de masas. Por eso, estas corrientes de opinión de orientación socialista -desvinculadas de la práctica de clase- pueden existir sin grandes problemas en la superestructura ideológico-política, no constituyendo objetivamente un problema para el mismo Estado dictatorial.

Un partido -como "nomenclatura de clase"- sólo existe cuando representa efectivamente fuerzas sociales, es decir cuando vincula la superestructura ideológico-política con la estructura social y de clases, en un accionar que se enfila hacia el Estado.

Por esta razón, en este recorrido socio-político no encontramos tales grupos y corrientes de opinión, porque se encuentran en otro mundo, en el de las ideologías y las superestructuras, en sentido más amplio. Y por esta misma causa encontramos a sólo un Partido Socialista que merece tal denominación, el que se reproduce como tal en su relación cotidiana con las fuerzas sociales que representa, actuando en la lucha política de modo unitario. De allí también que la CNI, sin mayor disquisición teórica, centre la represión en nuestro Partido -y naturalmente en otras fuerzas políticas opositoras que tienen tal carácter-, por constituir un desafío y peligro para el Estado.

Cuando razonamos sobre la existencia objetiva del Partido no puede entenderse una negación de la vigencia de otros partidos ni mucho menos una sobrevaloración de nuestra real capacidad política.

Constatamos que nuestra existencia política constituye una negación de las famosas divisiones -en un sentido político profundo- en tanto que expresión de fuerzas reales que luchan contra el Estado con perspectivas de poder.

Constatamos nuestra existencia como partido con estructuras regionales a nivel nacional, prensa clandestina

de volumen creciente y diversificado, pensamiento político coherente y explicitado, presencia en los hechos de masas opositoras al régimen, representatividad reconocida en la superestructura, larga historia de desarrollo en la lucha de clases del país.

Y constatamos nuestros problemas -derivados de la persecución constante y del carácter de la lucha-, como son la vinculación más amplia con nuestra tradicional base militante y simpatizante y con el movimiento de masas, el dominio práctico de todas las formas de lucha, el asentamiento de una fuerte presencia semilegal.

De este conocimiento objetivo de un aspecto de la realidad política chilena, ha resultado que el fantasma que corre Chile no es una proyección idealista de nuestras conciencias sino una muy concreta organización materialista combatiente contra la dictadura. De modo que todas esas patrañas sobre nuestro real desmembramiento las relegamos tranquilamente al mundo de las ideologías y, en lo esencial, al de la ideología de la clase dominante y sectores aliados.

LOS MOTIVOS DEL Lobo Y EL CORDERO...

Hay que hacer una distinción entre las motivaciones de los sectores que tienen proyectos hacia la izquierda, y que particularmente a los socialistas nos quieren hacer desaparecer, neutralizar o desnaturalizar.

En primer lugar, la revista "Que Pasa", como expresión de ese sector "más político" del régimen, tiene objetivos muy precisos en relación a la izquierda: en primer lugar, busca el desaparecimiento de las organizaciones políticas revolucionarias del espectro político chileno, y en segundo lugar, de sobrevivir esa izquierda -como es el caso- trata de agudizar sus diferencias y contradicciones para neutralizarla como fuerza política opositora, alentando el desarrollo de una izquierda reformista.

El proyecto político del denominado aperturismo, esa suerte de variante "más política" de los clanes monopolistas, tiene entre sus objetivos cambiar el equilibrio político existente en 1973, en favor de las fuerzas de derecha y de centro. Desde este punto de vista les preocupa organizar el relevo de las Fuerzas Armadas para la próxima década, construyendo un fuerte partido del régimen y apoyando la formación de un partido opositor de centro que se mueva dentro de los marcos del sistema político establecido.

En este proyecto de construir una "oposición" a la brasileña, es decir con un centro que aglutine al conjunto opositor, como sucedió con el Movimiento Democrático Brasileño (MDB), se ubica la línea específica de impulsar una evolución de la izquierda chilena hacia la aceptación del espacio que le pueda ceder la dictadura, acostumbrándose a hacer una oposición limitada, porque en caso contrario se "puede perder lo conquistado". Se trata de neutralizarla a través de múltiples divisiones internas y de que sea dominada por el reformismo político.

En este proyecto específico hacia la izquierda de parte del "aperturismo" -ahora que constatan su existencia ("los millones de izquierdistas" del plebiscito)-, un elemento principal es la existencia del Partido Socialista. Uno de los rasgos específicos de la izquierda chilena es el desarrollo de un Partido Socialista que acentuó permanentemente su carácter de partido revolucionario, al mismo tiempo que crecía en su influencia de masas y en su rol organizador de la unidad política de la izquierda chilena. Este tipo de Partido Socialista es disfuncional a ese proyecto de "oposición" a la brasileña. Ese proyecto de neutralizar a la izquierda chilena pasa por debilitar a nuestro Partido; de allí la cantidad de presiones y manipulaciones que constatamos y conocemos, en Chile y el exterior.

Por esa razón "Que Pasa" y otros órganos del régimen -"El Mercurio" y "Ercilla" fundamentalmente- estimulan la desaparición política del Partido, fomentan su grupuscularización y dentro de esas escisiones menores promueven a aquellas que son adecuadas y funcionales a su proyecto.

De modo que no podemos extrañarnos cuando en sucesivas crónicas muy "objetivas" se nos atome, pulverice y desintegre. La revista "Que Pasa" y otros órganos del régimen completan la obra sucia que en las profundidades cavernarias de la dictadura lleva adelante la CNI.

Entre represión política y manipulación ideológica existe un correlato directo: son actividades de órganos del mismo sistema de dominación. Los aparatos represivos del régimen andan cazando regionales, juventudes, talleres de propaganda, y al mismo tiempo sus aparatos ideológicos se encargan de demostrar que nada de aquello existe, que esos partidos no constituyen sino recuerdos de años pasados, que tales regionales son en realidad grupos, que los desaparecidos nunca existieron o se esfumaron.

En segundo lugar, en relación a la izquierda y particularmente hacia nuestro Partido, están las opiniones y actitudes provenientes de un sector derechista y oficialista de la Democracia Cristiana.

Ese sector de opinión interno de la DC es crítico respecto a toda perspectiva frentista "particularmente con la izquierda" para enfrentar a la dictadura. No conciben, por lo demás, la acción política contra ésta como un combate o lucha, sino como disidencia tolerada que ejerce una presión controlada, adecuándose en la práctica al modelo opositor brasileño del MDB. Minimizan toda posibilidad de entendimiento con la izquierda precisamente porque limita sus posibilidades de contacto "hacia arriba", y muestran una línea gen de fragmentación y deterioro de aquella, como aliado de tercer orden.

Este sector derechista de la Democracia Cristiana basa sus expectativas en las posibilidades de liberalización que logre el sector "aperturista" del régimen militar y es peran, desde hace años, la evolución interna de la dictadura para concretar un encuentro con ese sector "aperturista", con el fin de re-crear de modo ampliado el bloque dominante.

En esta perspectiva la subestimación ideológico-política de nuestro Partido y de la izquierda en su conjunto es un recurso político para justificar su línea de acercamiento con sectores supuestamente "liberales" de la dictadura, tanto en el plano civil como militar. De modo que aquellas afirmaciones despreciativas hacia la izquierda se explican por las diferentes líneas que se mueven en el seno de la DC para enfrentar a Pinochet y concebir el futuro de ese Partido.



Corte Anuló Libertad Concedida a Tres Miembros del Ex PS

Se los consideró "en peligro para la sociedad". Revocado resolución anterior de ministro sumariante
Fallo fue pronunciado, por dos votos contra uno, por la Sala de Sala del Tribunal de alzada

Otro sector de opinión de la DC, con una conducta opositora más decidida, que ha enfrentado al régimen, tiene otra perspectiva respecto a la evolución de la dictadura y encuadra a la izquierda en esa línea. En concreto, no esperan la evolución "desde arriba", desde el Gobierno, sino desde el centro político.

Estos plantean una transición ordenada de la dictadura militar hacia una democracia liberal, con un retiro tranquilo y gradual de las Fuerzas Armadas del gobierno (para ser garantes del Estado); consideran imprescindible que el

Partido Demócrata Cristiano sea una fuerza política aglutinante de la oposición democrática, con fuerte presencia de masas, que lo transforme en eje del centrismo estabilizador y partido fuerte para negociar con las Fuerzas Armadas.

En este proyecto que trata de levantar el centrismo político chileno, es básico neutralizar todo alternativismo de la izquierda chilena e impulsar la gestación de una izquierda socialdemocratizada, con solidez institucional y política, que pase a constituirse en fuerza de estabilización del sistema. Este bipartidismo estabilizador constituye una garantía que facilita el retiro de las FF.AA. de la intervención política directa. El método de acción política para impulsar este proyecto es una resistencia y oposición más abierta, pero que no llegue a promover y llevar a cabo acciones que desestabilicen el sistema y frustren la transición gradual.

Por esa razón, uno de los objetivos de ese proyecto ha sido y es la desnaturalización del Partido Socialista, siendo como ha sido uno de los grandes partidos revolucionarios del país. Al PS se le valoriza -en esta perspectiva- como uno de los nuevos grandes partidos reformistas del país. En el caso chileno esa izquierda funcional y estabilizadora sólo puede ser construida sobre la base principal de nuestro Partido y del radicalismo chileno.

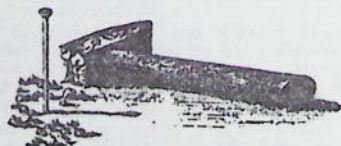
De allí surgen esas exigencias públicas del oficialismo en el sentido de que renunciemos a la "violencia como método de acción política" y al "leninismo", pretensiones de la derecha que algunos ex-socialistas impulsaron en un vano esfuerzo de contactar con este proyecto, buscando entrar en dicho proyecto en calidad de socios menores con pocos deberes. De allí también esa desvalorización del Partido por cuenta de voceros escritos y orales del oficialismo DC. Es parte de su política de conformar ese "socialismo democrático" que necesitan, una de las piezas claves del proyecto de recambio del régimen.

En el nuevo contexto político post-plebiscito, que ha golpeado a la misma DC, es posible que ésta comience a reconsiderar toda su estrategia de recambio y relevo de las Fuerzas Armadas, valorizando definitivamente la perspectiva del enfrentamiento abierto a la dictadura.

Ni el modelo transicional que espera el cambio del régimen "desde arriba", ni el proyecto que espera la evolución de la dictadura con la presión "desde el centro", han funcionado. Por el contrario, la dictadura tiende a perpetuarse. Sólo queda el cambio de ésta, impulsando una lucha de masas "desde abajo" -que es y será inevitablemente violenta, por el carácter del régimen-, y, en esta línea,

rectificar esos falsos criterios de desvalorizar el gigantesco esfuerzo de muchos partidos populares por mantener sus estructuras luchando contra la dictadura militar.

De manera que estos enfoques desvalorizantes de la izquierda chilena -y particularmente del Partido Socialista-, mostrándola como un complicado mosaico político (enfoque que por error, descuido o incomprensión se encuentra en publicaciones de la izquierda en el exterior), en lo esencial esconden un trasfondo ideológico correspondiente a proyectos de consolidación de la dictadura, de adaptación al sistema político o de mero reformismo dentro del sistema, que no se proyecta hacia la erradicación definitiva de sus bases económicas, institucionales y militares con una perspectiva socialista.



Internacional

Guaraní Pereda

Tres claves en



EL SALVADOR

El 10 de enero recién se inició una ofensiva general de las fuerzas revolucionarias salvadoreñas contra la Junta militar-demócratacristiana. Aceptado como está que el poder oligárquico sostenido por el imperialismo ha sido desafiado por un potente movimiento político-militar, nos interesa destacar, entre los muchos hechos y tendencias que caracterizan esa situación revolucionaria, tres fenómenos o procesos específicos.

1. FRUSTRACION Y CAPITULACION DEL CENTRISMO

Los tres primeros meses del gobierno que asumió tras el derrocamiento de Carlos Humberto Romero, ya demostraban con claridad la inviabilidad de la fórmula auspiciada por Washington, consistente en abrir paso a algunas reformas de tipo antioligárquico a fin de contener y dar una salida no violenta al proceso de agudización de las tensiones sociales, sin por ello arriesgar la continuidad de la dominación imperialista sobre el país y la región, teniendo en cuenta la victoria sandinista en Nicaragua.⁽¹⁾

Lo acontecido desde entonces en El Salvador no ha venido sino a confirmar, con una rigurosidad que supera todos los pronósticos, aquella tendencia: el reformismo sin sustento en un poder democrático real, administrado por fuer-

(1) Véase nuestro artículo "El Salvador, del reformismo 'protegido' a la intervención abierta", Cuadernos de Orientación Socialista Nº 1, abril 1980.

zas proimperialistas, fracasa en sus objetivos de transformación parcial y no evita sino que profundiza la polarización social y política.

La Junta que asume el 15 de octubre de 1979 estaba controlada por los coroneles Jaime Abdul Gutiérrez, derechista conocido que hacía de puente entre los fascistas y el grupo pronoamericano del Ejército, y Arnoldo Adolfo Majano, con posiciones de centro y vocero de una "juventud militar" que estaba a su izquierda. De los otros tres miembros incorporados a dicha Junta -que de hecho aceptaban la preeminencia de los militares en ella-, dos representaban a corrientes de centro izquierda. Numéricamente había una mayoría centrista, con Majano y Guillermo Manuel Ungo, Secretario General del MNR (afiliado a la Internacional Socialista), como figuras principales.

En los últimos días del 79 y primeros del 80 se produce la primera crisis en la cúpula, bajo una fuerte presión derechista en ascenso, la que concluyó con la caída de Ungo y los otros dos civiles de la Junta, espacio que entra a ser ocupado por dos representantes de la DC y un independiente afín.

Termina así una primera fase en la que dominó la consigna de las reformas a secas, comenzando la etapa de las "reformas con orden" ("reformas y garrote" según el Arzobispo Romero). La derecha oligárquica y militar ganaba terreno dentro del propio esquema pergeñado por Estados Unidos, sacando a la socialdemocracia del gobierno y debilitando de esa forma al conjunto de las posiciones centristas.

En el otro polo se verifica un importantísimo avance cualitativo cuando en diciembre las cuatro organizaciones revolucionarias con presencia nacional llegan a un primer acuerdo de unidad, el que se concreta en la primera quincena de enero del 80 a través de la constitución de la Organización de Coordinación Revolucionaria (a nivel de direcciones políticas) y de la Coordinadora Revolucionaria de Masas.

Majano, envuelto en los deslices hacia la derecha que se operan arriba, y más aislado, no abandona sin embargo su empeño por llevar adelante el programa de reformas con que se dio el golpe. Y mira hacia la izquierda en busca de algún apoyo. A fines de marzo declara que la Junta (quizás sólo él) ha buscado contactos con las organizaciones populares insurgentes. De esta forma, ya desplazado Ungo, Majano se convierte en el nuevo blanco principal al que apunta la reacción, quedando aún cierta interrogante en torno a la conducta que seguirá la DC.

Al inicio de mayo es frustrado un golpe dirigido por el coronel D'Abuissou, pinochetista confeso, orientado a

liquidar a Majano. Es un momento clave para los demócratas cristianos, cuyo máximo dirigente, José Napoleón Duarte, se ha incorporado a la Junta. El PDC exige con cierta solemnidad el juicio y castigo de D'Abuissou y el resto de los conspiradores militares y civiles, o de lo contrario se retira del gobierno. A los pocos días D'Abuissou y los suyos son dejados en libertad en tanto Jaime Abdul Gutiérrez desplaza a Majano de la Comandancia de las Fuerzas Armadas. La DC acepta ambas cosas, y las justifica. Ha dado un paso que resultará irreversible, de sumisión a las fuerzas reaccionarias salvadoreñas.

No es ajena la conducta demócratacristiana a los avances del halconismo en las estructuras de poder de los Estados Unidos, lo que se expresó primero en el definitivo triunfo de Brzezynski sobre Vance y luego en la aplastante derrota de Carter por cuenta de Reagan. El PDC salvadoreño miraba -y ha seguido mirando- a Washington en busca de un apoyo que ha perdido en el interior, adaptándose oportunamente a las tendencias ganadoras en la metrópoli imperial.

La extensión de la lucha de masas, con dos paros nacionales de 48 y 72 horas, en junio a agosto, pone de manifiesto el ascendente poderío de las fuerzas progresistas, las que desde abril cuentan con un Frente Democrático Revolucionario integrado por 21 organizaciones sociales y de masas. A nivel político-militar se da un paso de importancia estratégica al constituirse en junio la Dirección Revolucionaria Unificada (DRU) -bajo la premisa de "una sola dirección, un solo plan militar y un solo mando y una sola línea nacional e internacional"-, decisión que se proyecta en la fundación, el 14 de noviembre de 1980, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN), bloque integrador a todos los niveles de las organizaciones políticas revolucionarias (FPL "FM", PCS, RN y PRS-ERP).

En tales circunstancias la Iglesia se ofrece como mediadora entre la Junta y la izquierda. Majano acepta. Será su último grito en busca de salvar las aspiraciones honestamente reformistas que llenaron de ilusiones a la "juventud militar", ahora a punto de agotarse como fuerza negociadora dentro de un régimen copado por abajo y a punto de serlo por arriba por las fuerzas más reaccionarias que estuvieron con Romero, que se replegaron al caer éste y que vuelven alentadas por el reaganismo y mangoneando a unos jefes DC sin fuerza ni programa ni dignidad política -a controlar la plenitud del poder, aunque aún no aspiren al trono.

El 13 de diciembre de 1980 Napoleón Duarte es designado Presidente de la Junta, y Majano destituido de la misma, sin capacidad de resistencia alguna.

El reformismo con represión también ha sucumbido, mientras prosigue la represión sola, abierta y masiva, como cuando

do Romero y tantos otros dictadores que ha conocido El Salvador, aunque ahora con el aval de una Democracia Cristiana beoda de poder.



2. UNIDAD DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

Es necesario enfatizar en ciertos aspectos cualitativos del proceso de unificación de las organizaciones revolucionarias salvadoreñas.

Lo primero es la voluntad unitaria que fue madurando en las diversas fuerzas político-militares, teniendo en cuenta que todas ellas en menos de una década realizaron experiencias orgánicas y de lucha diferentes y transitaron por senderos ideológicos cambiantes y por momentos divergentes. Es decir que entre revolucionarios auténticos la posibilidad de acercamiento y unidad jamás hay que descartarla, que siempre es posible.

Lo segundo es que ese proceso de acercamiento germinó y maduró al calor de la lucha. Los combates en los barrios y cerros, en fábricas y escuelas fueron limando asperezas entre los revolucionarios, haciendo a un lado subjetivismos y reduciendo las diferencias a sus verdaderas dimensiones. El enemigo, despiadado, hizo también lo suyo, desmorollando desde la base de las organizaciones de izquierda hacia arriba la convicción de que para triunfar era necesario unir las fuerzas, empezando por golpear sobre los mismos objetivos, siguiendo por la coordinación de las operaciones, hasta plantearse la posibilidad de la integración política. Esa convicción se transformó en una firme voluntad, partera del compromiso unificador de diciembre del 79.

El debate formalista acerca de "quiénes" y "cuánto" fue resuelto por la vida. Las Fuerzas Populares de Liberación "Farabundo Martí", surgidas en 1970 de un desprendimiento del PC, parecen haber sido el núcleo más consistente en línea, constante en actividad combativa y el que logró el mayor potencial de masas y militar desde entonces, hecho que queda refrendado por la responsabilidad de Coordinador de la DRU que se ha dado a su Secretario General, Salvador Cayetano Carpio. Por otra parte, desde hace algu-

nos años el Partido Comunista salvadoreño viene realizando importantes correcciones en sus concepciones y una edificante autocritica, además de un valioso esfuerzo teórico sobre el complejo problema de la conformación de la vanguardia revolucionaria, abriendo así espacio a la convergencia en la lucha con las organizaciones armadas⁽²⁾

La fuerza política, de masas y militar del FMLN ha puesto en jaque a la Junta militar-DC, presionando, golpeando y desafiando en todos los terrenos al poder oligárquico sostenido por el imperialismo. Esa fuerza revolucionaria unificada al calor de la lucha ha sido elemento decisivo del fracaso del recambio reforista articulado por Washington.

Hoy esa fuerza es también un poder alternativo que cuenta el pueblo salvadoreño, poder alternativo que no define la capacidad del enemigo, es decir que es realista, que sabe comprometer a nuevas fuerzas y recabar apoyos de sectores inactivos. No en balde Ungo es hoy Presidente del Frente Democrático Revolucionario, y no sería aventurado pensar en un acercamiento con Majano, habida cuenta de que no pocos oficiales "majanistas" ya se han incorporado a las filas del pueblo.

En síntesis, el bloque de fuerzas revolucionarias materializado en la lucha, cohesionado en torno a una estrategia común y bajo una dirección unificada, ha sido capaz de frustrar el plan imperialista de prolongación de su dominio, atrayendo e incorporando al combate a amplios sectores democráticos con los cuales se ha establecido un compromiso por la independencia nacional, reformas profundas, no alineación, participación democrática, un nuevo ejército, apoyo a la empresa privada y libertad religiosa.⁽³⁾

Bajo esas premisas se fue generando una correlación de fuerzas internas claramente favorable al campo democrático-revolucionario. No obstante, la resolución final del conflicto dependerá también del juego de intereses y fuerzas externas que sobredeterminan la correlación interna. La intervención encubierta y directa del imperialismo, la capacidad de entramamiento a dicha ingerencia que puedan ejercer los gobiernos latinoamericanos más consecuentemente independientes o nacionalistas -como sucedió cuando Nicaragua-, la incidencia del compromiso de la Internacional Socialista con el FDR, la posibilidad de quebrar o entorpecer

(2) El Secretario General del PC, Schafik Jorge Handal, se ha referido reiteradamente a este tema en los últimos tiempos; véase la entrevista con el periodista Mario Menéndez, en *Gramma*, Edición Internacional del 1º y 8 de junio de 1980; "Ante la hora de la verdad", *América Latina* Nº 11, Moscú, 1980; "Tenemos un solo camino: la lucha armada", *Revista Internacional* Nº 10, 1980.

(3) Son los siete "puntos vitales para el establecimiento de un gobierno popular" dados a conocer por Ungo el 12 de enero en México.

cer el sostén de la DC latinoamericana y Europa a la Junta y, finalmente, la capacidad de implementar un apoyo decidido en todos los órdenes a la lucha que libra el pueblo salvadoreño por parte de las fuerzas revolucionarias del mundo, constituyen elementos integrantes de la correlación de fuerzas global que influirán notablemente en cuanto a la duración del conflicto.

3. EL GENOCIDIO

No pocos amigos de la causa del pueblo salvadoreño se preguntan sobre el por qué de la aparente terquedad de las organizaciones revolucionarias en desarrollar la lucha armada, en especial después de la caída de Romero. Es un punto sobre el cual los medios de comunicación imperialista han realizado una no subestimable operación diversionista, mostrando a una izquierda empedernidamente violentista. La verdad es simple: ha sido el recurso obligado para defenderse de un poder militar asesino -que opera oficialmente o a través de varias bandas terroristas oficiosas-, y ha devenido en la única vía para destruir ese poder que custodia los intereses del gran capital nacional y extranjero.

Recurrirémos a unos pocos testimonios y juicios que ahorran explicaciones.

El 24 de mayo de 1980 el periódico "El Tiempo", de Honduras, informaba que "por lo menos 325 salvadoreños fueron muertos a tiros el pasado 14 de mayo por elementos del ejército de su país y civiles pertenecientes a ORDEN,⁽⁴⁾ cuando trataban de ingresar a territorio hondureño". Precisa luego que se trataba de 150 mujeres, 100 niños, 50 ancianos y 25 hombres y muchachos que "fueron ametrallados por militares salvadoreños cuando cruzaban el río Sumpul buscando refugio en el municipio de Guarita, departamento occidental hondureño de Lempira". "Las víctimas -según la crónica- procedían de aldeas salvadoreñas fronterizas con Honduras y todas eran de origen campesino que pedían a su gobierno mejores condiciones de vida".

Precisaba "El Tiempo" que soldados hondureños bloquearon la margen opuesta del río, con lo cual muchos de los que venían huyendo murieron ahogados "tras haber sido cazados por su propia gente como animales". Un par de semanas después dos sacerdotes denunciaron en San Salvador que en la zona aledaña a la frontera con Honduras había más de 300 cadáveres insepultos que estaban siendo devorados por

aves de rapiña y otras alimañas.⁽⁵⁾ La Conferencia Episcopal de Honduras afirmó en documento oficial que los masacrados fueron más de 600 personas.⁽⁶⁾

El hecho relatado no es ni rebuscado ni casual en El Salvador de hoy, donde la represión al pueblo es literalmente sangrienta y masiva. Son conocidos los asesinatos del Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, de miembros de la Comisión de Derechos Humanos, de periodistas, del Rector de la Universidad de San Salvador, de los seis dirigentes del FDR, de las cuatro monjas norteamericanas.

Sin embargo tales crímenes no dan cuenta a cabalidad de la dimensión represiva que azota a El Salvador. Porque las víctimas de las Fuerzas Armadas y de las bandas terroristas se cuentan por miles, son gente humilde -como los masacrados en el río Sumpul-, personas sin historial ni activismo político, que cuando mucho adhieren con espontánea sencillez, acuciados por la necesidad, a reivindicaciones de justicia, trabajo y pan. La Iglesia Católica contabilizó 1.102 muertos entre el 1º de enero y mediados de abril del año pasado; a fines de mayo habían llegado a los 2.065, al término de octubre superaban los seis mil y en todo el año 80 fueron más de diez mil.

¿Quiénes matan y quiénes mueren? No poca gente aún cree que tanto la "ultraderecha" como la "ultraizquierda" son las responsables y que las víctimas se reparten por igual. Es parte de la cortina de humo la operación implementada por la masa media imperialista.

"El pueblo lo único que está recibiendo es una tremenda represión", denunciaba Monseñor Romero cinco días antes de ser acorralado. Fue el séptimo sacerdote salvadoreño asesinado por la derecha. "No pueden justificarse los operativos militares por su exceso de fuerza, crueldad e intimidación con que golpea a las víctimas del pueblo", acusó Monseñor Arturo Rivera y Damas el 9 de junio, y el 12 de octubre volvía a referirse a la "represión militar y de grupos armados de derecha en contra del pueblo indefenso".

Otra dimensión de esta tragedia de ribetes dantescos que padece el pueblo salvadoreño es la de la huida en masa hacia los países vecinos, especialmente a Honduras. Al 8 de mayo del 80 habían traspasado la frontera 1.200 personas (en un 70 por ciento mujeres, niños y ancianos según fuentes oficiales). Al 13 de agosto ya eran diez mil, calculándose un promedio de 400 refugiados diarios. Sólo en-

⁽⁵⁾ EFE, San Salvador, 5/6/80.

⁽⁶⁾ FL, Managua, 24/6/80.

⁽⁴⁾ ORDEN, sigla de una de las bandas terroristas de ultraderecha.

tre el 10 y el 14 de enero reciente ingresaron a Honduras casi diez mil salvadoreños, huyendo casi despavoridos de las operaciones punitivas del Ejército de la Junta.

¿Por qué huyen? Nos ahorramos explicaciones citando un reciente testimonio de dos senadores norteamericanos, Barbara Ann Mikulski y Robert Edgard,⁽⁷⁾ los que luego de conocer la situación de los miles de salvadoreños que han huido a Honduras, calificaron la acción represiva de la Junta militar-demócratacristiana como "un genocidio atroz".

Mikulski relata: "He visto niños que corrieron cuando vieron nuestras cámaras fotográficas porque creyeron que eran armas. Esos niños están golpeados psicológicamente para siempre porque contemplaron el asesinato de sus padres". "Muchas mujeres me contaron cómo otras vecinas, amigas, hermanas, primas que estaban embarazadas, eran abiertas con bayoneta, su producto hecho pedazos y dado de comer a los cerdos, todo eso antes de rematarlas a tiros".

En su escalofriante testimonio quedó grabado un importante elemento de juicio: todas las pruebas que recogieron se refieren a "atrocidades, brutalidad, tortura, violación, muerte, por tropas del ejército de El Salvador y nunca contra la guerrilla".

Con tal tipo de antecedentes se comprende que por simples razones de supervivencia, el pueblo, las masas -y no sólo los sectores de vanguardia- han sido impelidos a tomar las armas. La reacción civil y oligárquica de El Salvador está en plan de eliminar a una gran parte de la población, y para impedir ese objetivo no hay más que alzarse y apuntar al derrocamiento del actual poder dictatorial por la única vía posible.

Es extraordinariamente difícil que un sacerdote católico -y aún más en el caso de un Arzobispo-, llegue a reconocer la legitimidad de la violencia para derribar un poder político establecido. Sin embargo la realidad llevó a Monseñor Romero a esta ineludible conclusión: "Sólo crímenes pueden esperarse de la jerarquía castrense salvadoreña", dijo horas antes de ser asesinado. "Sí, es triste -explicó-, pero nada bueno puede esperarse de militares como el coronel José Guillermo García. Son fieles servidores de la oligarquía y enemigos acérrimos del pueblo salvadoreño... por eso entiendo, me explico y justifico la opción por la vía armada para resolver los problemas que aquejan a este país, pero, entiéndame también, como pastor y jefe de la Iglesia Católica, no puedo ser el guía del pueblo por los caminos de la violencia revolucionaria..."⁽⁸⁾

⁽⁷⁾ EFE, La Virtud (Honduras), 19/1/81.

⁽⁸⁾ Entrevista con el periodista Mario Menéndez, Prensa Latina 1/3/80.

LENIN Y GRAMSCI:



I. LA IMPORTANCIA DEL DEBATE

Sin duda que Gramsci ha dejado de ser un fenómeno puramente europeo. Y sin duda también que ha dejado de ser un personaje exclusivo de las academias. En América Latina alcanza una presencia creciente. Organizaciones y dirigentes políticos de nuestro Continente manifiestan con toda precisión, perspectivas analíticas y postulados recogidos del pensador y dirigente sardo. El MAS venezolano y el P.C. mexicano, por citar casos, muestran signos inequívocos de que Gramsci circula por sus filas.

Prolifera en América Latina, por otra parte, una literatura que, explícita o implícitamente, se inscribe en la vertiente gramsciana.

Pero, en nuestra opinión, es en el Partido Socialista de Chile donde el pensamiento de Gramsci ha tenido una expresión más sólida y orgánica. Por lo menos en lo que respecta a las definiciones políticas más trascendentes. En efecto, la línea política del Partido, lo sustancial de esa línea, la estrategia designada por el título de "asalto directo al poder", posee un antecedente gramsciano sobre el que no cabe discusión. De alguna manera, Gramsci es, en nuestro Partido, una forma de definición política.

La "intrusión" de este autor en nuestra política ha despertado interrogantes y suspicacias que no dejan de tener cierta legitimidad. Interrogantes naturales si se piensa en el largo silencio histórico que ha rodeado a Gramsci. Y suspicacias no menos naturales, por cuanto su nombre se vincula a procesos políticos actuales, frente a los cuales nuestra organización guarda prudente distancia.

Una de las desconfianzas mayores que desata Gramsci -prejuiciosa, pero no incomprensible- nace del rol que se le asigna en el surgimiento del eurocomunismo. Fenómeno que se traduce, en suma, como no leninismo. Nuestro acercamiento a Gramsci, entonces, ¿no nos inducirá al abandono de Lenin? Y el abandono de Lenin, ¿no nos llevaría a la pérdida del carácter revolucionario del Partido? Así pueden temer militantes y amigos del Partido.

No tenemos intenciones de discutir aquí acerca de los orígenes intelectuales del eurocomunismo. Pero vale la pena formular un par de opiniones. Resulta imposible negar toda vinculación de Gramsci con el eurocomunismo: el discurso ideológico de éste posee, a todas luces, elementos de las concepciones gramscianas. Pero no nos parece suficiente esa consideración para otorgarle a Gramsci el título de "padre del eurocomunismo". A nuestro modo de ver, esta corriente del marxismo de hoy está más próxima al pensamiento de Bujarin y de Togliatti que al de Gramsci.

Por otra parte, muchas de las disidencias que al interior del movimiento comunista ha provocado el eurocomunismo enarbolan al propio Gramsci como refutador del eurocomunismo. Tal es el caso del grupo disidente liderizado por Rossanda en Italia. Y en situación similar se hallan F. Claudin, J. Semprune, A. Macciocchi, etc. Es decir, no existe sólo la lectura eurocomunista de Gramsci, existen varias.⁽¹⁾ Como todo intelectual y político de magnitud, Gramsci da lugar a interpretaciones diversas. Recuérdese que Marx dio origen a la Segunda Internacional y al leninismo. Y que en nombre de Lenin han surgido los partidos comunistas así como determinadas organizaciones guerrilleras.

Pero, más allá de esta situación, otras razones parecen asistir a quienes resisten a Gramsci y que también dicen relación con el leninismo. Sabido es que la literatura gramsciana aborda los mismos temas que abordara Lenin (teoría del Estado, estrategia política, concepción del partido, etc.). De ahí, entonces, otras interrogantes: ¿la búsqueda de Gramsci para responder a estos tópicos no implica reconocer o suponer la caducidad de Lenin? Si Gramsci es un leninista, si su pensamiento no discrepa del de

(1) Véase en este sentido, el excelente trabajo de J.C. Portantiero, Los usos de Gramsci, Ed. Siglo XXI, México.

Lenin, ¿por qué asignarle a Gramsci la importancia que se le asigna?, ¿por qué no remitirse más fielmente a Lenin?

II. EL PROBLEMA DE LA RUPTURA Y DE LA CONTINUIDAD

Sería una proeza -de éxito muy dudoso, por lo demás- tratar de demostrar la inexistencia de diferencias importantes entre Lenin y Gramsci. Las hay y sobre cuestiones sustantivas. Sin embargo, el solo dato de estas diferencias no es razón suficiente para anunciar la ruptura entre ambos dirigentes. También existen discrepancias de consideración entre Marx y Lenin. Porque la continuidad no puede ser vista en términos de seguidismo. La continuidad no se remite a la repetición de determinados postulados, variándolos sólo en las formas. En el marxismo la continuidad está contemplada como un devenir en constante superación del pretérito, sin que tal superación lleve a negar el pretérito que le dio origen. Sólo en tal sentido puede hablarse de continuidad del leninismo en Gramsci. O sea, Gramsci es continuador de Lenin en tanto proyecta el pensamiento de Lenin, creando nuevos juicios, diferenciándolos de los anteriores, pero sin romper con la visión global y con la perspectiva analítica del leninismo.

Claro está que para aceptar esta continuidad, hay que aceptar primero que el marxismo y el leninismo no se trascienden, en lo fundamental, por los enunciados que históricamente establecieron, sino por la concepción total y la perspectiva analítica que se emplean para establecer esos enunciados.

Para nosotros, la fidelidad de Gramsci hacia el leninismo -lo que constituye, en realidad, su gran virtud teórico-política- no data de la repetición del discurso explícito de Lenin, sino de la capacidad para analizar la experiencia leninista desde la misma óptica de Lenin. Es decir, Gramsci no se conforma con leer a Lenin. Va desde la lectura de Lenin al estudio de lo realizado por Lenin, estudio que ni siquiera Lenin alcanza a ejecutar con plenitud.

III. ALGUNOS PUNTOS DE ENCUENTRO ESENCIALES

Para demostrar la continuidad de Gramsci respecto de Lenin es menester señalar la afinidad que existe entre ambos en relación a la lectura marxista. Con tal motivo establecemos los siguientes puntos que sin ser todos los puntos afines, nos parecen los más vitales.

1.- Ni uno ni otro autor están contagiados de positivismo marxista, de economicismo, de inmanencia metafísica. Ni Lenin ni Gramsci piensan el marxismo como un cuerpo intelectual que, por la vía de su "método", le augura al ser social la ruta fatal de su devenir. Ambos identifican en el marxismo una convocatoria a la voluntad humana, a la voluntad requerida para la transformación social. Para ellos, no hay conocimiento científico sin propósito, sin búsqueda de un fin. El saber es, en definitiva, el transformar (Tesis sobre Feuerbach), y el transformar reclama siempre de un fin por el cual se transforma. Así, método analítico y aspiración, "utopía", son una y la misma cosa. Se conoce por cuanto se cambia y se cambia en tanto se ambiciona un propósito y se actúa en función del mismo.

Una concepción de este tipo es la que promueve a la ruptura de Lenin con la Segunda Internacional. Para los ideólogos de ésta, el socialismo no es posible sino en aquellas naciones en las que las estructuras económicas han evolucionado lo suficiente como para proponer la socialización de la propiedad de manera "natural". Lenin se opone a tal raciocinio. Acepta que el socialismo no está propuesto tan "naturalmente" en los "eslabones débiles de la cadena imperialista", pero señala que si, junto al cúmulo de contradicciones que entraña este tipo de naciones, existe una voluntad socialista, es posible acceder a la organización social obrera. A partir de tal pensamiento, dedica su vida a organizar tal voluntad, que redundará en la formación del partido.

Como indica Lukács en su excelente trabajo sobre Lenin,⁽²⁾ la gran virtud y la esencia del leninismo está en su "actualización" de la revolución, esto es, en el reconocimiento de que el advenimiento o la postergación del socialismo no es ya un problema estructural sino de voluntad y de acción política.

Gramsci torna absolutamente explícita esta concepción. Escribe, por ejemplo: "El atributo de 'utópico' no es propio de la voluntad política en general, sino de las voluntades particulares que no saben ligar el medio al fin y por lo tanto no son tampoco voluntades, sino veleidades, sueños, deseos".⁽³⁾ "El político de acción es un creador, un suscitador, mas no crea de la nada ni se mueve en el turbio vacío de sus deseos y sueños. Se basa en la realidad efectiva, pero, ¿qué es esta realidad efectiva? ¿Es quizá al-

go estático e inmóvil y no sobre todo una relación de fuerzas en continuo movimiento y cambio de equilibrio? Aplicar la voluntad a la creación de un nuevo equilibrio de las fuerzas realmente existentes y operantes, fundándose sobre aquella que se considera progresista, y reforzándola para hacerla triunfar, es moverse siempre en el terreno de la realidad efectiva para dominarla y superarla... El 'deber ser' es por consiguiente lo concreto. O mejor, es la única interpretación realista e historicista de la realidad..."⁽⁴⁾

Traducida esta coincidencia de apreciaciones en términos más políticos, puede decirse que Gramsci y Lenin subordinan todos sus análisis y prácticas políticas a la aspiración por la conquista del poder. Sin considerar esa aspiración como elemento esencial y predominante es francamente imposible comprender los aportes intelectuales de uno y de otro. Más aún: sin ese elemento no es posible asimilar las diferencias entre Gramsci y Lenin como resultado, precisamente, de la identidad sustancial que existe entre ambos. Pongamos como ejemplo lo siguiente.

Las páginas dedicadas por Gramsci a lo cultural son infinitamente superiores a las dedicadas por Lenin. He ahí una diferencia. Pero si Lenin relega lo cultural a un segundo o tercer plano, lo hace por la misma razón que tiene Gramsci para privilegiarlo. He ahí la identidad.

Para Lenin lo cultural nacional no representa un gran freno para la ambición del poder obrero. En primer lugar, porque esa cultura en Rusia es insuficiente para contrarrestar las "crisis catastróficas" que encierra el devenir del "eslabón débil" zarista. Y en segundo lugar, porque la propia cultura nacional, en la que tiende a imponerse el pensamiento liberal y anti-autocrático (piénsese en Tolstói, Dostoievski, etc.), no opera en el sentido de coadyuvar a la dominación zarista. Por el contrario, es el movimiento obrero quien posee las cualidades necesarias para aparecer como legítimo heredero de lo mejor de la cultura nacional (no creemos casual la afición de Lenin por citar o aludir a los clásicos de la literatura rusa).

En cambio para Gramsci el problema es radicalmente distinto. Uno de los mecanismos de resistencia del status italiano está en la organicidad que, respecto del pueblo, posee la cultura nacional. Por lo mismo, actuar en la perspectiva de capturar el poder pasa por la capacidad de detriorar previamente esa red de resistencia cultural.

Como se ve en este caso, comportamientos distintos entre Lenin y Gramsci tienen, no obstante, una misma raíz esencial: la voluntad de poder.

⁽⁴⁾ Gramsci, op. cit., pág. 65.

⁽²⁾ Lukács, Lenin: la coherencia de su pensamiento, Ed. Grijalbo, Colección 70.

⁽³⁾ Gramsci, Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno, Ed. Juan Pablos, México, pág. 115.



2.- Tanto Lenin como Gramsci asumen el marxismo en su historicidad. Una historicidad que no es externa al marxismo. Es decir, para nuestros autores no sólo la verdad en general está sometida a la historia, sino que el propio marxismo está sometido al devenir. Esta concepción le permite a Lenin "corregir" a Marx respecto de la dinámica de la revolución que este último sustenta. Como se sabe, Marx supuso que el socialismo sería una realidad primero en los países de mayor desarrollo capitalista, puesto que en ellos la contradicción fuerzas productivas/relaciones de producción no sólo resultaría más aguda, sino que conllevaría más "naturalmente" hacia la proposición socialista.

A través de los análisis sobre el imperialismo Lenin llegaría a corregir a Marx, sustentando que la viabilidad del socialismo está presente en los "eslabones débiles de la cadena imperialista", es decir, en aquellas naciones que dentro de la órbita imperialista poseen un desarrollo capitalista relativamente inferior.

Una "corrección" de ese tipo sólo podía hacerla alguien que aceptara al marxismo en su historicidad.

Gramsci asume idéntica actitud en relación al leninismo. Consultará con su realidad histórica y nacional la vigencia o la caducidad de la estrategia de poder empleada por Lenin. Actitud historicista afirmada categóricamente: "...la filosofía de la praxis [marxismo] afirma teóricamente que toda 'verdad' entendida como eterna y absoluta ha tenido orígenes prácticos y ha representado un valor 'provisional' (historicidad de toda concepción del mundo y de la vida).⁽⁵⁾ Pero si también la filosofía de la praxis es una expresión de las contradicciones históricas, y la expresión más acabada, porque es consciente, significa que está también vinculada a la 'necesidad' y no a la 'libertad', lo cual no existe ni puede existir históricamente. Entonces, si se demuestra que las contradicciones desaparecerán, se

(5) Gramsci, op. cit. pág. 100.

Jemuestra implícitamente que también desaparecerá, esto es, que será superada la filosofía de la praxis".⁽⁶⁾

3.- Ambos autores leen el marxismo como momento intelectual continuador-superador de los momentos culturales premarxistas. Para Lenin y Gramsci el marxismo no ha "destruido", no ha "aniquilado" el intelecto anterior de la humanidad. El marxismo es la síntesis de ese intelecto. Y síntesis en dialéctica no es un punto ecléctico entre la tesis y la antítesis, ni el simple destierro de todos los elementos de la tesis. Es, en suma, un punto en el que se "fusionan" componentes de los polos de la contradicción para dar lugar a un momento nuevo y superior. En tal sentido, el marxismo entraña elementos de la cultura pretérita, modificados por el instante superior que representa.

Así, Lenin y Gramsci incluyen en su proceso de formación marxista, el estudio de momentos culturales premarxistas. Es decir, nuestros autores no se limitan a Marx para devenir en marxistas, no se conforman con la síntesis, buscan también la cultura sobre la que se ha erigido el marxismo. Es notorio en este sentido, por ejemplo, el estudio minucioso que realiza Lenin sobre Hegel y sobre filosofía en general (véase sus "Cuadernos filosóficos"). Gramsci, por su parte, no sólo es un profundo conocedor de la obra de Croce -autor que tiene para Italia dimensión similar a la que ostenta Hegel en Alemania-, sino que además posee el conocimiento suficiente de la obra ricardiana como para sugerir que Ricardo no es sólo un antecedente de la teoría económica marxista sino también de la concepción filosófica.

En nuestra opinión, esta asimilación del marxismo como superación, pero también como parte de la cultura moderna, le permite a Lenin y a Gramsci, de un lado, estar atentos a los avances de la ciencia social burguesa para mantener la polémica con ella y, por esa vía, mantener "actualizado" y vigente al propio marxismo, y de otro lado, alcanzar la condición intelectual y política tan universal y trascendente que les conocemos.

4.- Esta universalidad y trascendencia se manifiesta, a su vez, en otro punto en común: la capacidad de nuestros autores para descubrir y afrontar los problemas políticos desde las raíces más esenciales. Que Lenin, por ejemplo, virtualmente se retirara de la política "práctica" durante poco menos de un año, para encerrarse en bibliotecas a escribir contra los "Constructores de Dios", es una prueba de lo que señalamos. Sus combates filosóficos contra Lunacharski, Gorki, Bogdánov, etc. -los "Constructores de Dios"- podrían parecer desproporcionales si se piensa en el peso po-

(6) Gramsci, op. cit. pág. 99.

lítico efectivo que alcanzaban estos hombres dentro del bolchevismo. Lenin contaba con fuerza suficiente como para derrotarlos con cierta facilidad en el ámbito estricto del poder. Su preocupación por el desarrollo de esta corriente provenía de un hecho más profundo. Los "Constructores de Dios" aparecen después de la derrota de la revolución de 1905-1907. Lenin teme, entonces, que las doctrinas fideístas sirvan de amparo al natural derrotismo que circula por las filas del movimiento popular. De ahí, el "exacerbado" materialismo que utiliza en su "Materialismo y empiriocriticismo". Con él pretende no sólo sostener al marxismo como la vertiente más preclara del pensamiento revolucionario, sino nutrir al movimiento popular de una "fe" intransigentemente revolucionaria.

Con la misma actitud opera Gramsci frente al fenómeno identificado como "estalinismo". No se restringe a la crítica puramente política. Lo aborda desde una óptica bastante más plena (óptica casi exclusiva en sus momentos y que lo conducirá a un profundo aislamiento): como fenómeno sociológico y filosófico "tolerado" por la filosofía de la praxis. Para él, el estalinismo conforma una suerte de "filosofía primitiva de la masa" requerida en circunstancias determinadas para los efectos de movilizar al pueblo: "...el elemento determinista, fatalista, mecanicista ha sido un 'aroma' ideológico inmediato de la filosofía de la praxis, una forma de religión y de excitante (al modo de los estupefacientes), pero necesaria y justificada históricamente por el carácter 'subalterno' de determinados estratos sociales".⁽⁷⁾ Sin embargo, este determinismo justificado por circunstancias muy precisas, no puede devenir en el rasgo dominante del marxismo: "...es necesario demostrar siempre la futilidad del determinismo mecánico, el cual, explicable como filosofía ingenua de la masa y, sólo como tal, elemento intrínseco de fuerza, cuando es elevado a filosofía reflexiva y coherente por los intelectuales, se convierte en causa de pasividad, de imbécil autosuficiencia..."⁽⁸⁾

Desde esta concepción general, Gramsci avanza en la perspectiva de superar el "estalinismo", estableciendo, en primer lugar, las críticas a la lectura errónea que éste ha hecho del marxismo (lo que da lugar a sus notas sobre historicismo, dialéctica, los conceptos de materia y objetividad, etc.). Y estableciendo, en segundo lugar, las posibilidades que existen de asegurar una movilización popular sin necesidad de recurrir a una vulgarización, a una simplificación que desnaturalice al marxismo (lo que deriva en

⁽⁷⁾ Gramsci, *op. cit.* pág. 22.

⁽⁸⁾ Gramsci, *op. cit.* pág. 23.

sus apuntes sobre el "sentido común" y lo popular-cultural). Tal cual Lenin, Gramsci no ataca a sus adversarios -en este caso el "estalinismo"- impulsado por una etérea inquietud intelectual. Por el contrario, su punto de referencia son las nefastas políticas que está adoptando el movimiento comunista de la época, y que lejos de tener una explicación fortuita y coyuntural, son producto de una equívoca interpretación del marxismo.



IV. LOS APORTES DE GRAMSCI AL LENINISMO

La lectura y actitud marxista bastante coincidente entre Lenin y Gramsci es lo que le concede a este último la facultad de continuar el leninismo, y esa continuidad se encuentra, precisamente, en los tópicos que más parecen diferenciar al uno del otro.

1.- La concepción del Estado

Uno de estos tópicos concierne a la teoría del Estado. Mientras que para Lenin el Estado es, principalmente, un "órgano especial de represión", para Gramsci el Estado se forma de la suma de sus funciones hegemónicas y dictatoriales. La diferencia que se detecta alcanza una importancia extraordinaria puesto que las estrategias políticas que dan definidas, dominantemente, por la concepción del Estado que se sustente.

Para poder abordar de mejor manera lo que nos preocupa, esto es, si la concepción gramsciana del Estado representa una ruptura o una continuidad en relación al leninismo, vale la pena hacer algunos alcances previos.

La teoría del Estado de Lenin se encuentra resumida en su conocido libro "El Estado y la Revolución". Por lo mismo, al analizar la teoría leninista hay que tener el cuidado de observar el contexto específico en el que la obra fue escrita. El libro en cuestión lo redactó Lenin entre agosto y septiembre de 1917, es decir, a escasos días de la Revolución de Octubre. Luego, sin duda que no escapa a la intencionalidad política inmediata de Lenin: convencer al bolchevismo acerca de la necesidad de impulsar la revolu-

ción obrera. No queremos decir que por esta razón el texto pierda toda su validez teórica y trascendente. Pero sí queremos decir que Lenin tenderá a privilegiar, en esa obra, los argumentos que convocan a la destrucción violenta e inmediata del Estado vigente.

Por otra parte, debe llamarse la atención sobre el hecho de que Lenin no recoge en su obra nada de los escritos de Marx en los que el tema del Estado está observado desde una óptica más filosófica, más general. Nos referimos a escritos como "La Ideología Alemana", "La Cuestión Judía", "Crítica a la Filosofía del Estado de Hegel", etc. Muchos de estos escritos Lenin nunca los conoció, por ende, no tuvo acceso a todos los antecedentes aportados por Marx para la construcción de una teoría del Estado. Situación que le obligará a limitarse a algunos trabajos de Marx en los que el tema no está directa ni minuciosamente tratado, y a otros trabajos de Engels en los que esta cuestión se aborda preferentemente en relación a los orígenes históricos.

En nuestra opinión, esto motivó que Lenin no pudiera dar respuesta a dos cuestiones claves, que podemos resumir así:

- a) El poder de la clase dominante, ¿sólo se expresa por la vía de los aparatos del Estado?
- b) Si los orígenes del Estado se ubican en el nacimiento de la propiedad privada, ¿cómo fue posible que surgiera una propiedad privada sin Estado?

Sobre la primera interrogante nos parece posible identificar en Lenin una diferencia entre poder en general y poder del Estado. En el primero se incluirían todas las relaciones de poder que existen en una sociedad de clases, mientras que en el segundo se concentraría el poder ejercido directamente por los aparatos del Estado. Podría pensarse, en consecuencia, que la discrepancia real entre Lenin y Gramsci sobre este punto radica en el hecho de que el segundo contempla todas las relaciones de poder dentro del Estado (sociedad civil y sociedad política), mientras que Lenin sitúa fuera del Estado determinadas formas de poder.

La segunda interrogante está íntimamente vinculada al problema anterior. En efecto, si se supone al Estado como fenómeno que aparece como resultado de la propiedad privada, es natural deducir su carácter estrictamente dictatorial (sociedad política), puesto que, en tal caso, su función no será otra que la de asegurar la expropiación del producto social. En tanto Lenin, siguiendo a Engels, reduce el origen del Estado al surgimiento de la propiedad privada, su conclusión natural es que el Estado ha sido siempre un "órgano especial de represión".

Gramsci da respuestas distintas a estas cuestiones, partiendo, seguramente, de una lectura más filosófica del problema del Estado. La deducción gramsciana puede representarse más o menos de la siguiente forma:

Si la esencia estatal estriba en asegurar el funcionamiento social a pesar del conflicto que deriva de la separación entre producción social y apropiación del producto, toda relación de poder que participe en el acto de reproducción del orden social, es una relación estatal, forma parte de las funciones del Estado. Puesto de otra manera, el Estado no termina donde terminan las funciones de sus aparatos sino que se extiende a lo largo de la sociedad por la vía de las relaciones que permiten la reproducción del orden social y que se realizan de manera "privada".

Ahora bien, la diferencia que se genera respecto de la concepción leninista tiene, en lo sustancial, dos razones. En primer lugar, como ya hemos dicho, Lenin analiza el Estado con una connotación más parcial, lo reduce a su dimensión de superestructura, de aparato. Y esto, porque los antecedentes teóricos a los que recurre no atacan el tema en la óptica totalizante que alcanzan en los textos de Marx que hemos señalado y que Lenin desconoce. Y en segundo lugar, porque en la realidad de la Rusia de entonces no existe coherencia entre la sociedad civil y la sociedad política. Mientras las relaciones de producción operan en el sentido de reproducir y ampliar el sistema capitalista, el Estado sigue siendo una prolongación de la fase feudal y, por lo mismo, las relaciones de la sociedad civil no aportan a la protección del status que pretende reproducir el Estado zarista.

Por otra parte, sobre los orígenes del Estado, Gramsci considera un factor que en Lenin no tiene un gran significado, factor que alude a la separación histórica entre trabajo manual y trabajo intelectual. Integrando este elemento puede establecerse la legitimidad (consenso, hegemonía) que tuvo históricamente tanto la apropiación privada del producto social como la aparición del Estado que garantizaba tal apropiación.⁽⁹⁾

Si se observa con atención, se verá que la concepción gramsciana del Estado está muy lejos de implicar una ruptura respecto del leninismo. Desde el punto de vista de los antecedentes, lo que ha hecho Gramsci es agregar parte de los análisis realizados por el propio Marx. En segundo lugar

⁽⁹⁾ En este sentido puede consultarse La Ideología Alemana, el formidable escrito de Engels El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre y los escritos de Marx sobre el modo de producción asiático.

gar, Gramsci jamás niega las afirmaciones de Lenin acerca del carácter dictatorial del Estado, se limita a señalar que el Estado moderno, además de su condición de dictadura, está rodeado de una compleja red de relaciones que le conceden un grado de consenso para el cumplimiento de su rol esencial. Y en tercer lugar, la perspectiva que sigue Gramsci está sugerida en gran medida por la propia práctica leninista. Así, por ejemplo, Gramsci ve en la NEP el reconocimiento implícito de que el Estado no puede constreñirse a su capacidad dictatorial sino que debe buscar los mecanismos que le otorguen legitimidad al interior de los grupos sociales que dirige.

Cabría señalar aquí que el mismo Lenin avanza en la perspectiva recogida posteriormente por Gramsci. Y tal vez el ejemplo más palmario se ubique en la polémica sostenida por Lenin contra Bujarin y Trotski en relación al papel de los sindicatos en el régimen soviético. Como es sabido, estos últimos argumentaban que el sindicato debía ser parte del Estado soviético, puesto que si éste era el Estado de la clase obrera no tenía sentido la independencia sindical. Lenin se opuso terminantemente a tal posición, señalando que la clase obrera debía contar con instrumentos que garantizaran su autonomía. ¿No quería decir esto que el Estado soviético se extendía en la propia clase obrera, en las relaciones naturales y "privadas" del proletariado? ¿No estaba pensando Lenin el Estado también como sociedad civil?

2.- Las estrategias de poder

Más se aclara la continuidad del leninismo en Gramsci cuando se estudia la estrategia política del dirigente sardio que, en las formas, parece tan distante de Lenin.

En el vocabulario gramsciano, la estrategia política de Lenin se simboliza en la fórmula "guerra de movimientos". En pocas palabras tal estrategia consiste en el asalto directo al aparato estatal, utilizando una coyuntura propicia. Es decir, para esta estrategia el bastión fundamental de defensa del status se halla en la capacidad represiva del Estado, por tanto, la transformación revolucionaria es viable cuando un momento político permite movilizar una fuerza social, política y militar capaz de destruir el "organo especial de represión".

La estrategia gramsciana, la estrategia de la "guerra de posiciones", supone, por el contrario, que el asalto al poder debe estar precedido de una ardua labor destinada a la ocupación de espacios cada vez más amplios de la sociedad civil. Es decir, más que por una condición coyuntural, el asalto al poder estará permitido por una previa extensión estructural del poder obrero.

No es difícil detectar la fuente fundamental de esta divergencia. La incoherencia que existe entre sociedad civil y sociedad política en la Rusia zarista, le permite concluir a Lenin que las propias crisis cíclicas del capitalismo internacional, internadas en la sociedad rusa, terminan por destruir la hegemonía demasiado precaria que genera el Estado zarista. En consecuencia, de lo que se tratará, desde el punto de vista estratégico, será de crear, por un lado, una fuerza social intransigentemente contestataria al orden vigente, y de otro, una instancia política (partido) sobre la cual pueda descansar la posibilidad de erigir el Estado obrero una vez derribada la autocracia.

Por el contrario, en las naciones en las que tanto la sociedad civil como la sociedad política se reproducen en términos estrictamente capitalistas, Gramsci opina que el socavamiento de los poderes de la sociedad civil es una condición insustituible para el asalto definitivo al poder, so cavamiento que si bien está favorecido en los momentos coyunturales críticos, demandan de una acción permanente destinada a generar la hegemonía obrera antes de la captura del poder. Así, la cuestión política estratégica no se reduce a la formación de una fuerza social contestataria. De lo que se tratará, principalmente, será de generar una práctica socialista de masas al seno mismo del capitalismo, práctica que debe manifestarse en una conciencia y en una voluntad socialista en la mayoría del proletariado.



Ahora bien, también respecto de este punto Gramsci reflexiona a propósito de la experiencia bolchevique. Aunque nuestro autor no lo señale explícitamente, su interpretación acerca de la Revolución de Octubre es que los bolcheviques lograron concitar una mayoría social relativa para los efectos de derribar a Kerenski, pero no contaban con la misma mayoría para los propósitos de construcción socialista. Es decir, los bolcheviques se hicieron del poder sin gozar de una suficiente hegemonía estratégica. Demostración palpable de ello son los conocidos acontecimientos del Cronstad y los alzamientos campesinos. Sin embargo, el partido de Lenin logra mantenerse en el poder, lo que confirma la corrección de la estrategia leninista.

A partir de estos hechos, Gramsci medita sobre dos cuestiones. De una parte, en las políticas y maniobras que emprende Lenin para obtener un espacio mayor de hegemonía. Y de otra, en las consecuencias que tendría una situación similar en un país en el que el Estado derribado posea un grado hegemónico más sólido. En este tipo de países ¿podría el proletariado sostenerse en el poder apoyado sólo en los aparatos del Estado?

La respuesta de Gramsci es, por cierto, negativa. Los bolcheviques se mantuvieron en el poder dada la misma circunstancia que les permitió arribar al poder, a saber, la presencia de una sociedad civil débil, "primitiva y gelatinosa". En consecuencia, en una nación con un desarrollo superior de la sociedad civil burguesa, no sólo no podría sostenerse en el poder si no goza de grado relativamente alto de hegemonía, sino que difícilmente podría hacerse del poder sin esa hegemonía.

Vistas así las cosas no puede hablarse, en realidad, de una ruptura entre la estrategia leninista y la estrategia gramsciana. La insistencia sobre tal ruptura radica más bien en una interpretación muy equivocada del pensamiento de Gramsci, interpretación en la que predominan tres juicios falsos: 1) que la estrategia gramsciana supone una concepción evolucionista del cambio social; 2) que no contempla el problema militar; y 3) que tal estrategia tiene espacio real sólo en las naciones de democracia burguesa avanzada.

Discutamos estos supuestos uno por uno.

a) Se le atribuye evolucionismo a Gramsci por cuanto su estrategia habla de copamiento progresivo de la sociedad civil. Como sociedad civil, en nuestro autor, es parte del Estado llega a pensarse que Gramsci sustenta la posibilidad de copar progresivamente el Estado. Claro está que si esta fuera la versión fiel de la estrategia gramsciana, la ruptura con el leninismo sería absoluta. Pero es esta una interpretación muy aislada de la realidad.

En primer lugar, el copamiento progresivo propuesto por Gramsci alude a la sociedad civil y no al Estado en general. Y aun cuando este copamiento repercute en la sociedad política, repercute como movimiento de ruptura y no de integración. Es decir, para Gramsci, el proceso de copamiento de la sociedad civil es, además, un mecanismo que permite internalizar en el Estado las contradicciones globales entre capitalismo y socialismo. En efecto, en tanto se capturan espacios de la sociedad civil (y capturar en este caso significa modificar o generar instancias de la sociedad civil en una perspectiva socialista), se hace manifiesta y/o se agudiza la contradicción entre sociedad ci-

vil y sociedad política, y como ambas son funciones estatales el propio Estado empieza a perder funcionalidad y a aislarse en su condición de dictadura. O sea que el copamiento alude a un doble movimiento de ruptura del Estado: de un lado, merma su funcionalidad, lo debilita en su función de sociedad civil; de otro, abre cauce a formas de poder alternativas. No hay, por tanto, intento de copamiento del Estado burgués; existe, por el contrario, el propósito de ir generando, desde la sociedad civil, el nuevo Estado.

Y en segundo lugar, debe tenerse en cuenta que el sentido de la estrategia de la "guerra de posiciones" no es otro que el de aproximar la línea de asalto directo al aparato estatal.

b) El problema militar, por su parte, es una preocupación constante en los escritos de Gramsci. Ya en las experiencias de los Consejos de fábrica, Gramsci bregaba por la necesidad de que éstos asumieran funciones militares. Este solo hecho demuestra de que no hay tal incompatibilidad entre la estrategia gramsciana y la cuestión armada. Por el contrario, en Gramsci hay una solución de masas a esta cuestión. En efecto, cuando Gramsci propone la asunción de funciones militares por parte de los Consejos, está integrando el problema de la fuerza al copamiento de la sociedad civil. Es allí -en el Consejo de fábrica-, en ese espacio conquistado de la sociedad civil donde debería resolverse el problema de las armas.

Además, en sus escritos más precisos sobre teoría política distingue tres momentos de la correlación de fuerzas: 1) la relación de fuerzas sociales, 2) la relación de fuerzas políticas, y 3) "la relación de fuerzas militares inmediatamente decisivo según las circunstancias (el desarrollo histórico oscila continuamente entre el primer y el tercer momento, con mediación del segundo)".⁽¹⁰⁾ Como se ve, al igual que para Lenin, el factor militar llega a ser el elemento "inmediatamente decisivo".

c) El tercer punto, que resulta ser el más socorrido cuando se quiere dar cuenta acelerada del por qué no Gramsci, se expresa en un doble sentido: 1) la validez exclusiva del pensamiento gramsciano para las naciones de alto desarrollo capitalista, y 2) la viabilidad estratégica gramsciana está presente sólo en los países de democracia avanzada.

Frente a tales argumentos es conveniente recordar que Gramsci escribe la mayor parte de sus pensamientos entre la

⁽¹⁰⁾ Gramsci, *op. cit.* pág. 73.

segunda mitad de la década de los veinte y la primera de la década de los treinta. Y hay que recordar, también, que Gramsci es italiano. La Italia de entonces no es un país eminentemente industrializado. En todo el sur predomina la actividad agrícola. Es, además, un país empobrecido por la guerra y por la crisis que cruza a la economía capitalista mundial. Tampoco es, ni remotamente, un paraiso democrático: gobierna Mussolini, Gramsci escribe en prisión. ¿A qué alto desarrollo y a qué democracia avanzada podría estar refiriéndose Gramsci?

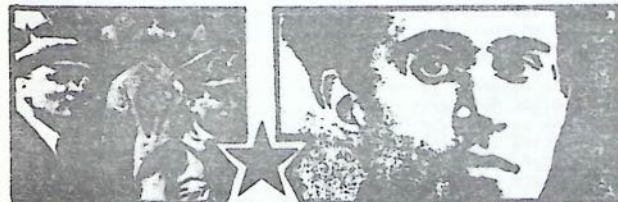
Nuestro autor no está pensando en el ideal de sociedad burguesa. Está pensando, simplemente, en sociedades en las que se han impuesto extensivamente las relaciones capitalistas típicas (lo que no implica fatalmente un alto grado de desarrollo) y en las que el Estado resulta coherentemente estructurado respecto de esas relaciones.

Pero si Gramsci no restringe su estrategia a las naciones en las que opera la democracia burguesa, ¿cómo puede hablarse de copamiento de la sociedad civil en naciones sin democracia o con democracia limitada? Simplemente por que democracia burguesa y sociedad civil no son sinónimos. La democracia burguesa es una forma de expresión de la sociedad civil, pero ésta puede existir aun cuando la primera no está presente. ¿Qué es, entonces, la sociedad civil? Para muchos autores el concepto gramsciano de sociedad civil indica el complejo de la superestructura ideológica.⁽¹¹⁾ Aunque una definición de ese tipo no es errónea, sí resulta insuficiente. Para nosotros, el concepto no señala una situación puramente superestructural ni puramente ideológica en el sentido de remitirse a los discursos ideológicos explícitos (una lectura de este tipo de la concepción gramsciana ha llevado a suponer que la estrategia de copamiento de la sociedad civil pasa, principalmente, por el copamiento de espacios culturales y por el problema de los medios de comunicación de masas). Gramsci habla incluso de superestructuras de la sociedad civil: "las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de las trincheras en la guerra moderna",⁽¹²⁾ y lo ideológico en él alude mucho menos al verbo que a la acción social en la que se representa lo ideológico. En nuestra opinión, la sociedad civil debe ser interpretada como el conjunto de relaciones "espontáneas", "naturales" que se establecen en la sociedad capitalista, reflejando y reproduciendo el acto contractual que se crea entre el capital y el trabajo. Mien-

tras este acto se mantenga en sus lindes contractuales, "voluntarios", todas las relaciones que lo reproduzcan pueden aspirar a cierta legitimidad, coadyuvando con ello a la legitimidad del orden social y del Estado que lo protege.

En consecuencia, la sociedad civil es más que la democracia burguesa, por lo mismo, la estrategia en cuestión no queda reducida a los países ampliamente democráticos.

Por otra parte, bajo esta óptica se hace más clara la continuidad de Gramsci respecto de Lenin. En efecto, tal como entendemos el concepto de sociedad civil, el copamiento de la misma no se agota en las prácticas democrático-burguesas. Implica, más bien, un proceso de creación del nuevo Estado. Nada muy distinto al pensamiento de Lenin en relación a los soviets.



3.- El problema del partido

Este es otro de los temas que se enarbola cuando se quiere intentar demostrar la ruptura de Gramsci con el leninismo. Y se enarbola por cuanto se piensa que las posiciones de Gramsci están más próximas a Rosa Luxemburgo que a Lenin. Es decir, se le atribuye a Gramsci una suerte de menosprecio por la cuestión del aparato-partido y un cierto privilegio del "espontaneísmo" obrero.

Vale la pena destacar previamente, que Gramsci fue Secretario General del Partido Comunista Italiano con el apoyo de la Internacional que ya se encontraba bajo considerable influencia "estaliniana" (1926). Difícilmente podría identificarse este hecho con un personaje renuente al aparato-partido.

Pero lo que en realidad interesa es uno de los grandes problemas que plantea la teoría del partido y que tiene distintas respuestas en Lenin y en Gramsci. El problema se puede sintetizar así: ¿cómo el partido puede mantener su condición de cuerpo direccional sin perder su carácter obrero y sin desvincularse del movimiento de masas? En interrogante que se presenta, en primer lugar, porque en tanto cuerpo direccional, el partido debe aceptar en sus filas a agentes de la intelectualidad, que en la mayoría de

(11) Véase, por ejemplo, H. Portelli, *Gramsci y el Bloque Histórico*, Ed. Siglo XXI, México; también, N. Bobbio, *Gramsci y las Ciencias Sociales*, Cuadernos de Pasado y Presente Nº 19.

(12) Gramsci, *op. cit.* pág. 94.

los casos están reclutados desde conjuntos no obreros (interrogación al carácter proletario de la organización), y en segundo lugar, porque, en tanto la clase obrera como tal tiende a comportarse corporativamente, su presencia en el partido no puede constituir un fenómeno de masas.

La respuesta explicitada teóricamente por el leninismo no da cuenta cabal del problema. Lenin pretende asegurar el carácter direccional del partido limitando su militancia a "los mejores cuadros de la clase obrera". Con ello, se presume que el partido no se contagiara del espíritu espontáneamente reivindicacionista de la masa proletaria. Luego, frente a la cuestión de la militancia no obrera en el partido, y que conforma de facto la mayor capacidad de conducción del mismo, Lenin nos entrega una respuesta quizás muy general y abstracta. En el partido, dice Lenin, desaparecen las diferencias sociales, es decir, en el partido no existen contradicciones ni conflictos entre militancia obrera y militancia intelectual.⁽¹³⁾

Sin embargo, si se observan algunos textos en los que el problema del partido está tangencial o indirectamente tratado, se verá que Lenin incluye dos fórmulas más en la perspectiva de resolver el conflicto. Una sería la vigilancia que ejercería el militante obrero sobre el intelectual y éste sobre aquél. Es decir, el militante proletario vigilaría que la dirección del intelectual recoja la realidad del movimiento de masas, mientras que el intelectual "corregiría" las desviaciones corporativistas del militante o de la masa obrera. De hecho, entonces, Lenin renuncia a su afirmación primera para pensar que el carácter obrero se garantizaría por la dinámica de la contradicción entre militancia obrera y militancia intelectual.

La segunda fórmula se vincula al problema de la confiabilidad, y en la honestidad revolucionaria del militante (principio explícitamente establecido por Lenin). O sea que los mecanismos de selección, de reclutamiento, deberían imposibilitar toda penetración de agentes con intereses y prácticas distintas a las fijadas por los parámetros socialistas.

Sin duda que las soluciones dadas por Lenin son incompletas. En primer lugar, porque la custodia entre intelectuales y obreros al seno del partido puede llevar a una simple alianza entre fragmentos pequeño-burgueses y conjuntos proletarios, principalmente dentro de las democracias burguesas. Tal alianza tendría como fin que mientras los obreros

logran representarse en los aparatos políticos de las democracias formales para los efectos de defender de mejor forma sus intereses reivindicativos, el estamento pequeño-burgués obtendría una presencia política superior merced del apoyo brindado por el movimiento popular. Y en segundo lugar, porque la confiabilidad se torna un juicio más moral que político y, por consecuencia, puede derivar en tal insuficiencia del partido. En efecto, un cuadro de moralidad revolucionaria intachable puede ser, a su vez, absolutamente incapaz para aprehender la verdadera dimensión del movimiento de masas y/o para recoger el discurso marxista en su plenitud.

Las respuestas de Gramsci abordan con otra dimensión el problema respecto a como lo encara Lenin. De un lado, Gramsci no agota su concepción de partido en el aparato-partido, a pesar de ser él mismo un rotundo defensor de la necesidad de tal aparato. Gramsci ve como partido toda la acción social que se orienta en una misma dirección. Por tal razón el problema partidario está analizado desde una óptica más general y totalizante. Desde esa óptica, Gramsci aborda el tema como proceso histórico de clases. Y en tanto proceso, la concepción gramsciana logra plantear en torno al partido las cuestiones más sustanciales, relegando los problemas burocráticos y administrativos. Así, por ejemplo, Gramsci sostiene que un partido no puede ser estudiado sino como el devenir de una clase y, por lo mismo, como el devenir de la lucha de clases. Avanzando en ese sentido afirma que el partido obrero no concluye su construcción sino cuando se extingue, esto es, cuando el proletariado no requiere de partido por cuanto ha dejado de existir como clase para sumirse en el "reino de la libertad", en la sociedad acasista.

De otro lado, y en correlato con lo anterior, Gramsci observa que el partido asegura su condición de tal, o sea, ser cuerpo direccional de la clase obrera sin divorciarse de ella, en tanto logra ir haciendo ascender al proletariado hacia su situación de clase "para sí". Es decir, el partido obrero es tal mientras consigue que el proletariado como masa asuma cada vez más las funciones del partido.

De ahí deriva uno de los aportes tal vez más importantes de Gramsci: lograr que el proletariado en sí adquiera su conciencia de clase implica descubrir cuáles son las condiciones que estructuralmente operan en el sentido de transformar al obrero en clase "para sí". La proposición fundamental de Gramsci en este orden es la siguiente: la práctica productiva del obrero encarna implícitamente el discurso marxista en tanto significa un proceso de superación de la contradicción metafísica entre lo material y lo espiritual y en tanto recoge la dialéctica como rasgo definitivo del actuar. Por lo mismo, el acercamiento "natural" del obrero a su conciencia histórica, el marxismo, se obtiene

⁽¹³⁾ Véase: Lenin, *¿Qué hacer?*, Ed. Progreso, Moscú, pág. 111.

en la medida de que el obrero asume críticamente su práctica productiva. En suma, el marxismo no tiene por qué ser asimilado por el proletariado desde su "exterior".

En términos más concretos todo esto se traduce en la necesidad de que las formas orgánicas del proletariado sobrepasen el sindicalismo y el partidismo, para encontrar instancias que le permitan al obrero conocer su práctica productiva social a partir de esa misma práctica.

Ahora bien, si el proletariado puede llegar a formas orgánicas que le permitan avanzar en el conocimiento de su propia práctica y, por esa vía, puede avanzar en la perspectiva de su autoconciencia y su autodirección, el carácter obrero de un partido se garantiza en la medida de que sostiene una relación fluida con este movimiento obrero que camina en aras de la superación de su condición de clase subalterna.

Resumiendo: el partido legitima su carácter en tanto coadyuva al proceso de erección del proletariado como tal en clase gobernante, puesto que si tal proceso se acompaña con una relación constante, orgánica y armoniosa entre el partido y el movimiento obrero, la condición de clase queda asegurada por el propio movimiento obrero.

¿Es esto ruptura con el leninismo? Por el contrario, una vez más tenemos que Gramsci no ha hecho más que recuperar y sistematizar la experiencia leninista. Para demostrar nuestra afirmación, señalamos los siguientes ejemplos:

a) En 1912 Lenin escribía al Consejo de Redacción de Pravda: "Es imposible, nocivo, pernicioso y ridículo ocultar nuestros desacuerdos a los obreros".⁽¹⁴⁾ ¿No está señalando con esto que el último recurso para dirimir las discrepancias al seno del partido es la propia clase obrera? ¿No se está contemplando aquí a la clase obrera como una prolongación del partido?

b) Cuando Lenin en 1917 llama a traspasar "todo el poder a los Soviets", aun cuando éstos no están bajo el control del bolchevismo, ¿no está confiando en que la clase obrera como tal es capaz de asumir las posiciones de su vanguardia? ¿No quiere decir esto que Lenin confía en que el proletariado puede avanzar hasta las posiciones del partido en virtud de su propia práctica social?

c) En la polémica con Bujarin y Trotski que ya señalamos ¿por qué Lenin aboga por la independencia de los obreros

respecto del Estado? ¿Acaso el Estado no se encuentra bajo control del partido de la clase obrera? ¿Su posición no nos está indicando que confía en la condición de clase del partido mientras, precisamente, el proletariado se pueda expresar autónomamente?



V. A MODO DE CONCLUSION: ¿POR QUÉ GRAMSCI?

Que el Partido Socialista de Chile empiece a integrar el pensamiento de Gramsci a sus antecedentes teóricos, no parece ser sólo un hecho oportuno sino que, además, necesario. En primer lugar, porque Gramsci lejos de ser el anti-leninista que a veces se supone, es el mejor continuador del leninismo, y, por ende, su mejor actualizador, en especial al aportar nuevas categorías para el análisis de los problemas estratégicos de la revolución. En segundo lugar, porque Gramsci es el intelectual que mejor ha sabido, hasta ahora, "releer" el marxismo a la luz de la Revolución de Octubre. Ni siquiera Lenin logró -por su pronta muerte- ordenar y explicitar el enriquecimiento que tuvo el marxismo con la primera revolución obrera victoriosa. Otros intelectuales lo han intentado, pero nunca bajo la óptica tan leninista de Gramsci: la óptica del poder. Y en tercer lugar, y he aquí tal vez lo más importante, porque Gramsci es el primer dirigente obrero que intenta y logra una sistematización del pensamiento marxista en orden de construir una teoría política. Con posterioridad otros intelectuales han avanzado también en este proyecto -baste señalar a Althusser y a Poulantzas-, pero lo han hecho cuan mal de alguna forma se había impuesto la lectura "estaliniana" del marxismo. Y aun cuando muchos de estos intelectuales no se adscriban a esa corriente no han podido eludir como antecedente y/o como punto de referencia. En cambio Gramsci construye sus elementos de teoría política desde una lectura marxista mucho más depurada y próxima a sus orígenes.

Por último cabe meditar sobre lo siguiente: el Partido Socialista de Chile ha sido siempre un opositor tenaz a las lecturas dogmáticas del marxismo. Sin embargo, esta virtud ha tenido también sus costos dolorosos. El Partido no ha logrado pasar de la negación a la superación, y esto

⁽¹⁴⁾ Citado por G. Walter en Lenin, Ed. Grijalbo, Barcelona, pág.199.

no es difícil de explicar. Durante demasiado tiempo el marxismo "estalinizado" fue, de facto, el único marxismo. Buscar respuestas más allá de sus dogmas era salirse del espacio marxista. Así no era fácil construir un discurso teórico general alternativo. Por ello el Partido ha sido tan susceptible a todos los movimientos contestatarios. Por eso, en su época, tuvieron cabida corrientes como la trotskista, la maoísta, la titoísta, etc. Pero ninguna de estas corrientes daba cuenta cabal del problema. Por lo mismo, al poco andar eran abandonadas por el Partido.

Y el Partido se ha mantenido en una relativa orfandad.

La reaparición de Gramsci en la escena mundial y latinoamericana, puede tener para el Partido mucho más trascendencia de la que se supone. Quizá si por la vía gramsciana el Partido pueda encontrar por fin el discurso marxista que por tanto tiempo ha intuido y buscado.



CARTAS



APOYO Y SUGERENCIAS

¡Felicitaciones! el Cuaderno de Orientación Socialista es de una excelente calidad y contenido... Quisiera expresar algunas inquietudes e ideas generales:

1. Los artículos deben ser más cortos y ojalá su lenguaje lo más simple posible.
2. Disminuir su valor de venta.
3. Tener páginas dedicadas a recibir las ideas y artículos de...dirigentes intermedios y de base.
4. Publicar artículos de otras organizaciones de la Unidad Popular y del MIR.

Se despide

J. Marín
RFA

Gracias por sus elogios. Sobre las proposiciones, estamos de acuerdo en la necesidad de reducir la extensión de los artículos, aunque no puede haber una norma rígida sobre la cantidad de páginas. Sobre el problema del lenguaje hemos recibido varias cartas; en la medida de nuestro sometimiento y práctica -como así mismo del estudio de la militancia- iremos logrando una comunicación

teórico-política más fluida. Acerca del valor de venta insistimos en que se debe hacer un esfuerzo, pues en caso contrario no nos financiamos. Incluso tal medida entra en contradicción con la sugerencia de dar cabida a otro tipo de artículos, lo que implicaría aumentar el número de páginas.

CARENCIAS

En nuestro núcleo hemos estudiado la revista teórica del Partido y queremos señalarle que notamos una carencia de análisis sobre la política militar del PS y la izquierda. Sería útil confrontar posiciones y explicar nuestra visión.

Sigan adelante con esta valiosa iniciativa.

Núcleo Salvador Allende
Seccional Bélgica

Es una inquietud acertada. El artículo de Covarrubias es un intento inicial de introducir esa temática. Trataremos de ampliar esa línea de análisis en próximos números.



ENVIAR A: E. CORBALAN
PF 2904
D-1000 BERLIN West 30

Precio de suscripción

EUROPA _____ us\$ 20

AMERICA _____ us\$ 30

12 números - DESPACHO AEREO

CUADERNOS
DE ORIENTACION SOCIALISTA

SUSCRIPCION

NOMBRE

DIRECCION

CIUDAD PAIS

Adjunto cheque ☐ giro ☐ N°
por valor de